

DE MI VIDA Y OTRAS VIDAS



BALDOMERO
SANÍN
CANO

BC

Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana

■ autobiografía ■



**DE MI VIDA
Y OTRAS VIDAS**

**BALDOMERO
SANÍN
CANO**

BC

▪ autobiografía ▪

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Sanín Cano, Baldomero, 1861-1957, autor

De mi vida y otras vidas / Baldomero Sanín Cano ; presentación, Gonzalo Cataño.
– Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2018.

1 recurso en línea (276 páginas) : archivo de texto PDF (1 MB). – (Biblioteca Básica de Cultura Colombiana. Autobiografía / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-5488-41-0

1. Sanín Cano, Baldomero, 1861-1957 – Biografías 2. Escritores colombianos - Siglo XIX – Biografías 3. Libro digital I. Cataño, Gonzalo, autor de introducción II. Título III. Serie

CDD: 928.61 ed. 23

CO-BoBN– a1030568

Mariana Garcés Córdoba

MINISTRA DE CULTURA

Zulia Mena García

VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala

SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán

DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Javier Beltrán

COORDINADOR GENERAL

Jesús Goyeneche

GESTOR EDITORIAL

Natalia Camacho

ASISTENTE EDITORIAL

José Antonio Carbonell

Mario Jursich

Julio Paredes

COMITÉ EDITORIAL

Taller de Edición • Rocca®

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE TEXTOS,
DISEÑO EDITORIAL Y DIAGRAMACIÓN

eLibros

CONVERSIÓN DIGITAL

PixelClub S. A. S.

ADAPTACIÓN DIGITAL HTML

Adán Farías

CONCEPTO Y DISEÑO GRÁFICO

Con el apoyo de:

BiblioAmigos

ISBN: 978-958-5488-41-0

Bogotá D. C., diciembre de 2018

© Universidad Externado de Colombia

© 1949, Ediciones Revista de América

© 2018, De esta edición: Ministerio de Cultura –
Biblioteca Nacional de Colombia

© Presentación: Gonzalo Cataño

Material digital de acceso y descarga gratuitos con fines didácticos y culturales, principalmente dirigido a los usuarios de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia. Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente con ánimo de lucro, en ninguna forma ni por ningún medio, sin la autorización expresa para ello.

ÍNDICE

▪ PRESENTACIÓN	9
▪ INTRODUCCIÓN	19
▪ INFANCIA	25
▪ MI CARRERA DE MAESTRO	29
▪ MEDELLÍN HACE SESENTA AÑOS	35
▪ BIBLIOTECARIO Y SUPERINTENDENTE	47
▪ JOSÉ ASUNCIÓN SILVA	57
▪ UNA VASTA CULTURA COSMOPOLITA	65
▪ GUILLERMO VALENCIA	73
▪ JEREMÍAS COUGHLIN	79
▪ EL PAISAJE DE LA INFANCIA	83
▪ ANTE LA NATURALEZA	87
▪ EL GUÁCHARO, HALLAZGO DE HUMBOLDT	95
▪ EN LONDRES Y EN PARÍS	99
▪ DON ROBERTO	105
▪ JAMES FITZMAURICE-KELLY	113
▪ LEOPOLDO LUGONES	123
▪ UN PERSONAJE SIN NOMBRE	129

▪ JORGE BRANDES	135	▪ ALBERTO GUERCHUNOFF	211
▪ JOSÉ MARCHENA COLOMBO	143	▪ ANTONIO AITA	215
▪ FERNANDO ORTIZ ECHAGÜE	147	▪ ENRIQUE LARRETA	219
▪ ANTONIO JOSÉ RESTREPO	157	▪ MURRAY Y PAINLEVÉ	229
▪ DARÍO NICODEMI	167	▪ EN LA TORRE DE BABEL	235
▪ MAURICE DE BUNSEN	171	▪ UN PERSONAJE DE MIL ROSTROS: LA PRENSA	241
▪ UN CASO DE SELECCIÓN	175	▪ REMY DE GOURMONT	253
▪ BERTRAND RUSSELL	181	▪ ANTONIO VARGAS VEGA	259
▪ FRANCISCO CAMBO	187	▪ LENGUAS EXTRAÑAS	265
▪ ROBERT CECIL	193	▪ EL CONDE GLORIA	271
▪ RAMIRO DE MAEZTU	199		
▪ ESCENAS EN «POMBO»	207		

▪ PRESENTACIÓN

DE MI VIDA Y OTRAS VIDAS SALIÓ a la calle en 1949, cuando Baldomero Sanín Cano cumplía ochenta y ocho años. Eran los últimos meses de la administración del presidente Mariano Ospina Pérez y se daba la inminente elección de Laureano Gómez al solio de Bolívar y de Santander. Día tras día los periódicos informaban sobre la violencia en el campo y sobre el enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética que habría de durar cuarenta años bajo el mote de «Guerra Fría». Sanín vivía del periodismo y todas las semanas los lectores se enteraban de la política nacional e internacional y de las novedades literarias que aparecían con su nombre en los diarios y revistas del país. Al mirar atrás y observar sus logros, llevaba más de medio siglo entregado a las fatigas de la escritura que sumaban seis libros publicados en el exterior y no menos de dos mil artículos redactados en el formato del ensayo. Una muestra de estos últimos se podía leer, o repasar, en otra media docena de volúmenes que se vendían sin premura en las librerías de la capital y de provincia.

■ I

Sanín nació en Rionegro, Antioquia, en 1861, en un entorno de clase media pueblerina. Por el lado de su madre, los Cano, había arraigadas inclinaciones culturales y varios de sus parientes habrían de destacarse en el campo de la educación y el periodismo. Cursó los estudios primarios y secundarios en su pueblo natal y en 1880 obtuvo el diploma de maestro en la Escuela Normal del municipio. Después se fue a Titiribí, una población minera del suroeste antioqueño, a dirigir un colegio de varones, y al año siguiente se marchó a la capital del departamento a ejercer la docencia en la Escuela Normal Femenina de Medellín. Allí comenzó a escribir en *La Consigna*, una hoja semanal de su pariente Fidel Cano. Eran tiempos difíciles. Las guerras civiles azotaban al país y a principios de 1880 el poeta Jorge Isaacs anunció un levantamiento, derrocó al gobierno de Antioquia, y a las pocas semanas rindió sus armas ante las fuerzas que había depuesto.

Cuatro años después se trasladó a Bogotá en busca de nuevas oportunidades. La provincia era culturalmente estrecha y los periódicos, las librerías, los colegios y las universidades de la metrópoli ofrecían mayores posibilidades para un joven con vocación intelectual. En esos días podía leer, sin dificultad, en italiano y francés y algo de alemán e inglés. Estos aprendizajes facilitaron su ingreso a los cenáculos literarios, a las páginas de los diarios de mayor circulación y a ocupaciones de ingresos atractivos. En 1889, en plena Regeneración y dominio del conservatismo, ocupó la

subgerencia del tranvía de mulas de la Bogotá City Railway, una compañía de transporte urbano de capital norteamericano. El cargo, que ejercería por más de quince años, le otorgó seguridad y estabilidad económica en una época de intensos conflictos políticos que culminaron con la Guerra de los Mil Días. En Bogotá conoció a políticos, comerciantes, artistas, escritores y funcionarios de las embajadas de Europa y América que le ayudaron a perfeccionar los idiomas extranjeros que tanto le servirían en sus futuras actividades. Allí trabó amistad con José Asunción Silva y Guillermo Valencia, dos poetas modernistas que renovaron la literatura colombiana y unieron al país con las vanguardias literarias de América y Europa. Aprendió de ambos y contribuyó a la formación de uno y otro.

En 1901, en pleno amanecer del siglo xx, Sanín tenía cuarenta años. En el lustro siguiente se le vio muy activo en su vida personal y en sus contactos políticos e intelectuales: contrajo matrimonio, fundó y dirigió la *Revista Contemporánea* e hizo amistad con el presidente Rafael Reyes, del cual fue ministro del Tesoro. En 1909 se fue a Londres con su esposa, ciudad donde residiría, con algunas interrupciones, durante catorce años. A poco se trasladó a Ginebra al lado del expresidente Rafael Reyes y allí redactó su primer libro, *La administración Reyes*. A pesar de sus estrecheces económicas, Londres fue un edén para Sanín. En ella pasó la Primera Guerra Mundial, desplegó y enriqueció su erudición y tropezó con Santiago Pérez Triana, el hijo del presidente Santiago Pérez que había conocido en Bogotá años atrás. Pérez Triana se había casado con la

hija de un millonario muy cercano a John D. Rockefeller, hecho que lo liberó de las preocupaciones financieras y le permitió dedicarse a los afanes intelectuales. Al lado de Pérez Triana, Sanín impulsó las páginas de *Hispania* (1912-1916), una revista de gran tiraje que cubría el orbe hispanoamericano, y en el amable y holgado domicilio de su amigo conoció a numerosas personas —literatos, abogados, políticos, profesores, aventureros— que le abrieron las puertas de la capital inglesa.

En su trabajo en *Hispania*, Sanín trató al notable periodista Alfred G. Gardiner, al escritor y aventurero Robert Cunninghame Graham —amigo de Joseph Conrad, William Morris y George Bernard Shaw— y al historiador de la literatura española James Fitzmaurice-Kelly, tres figuras que le fueron de gran ayuda en su estadía inglesa. Además, por las oficinas de *Hispania* rondaban españoles y latinoamericanos que contribuyeron a llenar sus secciones y a difundir el magazín por diversos países. Estos vínculos ensancharon sus contactos intelectuales y difundieron su nombre por España y América. La revista fue una prueba de fuego para Sanín. En ella escribió de todo y sobre todo: sobre política, ciencia, literatura, economía, filología e historia. La *Revista Contemporánea* de 1904-1905 había sido sólo un esarceo, una experiencia inicial para temprar la pluma. En *Hispania*, su prosa, tejida por frases cortas y una dicción clara y aplomada, fortalecida por una ligera ironía inglesa, avanzó por las más diversas sendas del saber sin conocer el reposo ni mostrar señales de agotamiento. Pero Pérez Triana murió pronto y con él la

revista. Una vez más Sanín debió buscar trabajo y con la ayuda de sus cofrades se vinculó al diario *La Nación* de Buenos Aires como corresponsal europeo. En 1919 obtuvo la honrosa Cátedra de Lengua y Literatura Española en la centenaria Universidad de Edimburgo. En el desempeño de estas funciones publicó, en inglés, una gramática española acompañada de un volumen de lecturas para los estudiantes de español, a lo que sumó un agraciado diccionario español-inglés, inglés-español, que los lectores de estos idiomas y los viajeros por países de habla inglesa y castellana podían llevar sin molestia en el bolsillo izquierdo de sus camisas. La enseñanza no era, sin embargo, su devoción, a pesar de sus estudios de pedagogía en la lejana Rionegro. Consideraba la instrucción imposición de conductas a mentes indefensas y le fastidiaba el contacto con jóvenes para quienes el estudio era una obligación y una faena impuesta por adultos que creían saberlo todo. Después de año y medio de labores docentes en Edimburgo regresó a Londres para dedicarse de lleno a las faenas periodísticas.

Sanín aprovechó su estadía en el Viejo Mundo para viajar por España, Francia y Alemania; por Dinamarca y los reinos escandinavos; por Austria, Italia y Grecia. En 1924 pasó por Colombia camino de Buenos Aires en calidad de director de la sección de política internacional de *La Nación*. En el desarrollo de sus tareas conoce a influyentes intelectuales porteños y colabora en sus revistas. Viaja por algunos meses a Estados Unidos y deja un registro de su periplo «saxoamericano» en las planas de *El Espectador*. Su esposa enferma, y regresa de nuevo a Bogotá. Ya viudo

vuelve a Buenos Aires y en 1933 es nombrado embajador de Colombia en Argentina. Finalizadas las obligaciones diplomáticas retorna para asentarse definitivamente en el país. Vive en Bogotá con estadías de varios años en Popayán al lado de su amigo Guillermo Valencia. Ocupa la rectoría de la Universidad del Cauca y durante las décadas del treinta y el cuarenta emprende una notable actividad periodística. Escribe y escribe. Hay periodos en los que publica más de setenta textos por año. Llena los folios de *El Tiempo* de su amigo Eduardo Santos y en una prosa más controlada, elegante y analítica que la del pasado, animada por un humor tenue, transita con soltura por los terrenos de la política, la cultura y los eventos sociales y literarios. Entre 1939 y 1945 cubre los sucesos de la Segunda Guerra Mundial y a continuación registra los lacerantes años que siguen a la derrota alemana y que dieron lugar a la Guerra Fría. Este es el momento en el que sale a la calle *De mi vida y otras vidas*.

■ II

El lector debe tener en mente el anterior trazo biográfico antes de deslizarse por las amables y deliciosas páginas del presente libro, ya que *De mi vida y otras vidas* es una autobiografía al revés. Más de la mitad del volumen está dedicado a la memoria de los otros, al retrato de personas que Sanín conoció y trató en Colombia, Europa y Sudamérica. En sus capítulos habla más de la vida de los demás

que de la suya, y en sus folios se aprende más de las experiencias de terceros que de sus vivencias. Se oculta y disimula en un lenguaje de meditada lejanía hasta borrarse y hacerse imperceptible. Pero el lector atento descubre que en la pincelada de los otros Sanín siempre está presente. Se muestra a contraluz, como los otros debieron verlo o como él sospecha que lo vieron. Todo retratista deja su impronta en lo retratado.

De mi vida y otras vidas se compone de treinta y ocho capítulos no numerados precedidos por una introducción. El autor quería que se le considerase un volumen orgánico, un libro que nace, crece y termina guiado por una idea central de principio a fin. Y así parece en un comienzo, pero a poco el lector se encuentra con una galería de nombres y situaciones que más parecen un *collage*, un conjunto de imágenes superpuestas que carecen de una pauta que las regule y les señale una ruta. Sanín sospechaba de este eventual desconcierto. De la «congruencia y unanimidad de espíritu [del libro] no puedo dar seguridad absoluta», escribió. Ante esta evidencia les pide a los lectores que no busquen tanto un hilo conductor en sus secciones, como una intención particular cuya unidad reside en ser la obra de un individuo con una manera muy personal de ver el mundo de los otros y de sí mismo. Y así fue. La unidad estaba en su mente mas no en la factura de los capítulos redactados en la forma del ensayo, de textos autónomos con escasa o nula relación con aquellos que lo preceden y con aquellos que lo siguen. El género de Montaigne lo avasallaba y le impedía tejer el libro independiente.

El libro inicia su relato como se espera de unas memorias: por la infancia del autor. A continuación, Sanín aborda su carrera como maestro, su paso por Medellín y su llegada a Bogotá, donde trabaja inicialmente como bibliotecario y después como subgerente del tranvía de mulas de la Bogotá City Railway. En seguida habla de José Asunción Silva, de Guillermo Valencia y de dos embajadores asentados en la capital. De improviso vuelve sobre su infancia para regresar de nuevo a la ciudad con meditaciones sobre los vientos y las aves de la Sabana de Bogotá. Describe con paciencia el guácharo, un pájaro cavernícola de las altas montañas de los Andes. Sanín era muy dado a las especulaciones sobre el reino natural que había aprendido en sus lecturas de divulgación científica. Sin aviso alguno da un salto a Londres y a París para relatar su trashumancia por estas dos urbes. A esta altura se está en el 35 % del libro. El 65 % restante lo ocupa una galería de retratos de europeos y americanos que conoció en diversos momentos. En medio de estas siluetas describe una escena en el Café Pombo de Madrid, el café donde tenía lugar la tertulia de Ramón Gómez de la Serna, y ofrece una digresión sobre la prensa, los idiomas extranjeros y su trabajo en la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones. El libro termina sin anuncio y conclusión alguna con un cordial trazo de «El Conde Gloria», el embajador de Italia en la Bogotá de 1890. El lector queda en vilo y cree que el autor se ha levantado del escritorio en busca del último capítulo que se ha extraviado entre los papeles apiñados en uno de los

estantes de su biblioteca. Pero lo cierto es que a esta altura Sanín daba por terminada su labor. Sentía que el tema se había agotado y que no había más qué decir de la vida de los otros y menos todavía de la suya. Se cansó de evitarse a sí mismo y de pintar los triunfos y las desdichas de los demás. Continuar sería agotar al lector con más experiencias de la errática humanidad que, después de una muestra representativa como la que había emprendido, tendían a repetirse y a considerarse cosa sabida.

A pesar del desgobierno de los capítulos es uno de los ejemplares más bellos de Sanín. Allí está su mejor prosa y su característico discurrir por la existencia humana. El ingenio, la frescura de su idioma y la fluidez de su prosa atrapan al lector desde la primera frase hasta la última. Es un volumen postrero. Los que aparecieron más tarde fueron sólo la compilación de textos independientes que día a día y semana tras semana salían en diarios y revistas.

Sanín murió ocho años después de la aparición del presente libro, dejándoles a los futuros analistas de su obra el deber de redactar su vida casi centenaria que esquivó en la memoria de los otros.

GONZALO CATAÑO

▪ INTRODUCCIÓN

EN EL PRÓLOGO A LA HISTORIA de su vida, uno de los libros reveladores de la esplendorosa época del renacimiento, dice Benvenuto Cellini que «todo hombre que haya creado alguna obra de mérito debiera, siempre que juese sincero y leal, escribir por sí mismo la crónica de su vida, pero labor tan ocasionada a variedad de interpretaciones requiere no ser emprendida antes de haber cumplido el autor los cuarenta años». Opina el autor del presente libro que habría un principio de vanidad en el hecho de escribir las propias memorias si se tomara por irrevocable el dicho del enorme florentino. Partir del principio de que el autor de unas memorias ha figurado en su tiempo, es anticiparse al juicio de la posteridad. Si Benvenuto Cellini no hubiera hecho más que sus divinas esculturas, su nombre habría pasado a la historia del arte, aunque no hubiera escrito sus memorias. Pero hay algunos personajes que de no haber escrito sus memorias acaso no hubieran figurado en las listas de los inmortales. Debe escribir sus memorias el que sin haber figurado notablemente en su tiempo cree tener

algo que decir a los circunstantes o a la posteridad, no de sí mismo sino de los sucesos que ha visto y de los hombres que ha conocido.

Por más de una razón el autor del presente libro no ha figurado en su época ni en las artes ni en la ciencia, ni en la guerra, ni en la política, y su contacto con estas formas de acción humana ha sido ocasional e intermitente. De lo poco digno de memoria que acaso merezca ser comunicado al público, la mayor parte ha salido a la luz. Pero sin haber figurado, el presente escritor ha visto y admirado la figuración de muchos. Por eso este libro ha debido llamarse: «Memorias de los otros», pero ese título es anterior a estas reflexiones, y es menester dejarle a su autor la propiedad de su invención. Aquí pasarán a la vista del lector gentes y sucesos que el autor ha observado por casualidad en la mayor parte de los casos. Siendo de naturaleza y hábitos sedentarios, casi inmóvil, pues se queda donde le ponen y se deja llevar adonde le impulsan los acontecimientos, ha recorrido considerable extensión de la superficie terrestre, no movido por el deseo de conocer y estudiar nuevos horizontes, sino porque otras personas han querido que se moviese en varias direcciones. Conoce por eso un espacio de la tierra que se extiende en longitud desde el grado 16 al este hasta el 85 al oeste, y en latitud desde el grado 62 al norte hasta el 37 al sur, un espacio del planeta donde florecían hasta el año de 1914 envidiables y tranquilas civilizaciones, regiones y centros bulliciosos de progreso que vivían orgullosos de haberse incorporado a formas de cultura en cuya adaptación estaban ocupándose empeñosamente.

Personas generosas e interesadas en mi manera de pensar y sentir han manifestado extrañeza de que no haya escrito un libro orgánico y me haya contentado con lanzar en volumen colecciones de artículos sobre temas de literatura, historia, ciencias naturales, viajes, filología, sin más rasgo de unidad entre ellos que la personalidad del autor. Una gramática escrita en inglés, un diccionario bilingüe y un boceto sobre el desenvolvimiento de la literatura en Colombia, con exclusión de los literatos en actividad al tiempo de aparecer tal boceto, son las únicas obras de textura orgánica publicadas con mi nombre, pero ninguna de ellas fue debida a mi individual iniciativa. Editores interesados en la publicación de ese género de textos solicitaron la aplicación de mis facultades a su elaboración. Aun los cinco volúmenes de ensayos hasta hoy publicados no arrancan de mi voluntad de hacer libros. Samuel Glusberg, espíritu vinculado a las letras americanas por su producción personal en trabajos de crítica generosa y comprensiva y por su labor editorial fecunda en la publicación de obras propias y ajenas, fue el primero en dar a luz en Buenos Aires, en 1926, un volumen de ensayos con mi nombre, bajo el título de «Civilización Manual», agotado ya y casi desconocido en el continente. La ilustrada benevolencia de Germán Arciniegas, editor también en sus horas de vagar y maestro en labores históricas de vastas proyecciones por su valor científico y por su ingenioso estilo lleno de gracia y de suavidad, tuvo la idea de publicar en 1926 un volumen de estudios y crónicas al cual quiso ponerle el título muy significativo de «Indagaciones e imágenes». Tampoco

fue muy alegremente recibido por el público. A Germán Arciniegas le deben también los aficionados a esta clase de lecturas el tomo de ensayos que con ese título incluyó en la serie de obras conocida con el mote de Biblioteca popular de cultura colombiana. Abel Botero dedicó su feliz afición a las letras a la tarea de coleccionar y publicar artículos de crítica y otras expansiones en un volumen llamado «Crítica y arte», en cuya lectura parece haberse interesado el público. La edición desapareció en pocos años. Antonio García tuvo mejor visión de las aficiones del público lector en Colombia, porque los trabajos por él publicados con mi nombre, designados como «Divagaciones filológicas y apólogos literarios», es el único libro de esta serie que ha tenido la suerte de agotarse en pocos meses. De esta descolorida enumeración se desprende la conclusión de que ninguno de los libros publicados con mi nombre ha surgido de mi vivo o amortiguado deseo de ponerme, por medio de un volumen de cosas literarias, en comunicación con la gente.

Por la intención este libro será orgánico. Tendrá la unidad resultante de ser obra de una sola persona, de cuya congruencia y unanimidad de espíritu no puedo dar seguridad absoluta. Los lectores podrán juzgar si recorren parte considerable del libro. No puedo dar más seguridad de la que yo mismo me doy respecto a la verdad de los sucesos narrados, esto es, que los vi como los relato, conforme a la intensidad y exactitud de mis recuerdos. Por lo que hace a mi manera de juzgar a los hombres, sus opiniones y sus hechos, no debo decir otra cosa sino que tal me

parecieron o me parecen. Puedo estar equivocado en los juicios a este respecto, y sobre esto la opinión de mis lectores viene siendo tan buena o tan revocable como la mía.

▪ INFANCIA

NACÍ EN RIONEGRO, VIEJA, NOBLE, activa y por sus alrededores bellísima ciudad colonial de Antioquia, el día 27 de junio de 1861, mientras duraba el vendaval de las pasiones de que nació la guerra iniciada dos años antes. Toda mi familia estaba con apasionado interés deseosa de que la guerra terminase con el triunfo de la revolución. En mi niñez oía con frecuencia el relato de escenas venturosas y desventuradas de aquella lucha en que triunfaron los ideales en que tuvieron fe mis padres y los antecesores de mis padres. Baldomero Sanín Vera se llamó el autor de mis días, uno de los hombres más rectos y pundonorosos que he conocido. En la educación de sus hijos fue de virtud y severidad invariables. Perdió su esposa a los cuarenta y cinco años de edad. Sin fortuna, sin más recursos que los provenientes de su trabajo, se dio con fe a la educación de sus diez hijos.

Fue mi infancia inevitablemente triste. La muerte de mi madre, cuando yo tenía apenas cinco años, echó sobre mi vida una sombra de tristeza que se prolongó por muchos años.

Duraba en mi familia, cuando murió mi madre, el luto y el penoso recuerdo de la muerte y la vida del padre de mi padre. Poco tiempo después murieron la madre de mi madre y una hermana de mi padre, a cuyas virtudes y talentos confiaban las mejores familias del lugar la educación de sus miembros en menor edad. Era ella la encargada de dirigir mi formación espiritual en mis primeros años. La muerte parecía señalar los primeros pasos de mi vida. No había terminado un duelo cuando se presentaba una nueva desaparición, con su acompañamiento de gemidos, palabras de desesperación, luto, rezos fúnebres y visitas a las tumbas recientes. En mis cavilaciones de adolescente pensaba yo si la vida era en efecto un valle de lágrimas, como decían las oraciones confiadas sistemáticamente a mi memoria.

No recuerdo cuándo ni cómo aprendí a leer. De repente me sorprendí a mí mismo burlándome de compañeros de estudio confundidos ante el absurdo de que la letra *c* tuviera un sonido antes de la *a* y otro antes de la *e*. Me dolía de los niños que tenían que abandonar su casa para ir a la escuela. En mi propia casa, hermanas de mi padre me comunicaron todos los conocimientos necesarios para ingresar al colegio, en donde al principio tuve el desengaño de notar que me ensañaban cosas por mí sabidas hacía mucho tiempo. Me desconcertó además que el profesor de geografía, al darnos algunas nociones de cosmografía, no hacía diferencia entre la causa de los eclipses de luna y el origen del cambio de las fases. Cuando le di a mi padre la explicación que el profesor nos había suministrado, el

buen hombre rico de buena gana, y tomando una jarra casi redonda y valiéndose como sol de la bujía encendida que había en la sala, me hizo ver de qué modo la posición del espectador en la tierra y la dirección en que caían los rayos del sol sobre la luna daban lugar a los cambios de aspecto que se llaman fases de este astro. Desde entonces cambió mi opinión acerca de la sabiduría y competencia del profesor. Mi padre fue dotado por la naturaleza de felices capacidades de observación, de un raro talento matemático y de un discreto y apacible sentido del humor. Parecía hombre muy serio, pero reía de cuando en cuando con franca alegría. No tuvo más educación que la suministrada entonces en las escuelas públicas elementales; pero en medio de sus apremiantes quehaceres y de las atenciones que exigía la dirección y el sostenimiento de una familia numerosa, él hallaba espacio y tiempo para cultivar sus aficiones científicas y literarias. Consultaba a Salvá, el gramático imponente de aquellos tiempos, y refrescaba y aumentaba sus nociones matemáticas en las obras de don Lino de Pombo. Me ayudaba sonriendo a desenvolver los ejercicios de álgebra y a resolver los problemas de esta materia que me daban en el colegio para trabajo en la casa. Me causaba sorpresa y alegría descubrir en él esa clase y abundancia de conocimientos.

Por generosa disposición del gobierno nacional se fundó en Rionegro en 1875 una escuela normal de maestros. El colegio de la ciudad fue absorbido por el nuevo instituto y todos los alumnos del viejo plantel debían pasar a la nueva fundación. Se crearon doce becas, para optar a

las cuales era preciso pasar por un examen sucinto. Fuimos muchos los opositores. No logré obtener una beca a pesar de que, en sentir de muchos de los examinadores y de mí mismo, yo había contestado a las pruebas con más corrección y mejor conocimiento que algunos de los preferidos. Entre estos había dos o tres claramente incapaces y uno de ellos aparentemente imbécil. Este caso de injusticia obró sobre mi espíritu de aspirante y sobre mi concepto de la organización social en un sentido deplorable. No había cumplido todavía los quince años, pero comprendí o di por sentado que en el mundo predominaban consideraciones distintas de la probidad y la justicia. Lo dije así a mi padre y él, conmovido por la sana base de mis argumentos, no se atrevió a contradecirme. Su correcto sentido de las relaciones humanas no le permitía engañarse sobre las causas de mi desilusión.

▪ MI CARRERA DE MAESTRO

COMO NO HABÍA EN EL LUGAR otro establecimiento de educación y como se admitían alumnos externos, mi padre aceptó las duras condiciones que le imponía la necesidad de mi educación y dispuso costearla en el nuevo instituto. Se pensó que tenía disposiciones para el magisterio. No sé de dónde se saltó a esta seria conclusión, como no fuera de la circunstancia fortuita de que una tía y una hermana mayor se hubieran distinguido en el magisterio.

Los estudios iniciales en 1875 hubieron de suspenderse en la segunda mitad de 1876, a causa de la guerra civil promovida por un partido político, entre otras causas, reales o supuestas, por oposición a la ley creadora de las escuelas normales y de la educación obligatoria, gratuita y laica.

Al terminar la guerra continuaron los estudios, y en 1880 recibí el título de maestro de escuela superior, después de un examen riguroso que se prolongó por varios días. Olvidaba anotar que en enero de 1879, a causa de una revolución parcial contra el gobierno del entonces Estado soberano de Antioquia, hubo también suspensión

de estudios, durante la cual todos los alumnos de la escuela salimos a campaña en persecución de guerrillas activas en el oriente del Estado.

Al recibir el título fui nombrado director de una escuela superior en Titiribí, distrito minero de Antioquia en el sudeste del Estado, un tanto remoto del centro comercial y muy activo en estos momentos a causa de la prosperidad de las minas. Me fue grata la vida en esa ciudad y aun llegué a figurarme que tenía vocación para la enseñanza, debido sin duda a que entre las dos o tres docenas de estudiantes había dos docenas por lo menos de inteligencia abierta y receptiva, y cuatro o cinco adolescentes de gran talento y de un noble interés en el estudio, algunos de los cuales han figurado después en las ciencias médicas, en el derecho y la política. Era un verdadero placer señalarles el rumbo del estudio o abrirles las puertas en el ámbito de ciertas disciplinas. Recibían con entusiasmo la enseñanza y trataban de adelantarse a los programas. A pesar de la escasez de útiles de enseñanza, en dieciocho meses se lograron resultados satisfactorios. Sin embargo, la ausencia de elementos de estudio como textos, laboratorio, muebles adecuados, me movieron a pedir mi traslado a Medellín, capital del Estado, donde al cabo de un año de enseñanza en una escuela elemental fui llamado a servir el empleo de subdirector en un instituto privado y a dictar un curso de pedagogía en la escuela normal de señoritas.

Había dedicado durante dos años todas las horas útiles del día a cumplir los deberes anexos a esos dos empleos cuando estalló la revolución de 1885. La ocupación de

Medellín por las tropas del gobierno nacional y el hecho de que las nuevas autoridades nombradas por las fuerzas de ocupación considerasen como institución enemiga el colegio donde ejercía las funciones de subdirector y catedrático, trajeron por consecuencia la clausura del establecimiento. En verdad, aunque el horizonte se oscureció totalmente en cuanto a la naturaleza y rumbo de mis futuras actividades, no deploré hondamente la cesación de mis ocupaciones como persona docente. Los últimos dos años de mi vida como profesor o maestro de niños me convencieron de que no era la enseñanza la función para la cual me destinaban mis naturales inclinaciones. Había llegado a fastidiarme del contacto con las mentes de niños o de jóvenes para quienes el estudio era una faena impuesta por la edad y seguida sin fe ni entusiasmo, como un deber penoso y para muchos de ellos innecesario, pues imaginaban unos que con su fortuna —la de sus padres—, y otros que con su inteligencia y deseo de trabajar libremente en la feria de apetitos que tenían por delante, podrían vivir regocijadamente, con provecho para sí mismos y para la sociedad.

Había por otra parte en mi propia naturaleza razones subjetivas que me apartaban de la enseñanza. Me repugnaba imponer a inteligencias rebeldes el estudio como una obligación. Para mí el estudio no había sido nunca otra cosa que una tendencia indomable de mi naturaleza. Acumular nociones y tratar de comprender la vida en cuanto alcance a ella la inteligencia del hombre, me parecía un objeto final y eminentemente placentero de la existencia. De estudiante, cuando había aprendido las lecciones del

día siguiente, usaba el tiempo restante en estudiar lenguas —como el italiano o el alemán—, en resolver problemas de álgebra o geometría por encima de los programas o en leer obras sobre paleontología, tema no comprendido en los programas de historia natural. La contemplación de la estudiantina que bostezaba escuchándome y esperaba ansiosa la hora de salir de clase para ir a regocijarse con el sólo hecho de haber salido, me quitaba todo entusiasmo en la tarea docente.

Pero había algo más que eso. La enseñanza tenía para mí algo de simulación, casi de improbidad. No he sido nunca hombre de convicciones fuera del orden moral. Creo en ciertos principios éticos, fuera de los cuales no sería posible escapar de la completa confusión en las relaciones humanas. Pero en muchos otros órdenes, especialmente en el mundo de la ciencia, de la política, de las artes, la verdad es condicional y transitoria. Hasta hace poco más de un siglo no se creía que se pudiera de buena fe argüir que las paralelas se encuentran prolongadas al infinito. Ya nadie se conmueve ante la inseguridad del postulado de Euclides. Las bases de la física se conmueven. La química revoluciona la teoría de la composición de la materia. Los cuerpos simples eran hasta ayer invariables y perennes. Ya se sabe cómo hay algunos que pueden transformarse en otros. La filosofía es un tema de infinitas variaciones, en que la verdad tiene tantas facetas cuantas son las personas que la buscan o la analizan. Todo es incierto y transitorio. Las convicciones mismas de algunos espíritus cambian con las vicisitudes materiales o sociales de sus sostenedores.

Enseñar es dar por sentado, frente a inteligencias libres de prejuicios, que hay verdades permanentes. Es menester estar convencido de lo que se enseña para transmitirlo con probidad. Los que carecemos de esa terrible fuerza mental que es la convicción, vacilamos ante la idea de adquirir la obligación de transmitir nociones fatal y conocidamente transitorias. Acaso este pensamiento sea la causa de mi resolución juvenil de abandonar la enseñanza.

Sin pasar adelante debo consignar aquí un recuerdo de mi experiencia como profesor, de gran significado en la formación de mi concepto sobre la vida. Como profesor de pedagogía en la escuela normal de señoritas, el presidente del Estado, Luciano Restrepo, gobernante de sanísimo criterio y laudables intenciones, quiso que yo asistiera a las reuniones por él establecidas de funcionarios de la instrucción pública que se realizaban en la casa de gobierno. En una de ellas un alto funcionario propuso la publicación, con fondos del erario público, de un tratado de pedagogía que tenía escrito. El presidente halló aceptable la idea, y dijo que no siendo él ni ninguno de sus secretarios perito en la materia, se pasara el manuscrito al profesor de pedagogía para que diera su concepto. El autor, cercano pariente de quien escribe estas líneas, expresó sin rodeos su decisión de no publicar el texto si se sometía a la prueba propuesta por el señor presidente. Mis relaciones con el autor, su arrogancia y el empeño por él mostrado en hacerme aparecer como juez incompetente influyeron, acaso sin razón pero muy hondamente, en mi opinión sobre el carácter de los hombres y la influencia del burocratismo sobre el sentido

moral de las personas. De entonces tomó fuerza en mí la voluntad de evadir hasta donde me fuera posible la obligación de servir destinos públicos.

▪ MEDELLÍN HACE SESENTA AÑOS

RECUERDO CON PLACER LOS cuatro años de mi permanencia en Medellín. En la dirección de la escuela primaria a que me condenó el gobierno, con una severidad excedía sin duda las proporciones del error cometido por mí al adoptar como profesión la de la enseñanza, usaba ocho horas cada día impartiendo nociones elementales a chicos ya desasnados en otros establecimientos. Sabían leer y hacer las letras. Era un grupo de niños pertenecientes a las clases obreras de la ciudad. Desde el primer momento experimenté ante esas criaturas la sensación de que no tenía con ellas nexos de ninguna especie. En Titiribí mis alumnos eran mis amigos. Algunos de ellos tenían mi edad y dos o tres habían nacido antes que yo. La enseñanza había sido allí una práctica agradable, principalmente porque los alumnos en su mayor parte manifestaban grande interés en adquirir conocimientos. En sus preguntas y vacilaciones había yo descubierto con sumo placer los vacíos mayúsculos de mis conocimientos en las materias que debía enseñar y aprendía con ellos mientras imaginaba enseñarles.

Éramos camaradas. En la escuela elemental de Medellín no había nexos de este género entre maestro y discípulos. Ellos escuchaban o no escuchaban, aprendían o no, esperaban con impaciencia la hora en que distraerse de las explicaciones que oían dejaba de ser una falta, y se precipitaban a la puerta de salida con señales ingenuas de alegría. Yo me retiraba en busca de mis libros y del contacto con espíritus para los cuales no era ni un estorbo ni una amenaza. Estudiaba por entonces italiano, y el bibliotecario de la Universidad, Juan Bautista Posada, mi amigo de la niñez, me daba a leer obras del Tasso, de Pellico, los *Promessi Sposi* de Manzoni y otros bellos libros en ese idioma que tenía a su cuidado. Recuerdo que la novela de Manzoni fue acaso el primer libro de imaginación que me causara una viva emoción de realidad humana y de belleza literaria. Hasta entonces Julio Verne había logrado apoderarse de mi curiosidad, no de mis sentimientos.

Frecuentaba por entonces la redacción de *La Consigna*, periódico semanal dirigido y escrito en su mayor parte por Fidel Cano, a quien había conocido ocho o diez años antes, en Rionegro, donde su padre, don Joaquín, tío de mi madre, dirigía un negocio industrial. Fidel, poseído de una poderosa inclinación literaria, tenía su pequeña imprenta y en ella publicaba una revista titulada *La Idea*, en cuya preparación trabajaba como cajista, impresor, corrector y escritor. Nos acogía con inteligente condescendencia a los estudiantes de la normal y aun llegó a permitirnos publicar en su imprenta un periodiquín que a falta de nombre más volátil intitulamos *El Éter*. En él dimos a conocer, con

audaces tendencias reformadoras, nuestras fallas en asuntos gramaticales y nuestro poco respeto por la lógica y la ortografía. Fidel sonreía, con esa bondad serena y acogedora de que dio muestras en todas las épocas de su vida.

En *La Consigna* se reunían las gentes de preocupaciones literarias y de nexos con la política un tanto agitada de la época. A mí me llevaban mi amistad con Fidel, mi deseo de enterarme y mi gran capacidad admirativa. Entre los más asiduos figuraba Luis Eduardo Villegas, colaborador del semanario y personaje eminente en la política y la administración del Estado soberano. Alto, robusto, de buen parecer, serio en su aspecto y muy cortés de maneras, Luis Eduardo entraba contoneándose un tanto, siempre con alguna noticia grave sobre la política del momento, o con alguna idea trascendental o curiosa cazada en las lecturas de la noche. Correctísimo en el hablar, se apoderaba rápida y fácilmente de la atención del auditorio, por más numeroso y respetable que fuera. En sus ideas, en sus actitudes, en su aspecto parecía gozar de la vida y no estar muy descontento de sí mismo. A más del derecho, que era su profesión, le inspiraban grande interés los estudios gramaticales, en que llegó a merecer el aplauso de Rufino J. Cuervo. Era profesor de lengua española en el instituto donde yo figuraba como subdirector y nos entretenía a los demás catedráticos la lectura de sus notas de clase. Escribía, por ejemplo: el alumno Molina «marró» dos veces; Aguirre «hizo novillos»; Pérez «anda por los cerros de Ubeda». Leía los clásicos tenazmente, no sé si por inclinación o en busca de flores literarias y modelos de estilo.

Su modo de expresarse por escrito era correctísimo, galano en verdad, no escaso de meollo, pero dejaba a menudo la impresión de la erudición y el artificio. Admiraba sinceramente a Fidel y proclamaba en su ausencia la diamantina calidad y la gracia comunicativa en el estilo de su amigo. Colaboraba también, menos asiduamente, en *La Consigna*, Benjamín Palacio, notabilidad política un tanto expansiva, perteneciente también a la administración. Era compacta su apariencia y un tanto bullicioso su modo de presentarse y de hablar. Vestía siempre de levita y llevaba la chistera con aire de importancia. Por lo demás, era campechano su estilo y contaba regocijadamente anécdotas de subido color. Vino a menos al caer el partido radical. Fue padre de Benjamín Palacio Uribe, de fama periodística un poco estragada y sinuosa, que murió prematuramente en el ejercicio de su profesión, en horas de amarga agitación política en la capital de la nación.

El doctor Francisco Uribe Mejía, el doctor Pachito, como le decía unánimemente una población agradecida y llena de admiración por sus claras virtudes ciudadanas y privadas, solía pasar también por *La Consigna*, a veces con algún escrito debajo del brazo. Sonreía siempre entre angelical y burlesco, aunque era la bondad personificada. Cubría su calva desolada y reverenda con la chistera indispensable. Vestía siempre de negro y marchaba de suyo inclinado hacia adelante. Era cargado de hombros y pulcro como un armiño. Los que no le querían, le adoraban. Sin tener negocio de librería, importaba por curiosidad y los vendía, libros franceses de ciencia y literatura.

Entiendo que llegó a una edad muy avanzada, cerca de los cien años, sin sorpresa de quienes le consideraban destinado a vivir para siempre. Fue médico risueño y catedrático sin convicciones.

Por *La Consigna* solía pasar el doctor Manuel Uribe Ángel, a quien la gratitud de sus contemporáneos llamó el doctor Manuelito. El doctor Uribe Ángel escribía sobre cosas científicas. Recuerdo sus artículos sobre la amenaza inminente de la erosión. Hace setenta años Antioquia estaba en peligro cercano de perder su capa vegetal. Han pasado tres generaciones y el valle del Río Negro, que he vuelto a visitar ha pocos años, está tan lozano y fructuoso, tan hermosamente verde como en 1885. Sólo que se ha descubierto no ser pecuniariamente provechoso el cultivo del maíz, su mayor empeño en varios siglos. Hoy cultiva flores y legumbres, porque habiéndose acercado a Medellín, casi a una hora de distancia, cuanto cultiva en estos productos lo transporta a la capital del departamento y lo vende con facilidad. La producción del maíz debía de ser codiciadamente abundante. En 1930 una tonelada de maíz valía en Buenos Aires 18 dólares, y en Medellín, en el mismo año, 46 dólares. Sin embargo, en Medellín y en las comarcas vecinas se abandona el cultivo del maíz. En tanto las predicciones sobre la esterilidad de los terrenos por causa de la erosión, aunque fundadas en la observación, no se cumplen o se cumplen a larga fecha. Otro tema del doctor Uribe Ángel, en que le acompañaban Palacio y otros concurrentes a *La Consigna*, era el de la inminente desaparición de la gente antioqueña por el abuso de licores alcohólicos.

No era posible que un pueblo en el cual la mayoría de los varones de dieciséis años tomara tres copas, a lo menos, de aguardiente todos los días, antes de almuerzo, soportara las pruebas de la existencia durante muchas generaciones. Se pasaban por alto en esta manera de considerar el problema algunos factores indudablemente. En los días a que me refiero Antioquia, el Estado, se componía de la mayor parte de lo que hoy forma ese departamento y el de Caldas. El censo de población de Antioquia entonces fue de 320.000 habitantes. A los sesenta años Antioquia, considerablemente reducido su espacio, cuenta con 1.400.000 habitantes; Caldas pasa de 1.000.000, y en los vecinos departamentos del Tolima y Valle y en la capital de la República el número de antioqueños residentes puede ascender fácilmente a medio millón. Estas cifras y la penosa consideración de que no hay señales de que el uso del alcohol haya disminuido en aquella comarca, justifican la creencia de que acaso esta perniciosa costumbre no influye en el decrecimiento de la población. En la Gran Bretaña en 1913 el presupuesto total de la isla era de 199.000.000 de libras esterlinas al año. En ese momento los venturosos habitantes de esa comarca gastaban anualmente cosa de cuatrocientos millones en el consumo de licores destilados y de otra clase. A consecuencia de la guerra de 1914 los gobiernos, por razones de moral y de economía, trataron, por medio de leyes y decretos, de aminorar el consumo de licores en el territorio. Parece que lo han logrado con otras consecuencias. El doctor Uribe Ángel llevaba colaboración puramente literaria a *La Consigna*. Urgido

una vez para escribir algo destinado a un suplemento literario, se sentó a llenar unas páginas y salió improvisadamente de su pluma un artículo titulado «El recluta», que muchos tuvieron por logro estupendo. Uribe Ángel fue y sigue siendo honor de su raza y modelo de su tiempo.

Solía mostrarse entre los concurrentes a dicha tertulia Leocadio Lotero, colaborador ocasional del periódico y amigo de todos los tertulianos. Era de pocas palabras. De cuando en cuando incrustaba en la conversación alguna anécdota de intención manifiesta, y callaba en seguida por horas enteras. Era hombre de ingenio, suministraba artículos de costumbres de contenido humorístico y altamente significativo, en lenguaje terso, de sabor clásico y frase donosísima. Parecía en estado de neutralidad armada con la existencia. Entró a la burocracia consular que le arrebató el vagar y el hábito de complacerse en la observación lúcida del mundo circundante. Se aisló voluntariamente y cuando una administración insensible se privó de sus servicios, quedó como desprendido del mundo. No sé que se hayan publicado en libro algunas de sus ingeniosas páginas sobre las flaquezas de sus contemporáneos.

Rafael Uribe Uribe, Antonio José Restrepo, Camilo Botero Guerra pasaban a veces por aquella tertulia. Uribe Uribe llegaba de Bogotá, donde había hecho sus estudios. Se ensayaba en las lides de la prensa, campo de acción hacia el cual se sentía atraído por fascinaciones irresistibles. Sin embargo se notaba que fuera de Fidel Cano, cuyas dotes de escritor y de hombre le inspiraban grande y fundada admiración, por otros ejemplares del grupo no se sentía ni

atraído ni dominado. Restrepo tampoco era muy asiduo. Él aspiraba a poder algún día lanzar su periódico, y parece que no eran santos de su devoción algunos de los contertulios. Camilo Botero Guerra, con el pseudónimo de «Don Juan del Martillo», y en una sección titulada «Casos y cosas de Medellín», se desembarazaba de sus opiniones y de su sentir picaresco sobre personas y sucesos de la villa de entonces. No carecía de chispa y usaba una lengua fácil, insuficientemente matizada. De anteojos, sombrero de copa alta y el porte altivo, con la mirada puesta hacia lo lejos, parecía en la superficie un Francisco de Quevedo escondido en los perfiles y los modos de un Aiguals de Izco.

Era un momento aquel en que la literatura de Medellín sufría con intensidad la influencia y el contagio de las letras castellanas del momento: circulaban en el ambiente literario las obras de Pérez Galdós, Valera, Clarín, Pereda, Emilia Pardo, Palacio Valdés y otros menores. No era permitido ignorar el sentido y la intención de *Doña Perfecta*, *Pepita Jiménez*, las críticas de Clarín y los descubrimientos de la Pardo Bazán.

Tendría Medellín por los años de 1880 a 1884 unos treinta y cinco o cuarenta mil habitantes. Por su situación excepcional era como una isla en medio del territorio colombiano. Las montañas y las clases de caminos que las atravesaban por entonces aislaban a la capital de Antioquia de la capital de la República. Como apenas había cambio de productos entre Medellín y Bogotá, las relaciones con el régimen federal eran únicamente de protocolo. Venían jóvenes de Antioquia a estudiar a Bogotá y

hombres de mente curiosa subían desde las ciudades y pueblos de Antioquia a la altiplanicie a ver cómo era Bogotá. Los nexos entre la capital y la provincia tenían su base y fundamento en la Universidad principalmente, y en las necesidades del gobierno representativo. En el congreso se enteraban algunos de la situación y la vida del Estado de Antioquia.

Se señalaban en Medellín al respeto y a la curiosidad del medellinense los individuos que habían estado en Bogotá. La distancia entre las dos capitales, unos cuatrocientos kilómetros, era de once o doce días. Doce días empleaba el correo para cubrir el espacio entre las dos ciudades. Había dos rutas de la una a la otra. Por el oriente se viajaba hacia Nare, obra de cuatro o cinco días, para tomar allí el vapor hasta Honda. En esta villa emprendía el viajero a lomo de mula la ascensión al altiplano, que duraba tres días. Por el sur el viajero hacía rumbo hacia Manizales por un camino de herradura erizado y fragoso: eran cinco días. De Manizales, por un camino que todavía existe y pasa muy cerca de la nieve perpetua, en las llanuras vecinas del extinto volcán del Ruiz, se llegaba a Honda. El camino de esta villa a Bogotá tenía, en sus duras alternativas, ascendiendo por la Cordillera Central a la sabana, el encanto de los panoramas cambiantes y majestuosos, desde la copa nevada del Tolima y la cordillera igualmente helada del Ruiz, hasta las profundidades del valle del Magdalena, visible como una cinta de oro en gran parte de su curso. Había un servicio de diligencia u ómnibus de Facatativá a Bogotá. Esta parte del trayecto se gozaba como un lapso

de reposo después de doce días de viaje a lomo de mula. Este género de viajes hacía mayor la distancia entre las dos capitales. Un antioqueño del centro, del norte o del occidente de Antioquia que hubiera conocido a Bogotá, era notable por esa única hazaña de su vida.

Medellín estaba aislada del mundo. En 1883 eran de poco número y prominentes por eso las personas de quienes se decía que habían estado en París. El nombre de esta ciudad concentraba en sí las maravillas, todas las amenidades y adelantos de la civilización a que nosotros nos lisonjéamos de pertenecer. Decir de una persona que había estado en Europa, era tanto como clasificarla en una especie privilegiada del mundo a que pertenecía. Sin embargo, era un error imaginar que ese u otros viajes pueden aumentar químicamente la inteligencia de quien los lleva a cabo. Gentes hay que viajan como sus maletas. Así vuelven en lo espiritual como salieron de la montaña donde crecieron y llegaron a formarse. Haciendo noche en un lugar de veraneo en Colombia tuve, por ser grande la afluencia de pasajeros en la hospedería, que pasar una noche en una misma pieza con un desconocido. Naturalmente hubimos de entrar en relaciones de conversación. El desconocido me dijo que regresaba en ese momento de Rusia, con lo cual adquirió su persona para mí una significación capital. Parecía un campesino de pocas letras, pero el hecho de haber pensado en ir a Rusia desde Colombia en 1884, era un imponente indicio de que a lo menos adolecía de una insaciable curiosidad intelectual. Me anticipé el placer de recibir de ese ente privilegiado interesantes y preciosas

informaciones sobre un país que en ese momento tenía para un ávido lector de Tolstoi, Dostoyevsky, Turgenev, Gogol, fascinaciones de gruta encantada. Lo abrumé a preguntas, empezando porque me explicara el fundamento de su viaje: «Nada, me dijo, tanta gente va a París, a Roma, a la Tierra Santa, y de nadie supe ni oí decir que hubiera estado en San Petersburgo. Quise ir a visitarlo». Insinué que habría conocido otras ciudades, Moscú, por ejemplo. Había estado en Moscú. Con excepción de las cúpulas y agujas de las iglesias, la ciudad le pareció como una de tantas que había visto en su camino. No sabía ruso, desde luego, y podía pedir dos o tres cosas en francés, transportado a la pronunciación española. El mismo no sabía lo que le interesaba. Sí sabía, por ejemplo, que le interesaba mucho decir y demostrar cómo había estado en San Petersburgo. Trajo iconos, estampas, algunas fotografías. Que hubiese una alma rusa diferente de la nuestra y por eso mismo grandemente digna de estudio para los extranjeros, no cabía en la inteligencia de este curioso viajero. Pasó por aquel país lleno de enigmas, rico de historia y de enseñanzas, grávido de un inquietante y ponderoso futuro, como si hubiera recorrido una inmensa comarca desprovista de interés, habitada por sordomudos, a quienes movían secretamente impulsos inexplicables o desconocidos. Ni le llamó la atención su aspecto, ni echó de ver que hubiese diferencias entre su manera de vestir y la nuestra. Interrogado sobre alguna de las cosas más interesantes observadas por él en Moscú, dijo haber sido el espectáculo de la misa: «Los oficiantes vestían ornamentos como los que aquí llevan los clérigos

que la dicen, pero no la rezan en latín, aunque las ceremonias son las mismas que aquí se acostumbran». Esta fue la impresión más duradera y característica que un desprevenido y verídico viajero colombiano había extraído de su viaje a Rusia por los años de 1882 a 1884.

A Londres viajaban pocos antioqueños y si acaso visitaban esa metrópoli lo hacían de prisa y para decir que la habían conocido. Ejercía, sin embargo, fascinación sobre algunos espíritus refinados o dados a la investigación de costumbres o de negocios. Dámaso Zapata se aclimató allí de manera de no serle posible volver a vivir en su patria. Enrique Cortés fundó allí casa comercial, y, más tarde, Santiago Pérez Triana hizo de «la más populosa agrupación de filisteos», como repetía Cunninghame Graham, su hogar intelectual y el refugio final de una interesante y accidentada vida.

Pero Antioquia estaba, hasta la época de los transportes aéreos, no menos aislada en Colombia. En Rionegro, ciudad de mi nacimiento, entre sus doce o trece mil habitantes, habría a lo sumo diez personas de quienes se supiera que habían estado en la capital de la República. La prensa de la capital no era conocida sino de una o dos personas suscritas al *Diario de Cundinamarca*. Ejemplares de libros publicados en Bogotá solían llegar a personas favorecidas por el destino. Recuerdo que *María* de Isaacs, en un solo ejemplar, pasaba de casa en casa, bañado en las lágrimas del vecindario.

▪ BIBLIOTECARIO Y SUPERINTENDENTE

AL CAMBIAR EL GOBIERNO DE Bogotá el sistema de educación y el personal administrativo en Medellín, mi situación se hacía insostenible en la capital de Antioquia. Resolví trasladarme a Bogotá, para ocuparme en otra clase de funciones, si era posible, o para tomar desde allí rumbo al extranjero en busca de fortuna. Me ocupé, en cuanto hube conocido la capital, en la enseñanza privada. Ofrecí dar lecciones de idiomas, hacer traducciones, preparar estudiantes para sus exámenes y otros oficios literatos. Los tiempos eran los menos propicios para hallar ocupación en tales empeños. Pululaban en Bogotá los maestros cesantes, y además había un estado de descomposición en el orden social. Se anunciaba y había empezado una transformación política de los cimientos a la techumbre. Todo el mundo esperaba cambiar de vida y cada cual medía sus capacidades económicas al cumplir cada gasto extraordinario.

En esos días, mi amigo don Rafael María Merchán, director que fue de *La Luz*, el primer diario a la moderna que hubo en Bogotá, solicitó mis servicios para hacer el

catálogo de su biblioteca, una de las más copiosas de entonces en la ciudad y la mejor surtida de obras modernas. Fue para mí de gran provecho el contacto con la mentalidad de este hombre, luchador iluminado por sus ideas e inteligencia abierta a todos los vientos del espíritu, hombre de cultura clásica y de vastas lecturas. Por coincidencia, entre los artículos de un libro de recortes de que se debía hacer mención en el catálogo, había uno o dos publicados por mí en *La Consigna* de Medellín, sin firma. Pregunté al dueño de la biblioteca si al anotar esos trabajos indicaba mi nombre, y de ahí en adelante escribí para su diario cosas literarias y artículos sobre relaciones exteriores.

Al retirarse el señor Merchán de la dirección de *La Luz*, el diario desapareció y fue reemplazado por *La Nación*, para dirigir la cual llamó el presidente Núñez a Juan Antonio Zuleta, director en Medellín de una revista titulada *La Miscelánea*. Escribí también en el diario de mi amigo Zuleta crónicas de teatro y algunos artículos de crítica literaria sobre una colección de autores venezolanos editada en Caracas. Estos artículos, publicados anónimamente, causaron alguna impresión en la prensa de aquel país.

Después de largos empeños en busca de ocupación en empresa privada y cuando maduraba el pensamiento de ir a la Argentina, desafiando la suerte ingrata, un ciudadano de los Estados Unidos, gerente de un tranvía de tracción animal, me ofreció el puesto de superintendente de esa empresa. Debía encargarme de la contabilidad de la compañía, llevar en inglés la correspondencia y atender

a otros cuidados, tales como el arreglo de itinerarios y alimentación de las bestias de servicio. Jamás había habido en Bogotá pesebreras para atender a un número tan crecido de semovientes. Yo carecía de todo corrimiento sobre la cantidad y calidad del alimento que debía proporcionarse a estos animales para mantenerlos en estado de prestar el servicio a que estaban destinados, y tuve que ponerme en capacidad de adquirir esa información. Recorrí las pesebreras de la ciudad para enterarme. Las había de propiedad particular y de servicio para el público. En las unas se les daba a las bestias cuanto estas podían consumir a su amaño, en las otras se les daba lo menos posible para hacer de la empresa un negocio. Con la práctica y consultando libros sobre la materia llegué a conocer la cantidad precisa de alimento que debía darse a un cuadrúpedo de este orden para que con trabajo de cuatro horas diarias pudiera conservar sus fuerzas, sin desmerecer en la apariencia. La cantidad era precisa: al darles más la consumían, pero engordaban demasiado y se hacían lentas para el trabajo. Al disminuir los piensos decaían visiblemente y no llenaban su cometido.

Para estar seguro de obtener en toda época del año a cantidad suficiente de forraje, tuve que aprender a henuficar los pastos de la sabana y enseñarlo a los propietarios de tierras, para evitar, lo que sucedió alguna vez, que fuera imposible conseguir el pasto necesario, verde o seco, para el consumo de las bestias.

El gerente de esta empresa era un ente de curiosa estructura mental. Hijo de madre irlandesa y de padre

galense, conservaba en su carácter rasgos primitivos de los dos tipos humanos. Era católico por su madre, pero no les daba mucha importancia a los deberes religiosos. Como natural de Gales era tenaz y minucioso en el trabajo, cuando era necesario llevarlo a cabo. Como irlandés aprovechaba de las ocasiones para darse largos descansos, rociados a veces copiosamente. En el fondo era de una honradez inviolable y poseía una delicada noción de los derechos ajenos. Lo había favorecido la naturaleza con un sentido del humor penetrante y bien intencionado. Fue contratado en Nueva York por un colombiano para fundar en Colombia un establecimiento en grande de curtiduría. No era su profesión. Había aprendido en su patria el oficio de dibujante —*draftsman*— y moldeador —*castmaker*—, pero desde que aceptó el puesto de gerente de una empresa de tracción, parece haber hecho dejación de sus antiguas habilidades en que era proficuo. Se aclimató rápidamente y plácidamente al país, hizo las mejores amistades en la capital, adoptó nuestras costumbres, sin abandonar algunas de las adquiridas en su medio original. Se hizo un personaje en la capital, no exento de rasgos pintorescos, entre los cuales figuraba su graciosa manera de hablar el español. Los géneros de los nombres no perturbaban sus sueños y las peculiaridades del subjuntivo español fueron siempre un enigma para sus capacidades de expresión. Sin embargo, entendía muy bien cuanto se le decía, y a pesar de las fallas gramaticales se hacía comprender de todos y en toda materia. Por su carácter de extranjero y por su sociabilidad tuvo siempre relaciones

con la legación de su país y, por medio de ella, con otras misiones extranjeras, a causa de lo cual él llegó a considerarse diplomático, y sus amigos coincidieron con él en esa agradable suposición.

Vivió en la ciudad hasta 1902. Dejó un recuerdo grato de su vida en Colombia, y quienes le conocieron hicieron de él memorias placenteras. De mi trato con él en catorce años derivé útiles experiencias y expansión saludable de mis conocimientos sobre la vida. En materia de honradez era hombre de una pieza. Solía en veces dejarse llevar de su temperamento en horas de excitación, pero reaccionaba sin demora y reconocía generosamente sus errores o su demasía en palabras. En esto le ayudaba su gentil sentido del humor. Su educación no parece haber sido muy esmerada; pero como estaba dotado de una clara inteligencia y era asiduo y sistemático lector de diarios de su patria, se había apoderado de una multitud de conocimientos prácticos y de nociones generales que le hacían pasar a veces entre gente discreta por persona ilustrada. No se asombre nadie: de la lectura de los diarios, hecha con la debida preparación y las reservas que el género impone, una mente sana puede sacar enseñanzas y conocimientos. Muchos periodistas estiman en poco su trabajo, porque por lo común se dan con empeño y no siempre con limpio y desprevenido criterio a machacar sobre unos mismos temas, de cuya verdad no están convencidos. Su obra resulta deficiente y es a menudo olvidada, porque los lectores acaban por penetrar en la intención o por descubrir la inanidad de las predicaciones sin fondo. No quiere esto decir que el

periodista deba ser un escéptico en busca de nuevas orientaciones o en solicitud cambiante del favor del público. Su misión es pensar sobre los sucesos diarios, aplicarles una tabla de valores honrada y usar de claridad, si es posible de lucidez, para ponerlos delante de sus lectores, con el valor necesario para reconocer el error o la desviación del criterio cuando acaso ocurran.

* * *

Cabe aquí anticipar que mi educación no fue una de rumbo hacia la literatura. Tanto mi padre como mis maestros tendían conscientemente o sin saberlo a una mediana estimación de la poesía y a recomendar el estudio de la historia, el trato con obras científicas y el desdén de las novelas, cuya lectura era objeto de reprobación como ejercicio perturbador y malsano. Mis lecturas favoritas durante la adolescencia eran las ciencias naturales, los estudios gramaticales, acompañados, como variación entretenida, de indagaciones y ejercicios en las matemáticas. Como expansión del espíritu me era permitido leer novelas de Julio Verne, cuya intención combinaba la ciencia con la literatura. Jamás se dio consejo tan bien intencionado como funesto a una criatura, dotada en escasa medida, pero dotada al cabo, de imaginación literaria. Al terminar mis estudios de pedagogía y para disponer de las horas de descanso que me ofrecían mis deberes de director de colegio, empecé a gustar de la poesía y las novelas. Nacía entonces el interés por la literatura española, con cierto olvido de la francesa, que

había sido hasta entonces la orientadora de los gustos y aficiones literarias de cuatro o cinco generaciones. Núñez de Arce, Ferrán, Emilio Ferrari, Bartrina tentaban la fantasía de los poetas, y Pérez Galdós, Alarcón, Pereda, Emilia Pardo Bazán, Palacio Valdés, Juan Valera y otros alimentaban la avidez imaginativa de escritores y principiantes, al paso que Clarín, Bobadilla, Menéndez y Pelayo, Valera, a su turno, y doña Emilia le señalaban rumbos a la crítica o se complacían en desmenuzar la producción ajena. En Bogotá acabé de inficionarme con estas lecturas, ya libre de la tutela y el consejo de profesores y parientes.

Mientras llenaba el empleo de superintendente del tranvía llegó a Bogotá un experto juriconsulto saxoamericano, con el propósito de cobrar créditos de un banco de su país, otorgado a ciudadanos de la localidad. Entró en relaciones con el gerente del tranvía, a quien visitaba con interés y con frecuencia. Un día en que por ausencia del mecánico tuve que atender a la revisión de un carro, me hallaba en una especie de dique seco viendo cómo se arreglaban los frenos de un vehículo necesitado con urgencia. Aunque mi educación fue muy descuidada en materias de mecánica práctica, no habiendo quien llenara por el momento esa posición, me había visto obligado a reemplazar al obrero ausente. Estaba en ello muy interesado, cuando me dieron aviso de que el gerente me necesitaba con urgencia. Salí de la zanja desde donde atendía a la esporádica labor de ingeniero mecánico y con *overall* y todo me presenté en la gerencia. Me dijo el gerente, después de presentarme al abogado, su compatriota, con el

nombre de doctor Graham, que le dijera a qué animal pertenecía una cabeza pequeña que separada del cuerpo había encontrado recostada a la base de un muro, como si el animal saliera de una tronera. «Es la cabeza de un marsupial llamado “runcho” entre nosotros y designado científicamente con el nombre de “Didelphis colombiana”. Es la misma criatura que en Norte América llaman “Didelphis virginiana” y que sólo se diferencia de esta en la fórmula dental». El doctor, hombre de muchas lecturas y de variados conocimientos en historia natural, física, astronomía y matemáticas, como pude apreciarlo después, creyó, al ver el hocico de la bestezuela, que se trataba del «*skunk*», llamado *Mephitis mephitis* en historia natural, y en España mofeta o hediondo. Le dije que entre nosotros llevaba el nombre de «mapurito» y pertenecía a la familia de los mustelidos, como la comadreja. Me despedí para volver a mis ocasionales tareas de mecánico. Tres o cuatro días después, cuando ya éramos amigos, me dijo Graham: «Tengo que rectificar un apunte de mi diario. El día en que nos conocimos escribí por la noche en mis memorias: en Colombia los obreros mecánicos saben historia natural con minuciosos detalles».

A pesar de mis urgentes deberes de contabilista, corresponsal, director del servicio tranviario, inspector de alimentación, etcétera, me quedaba tiempo, después de diez o doce horas de trabajo, para enterarme del movimiento literario europeo y para escribir anónimamente en los diarios. Recuerdo que a la muerte de Hippolyte Taine, conocida por mí a las ocho de la noche en un diario de la tarde,

escribí una noticia sobre su persona y sus obras, en el mismo escritorio donde estaba haciendo el sumario de las entradas y gastos del día, entre libros de cuentas, minutas del servicio e informes de inspectores. Pareció la noticia al día siguiente, en contra de mis deseos, con mi nombre. Tuvo suerte la nota entre los literatos de la hora e hizo conocer mi nombre fuera de Bogotá. Para entonces ya me había relacionado con algunos hombres de letras de la capital.

▪ JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

EN 1886, EN CASA DE ANTONIO J. Restrepo, con cuya familia había trabado estrechas relaciones en Titiribí, conocí a José Asunción Silva, llegado recientemente de Europa. Me hicieron grande impresión su talento, su información literaria copiosa y actual, su manera de expresión, un tanto afectada de pronunciación francesa, y su voluntad de sonreír. Durante la visita, que duró de las ocho a las diez de la noche, tuve poco que decir, fascinado por la conversación inimitable y por sus cautivadores talentos de sociedad. Admiraba a un tiempo la sagacidad y rapidez del ingenio en la señora Vicenta Gómez, madre de Silva, y el talento, la belleza y gracia suprema de Elvira, su hermana. No volví a ver a Silva por algún tiempo, pero sus gustos literarios, su biblioteca de autores modernos, amistades comunes, y su anhelo constante de encontrar con quién expandirse sobre temas de su predilección, acabaron por fundar entre los dos una sólida y estrecha amistad. Hicieron más íntima y más desinteresada esta amistad, de un lado mis aficiones literarias inaplicadas e inaplicables, y de

otro, el hecho de no ser yo poeta, ni periodista, ni escritor de costumbres sino simplemente un aficionado, sin aspiraciones a clasificarse ni a difundirse en el gremio. A mí se acercaban los poetas desprevenidamente, en la convicción de que mis dichos y opiniones generales sobre la poesía, o particulares sobre sus obras, estaban exentos de rivalidad o emulación. Como no escribía para los diarios ni me tentaba el género de cuadros de costumbres todavía en favor ante el público, los literatos del momento se acercaban a mí a tratar de sus obras con ingenuidad y buena fe. Así conocí a Diego Uribe, con quien me unieron íntima amistad y admiración recíproca, a Alejandro Vega, graciosa y apasionada inteligencia, levemente desvirtuada por sus llamaradas de entusiasmo; a Julio Flórez, reservado, hondamente sensible, poseído siempre del genio de la poesía y amargado por el predominio de la injusticia en la organización social y en el desarrollo de la vida.

A poco de conocer a José Asunción Silva, nuestra amistad se hizo estrecha y comprensiva. Admiraba su talento poético, su manera de juzgar la sociedad y comprender la existencia, su gusto, su conocimiento de las literaturas momentáneas. Me complacía especialmente oírle relatar incidentes de su paso por las ciudades europeas. Juzgaba a las gentes con severidad, pero, con frecuencia, atinadamente. Tenía un sentido del humor fino y penetrante de que hay bellos ejemplos en *Gotas amargas*, poesías que no quiso publicar en vida y que excluyó en su mayor parte de los manuscritos de sus versos legados a su familia en copia hecha por él mismo en bella y clara letra que da testimonio

de su carácter, de su amor a la precisión, a la claridad y al ritmo.

Me visitaba en mi oficina, adonde se acercaba para hablarme en pocos rasgos de algún libro que estaba leyendo o acababa de recibir. Solíamos reunirnos en un restaurante de la calle 14 a discutir temas de literatura y de arte, o a hablar de las costumbres y tipos sociales de la ciudad capital. Sus opiniones sobre los hombres eran, como he dicho, severas pero siempre justas. Conocía sobre todo a los desconocidos. Hablaba con entusiasmo del saber de don Luis Herrera en ciencias físicas. Profesaba admiración por Luis Durán y buscaba su compañía con verdadero aprecio de sus talentos y su bondad íntima.

Creo que nuestra amistad se basó principalmente en la necesidad que él tenía de hallar una persona extraña, extraña al medio social de que formaba parte, para hablarle de sus anhelos, de su experiencia de la vida, de sus viajes, de sus lecturas. Encontró en mí un terreno admirablemente preparado, una receptividad desprevenida y ansiosa de enterarse. Por él conocí la literatura francesa del momento. Puso a mi disposición su biblioteca y me hizo leer muchos de sus libros, para tener con quién comentarlos sin afectación de sabiduría. Encontró en mí un terreno propicio al cultivo en que estaba empeñado él mismo. Por él conocí a Flaubert, cuya poderosa comprensión de la vida y cuyo estilo comparable tan sólo al sentido mismo de la vida, expresado directamente por un artista de la palabra, me dominaron en seguida. Hasta entonces yo no imaginaba que se le pudiera arrancar a la palabra humana

acentos de tan avasalladora fascinación como los que contiene el comentario del autor en *Madame Bovary* acerca de la indiferencia con que Rodolfo Boulanger empezaba a recibir las frases de pasión de su amada: «Porque labios libertinos o venales le habían murmurado frases parecidas, no creía sino débilmente en el candor de estas: se les debía quitar, según él pensaba, las expansiones exageradas en que vienen ocultos los afectos mediocres: como si la plenitud del alma no desbordase algunas veces en las metáforas más huecas, pues nadie puede nunca dar la exacta medida de sus necesidades, ni de sus ideas o dolores, siendo la palabra humana como un caldero agrietado en que golpeamos melodías para hacer bailar los osos cuando quisiéramos enternecer las estrellas». Cuando manifestaba a mi manera la admiración intensa que me producían en francés tales palabras, por su sabia y artística secuencia, por la armonía casi indefinible de la expresión con el pensamiento, Silva sonreía dulce y protectoramente, como diciendo: «se imagina que es el primero en haberlo sentido y descubierto».

Un día vino Silva a verme con un número de la *Revista Azul* (*Revue Bleue*) de París, para hacerme leer un artículo de Teodor de Wyzewa, escritor francés de origen polaco, cronista literario durante muchos años de la mencionada revista, acerca de un filósofo alemán de nombre Friederich Nietzsche. Comentamos la noticia con grande interés. Había citas curiosas de aforismos del atrevido pensador y nos dimos a buscar la manera de procurarnos sus obras. Silva tenía relaciones con casas editoras francesas, de quienes recibió información de no haber sido traducidas en

francés las obras del inmisericorde. Las pedí a los librerías alemanes y me llegaron oportunamente. Entonces no había servicio postal aéreo ni vapores Diésel; pero existían comunicaciones regulares de país a país. Estaba yo suscrito entonces a una revista ilustrada de tendencias modernistas, gentil y atrevidamente expuestas. En diez o doce años no se extravió un sólo número de los tomos que se iban publicando. Pedí una vez a los librerías Campe de Hamburgo, cuyos antecesores fueron los editores del apasionado y sarcástico Heine, las obras de Stefan George. Por descuido, por equivocación, acaso en momento de premura, pusieron en la cubierta del paquete esta simple dirección: B. Sanín Cano, Bogotá. Tres meses después no había recibido el libro. Reclamé, no sin asombro. Me contestaron que lo habían despachado oportunamente. Entre tanto me llegaba el paquete. Había ido a dar a Sumatra, llevaba el sello de varias estafetas de esa isla. Pasó de allí a Java y a Borneo, como lo atestiguaban numerosas oficinas postales de esas colonias. Pasó al Japón el paquete postal y en Yokohama un avisado funcionario del gremio apuntó en inglés: «*Send to Panama*». Era en 1890, más o menos. De Panamá vino a la capital de Colombia, porque algún empleado de correos en el istmo mostró interés en el despacho. Se hace esta reminiscencia para que conste cómo no basta el equipo de las industrias y la maquinaria en las oficinas postales, ni es suficiente tener navíos con motores de combustión interna para dar servicio adecuado en cada ramo a las necesidades de un país, de muchos países conjuntamente. Sin disciplina la máquina es inútil o perniciosa.

Con dos guerras insolubles y malsanas, con una crisis económica como la de 1929 y otra en acción, pero actuante en periodo más dilatado, la disciplina ha desaparecido de grandes industrias y gobiernos para refugiarse en unas pocas, si bien poderosas y agresivas, organizaciones obreras. La máquina es factor de economía y orden si hay disciplina, nacida del concepto de necesidad en la combinación del individuo con la sociedad, sin que ninguna de las dos entidades pierda la noción de su obligación moral. La máquina sola en un ambiente de desorganización como el en que hoy (1947) viven tres cuartas partes del mundo, resulta superior al hombre y extraña en cierto modo a la sociedad.

Pero volvamos a Silva. En sus últimos días no nos veíamos con frecuencia. A veces nos juntaba la casualidad. A veces solíamos buscarnos. En noches tranquilas, lejos de los penosos oficios a que los dos estábamos uncidos por un burlón determinismo, solíamos comentar lecturas, sucesos; asesinar esperanzas; analizar hombres y tiempos con la libertad que dan el silencio y la confianza. Nietzsche nos ayudaba en estas funciones. El espíritu libérrimo y audaz del que se llamó a sí mismo «el crucificado» y el transvaluador de todos los valores, suministraba contenido y base para nuestras inocuas especulaciones de rebeldía. Me sorprendió que en adelante, sin conocer de Nietzsche más que esas lecturas fragmentarias, hiciera sobre la obra general del solitario pensador observaciones profundas y sobre todo acertadísimas.

Solía buscarme para que le oyese leer algunas de sus composiciones. A causa de la condición endeble y

extenuada en que dejara el padre el negocio de mercancías, al frente del cual el hijo hubo de continuar atendiéndolo, este, como es natural, se resistía, con delicadeza y decididamente, a dar a la prensa sus composiciones en verso. Lo que apareció en *La Lira Nueva* fue obra casi de la adolescencia, en vida de Ricardo Silva, literato también, autor de cuadros de costumbres, notables algunos de ellos por su cándido realismo y por la espiritualidad y gracia con que describía el medio, la raza y el momento. Me buscaba por esto: necesitaba un amigo que hiciera las veces de público, un amigo a quien hacer partícipe de sus emociones, de sus ideas, de sus aspiraciones y fracasos, un amigo exento de emulación, por no ser poeta ni escritor público. Además, Silva estaba muy difundido en la sociedad mejor conocida de ese tiempo. Como su amigo, por temperamento y por su carencia de todo talento de sociedad, no frecuentaba esa ni otras ningunas, resultaba ser el más seguro depósito de sus expansiones literarias y de sus opiniones sobre el hombre y los hombres en masa. Las *Gotas amargas*, parte conspicua y la más original de su obra, no podía ofrecerlas a la prensa. Las conocí todas y a la admiración que me causaron se debe que algunas de ellas no se perdieran del todo, por haberse fijado en mi memoria tenaz y complacientemente. En nuestras horas de mutuas confianzas me hizo partícipe de sus penas y amarguras. La carta dirigida en el último acto de su tragedia mercantil me fue leída antes de ser enviada al mayor y más significado de sus acreedores. En 1894 fue nombrado secretario de la legación de Colombia en Caracas. Fue animada aunque no muy copiosa nuestra

correspondencia. El público conoce algunas de sus cartas. Las mías, por fortuna, buscaron en el fondo del mar el archivo más adecuado a su frágil naturaleza.

▪ UNA VASTA CULTURA COSMOPOLITA

POR ESTE TIEMPO FUE RECIBIDO en Bogotá como ministro de Su Majestad británica una compleja y atractiva personalidad, de vastos conocimientos y no menos extensa experiencia de los hombres y del planeta. Llegaba del Oriente y conocía más de medio mundo. Había empezado probablemente su carrera de agente consular en los Estados Unidos, de donde no conservaba gratas memorias. Como diplomático conocía todas las grandes capitales de Europa. Hablaba con placer de sus impresiones de Viena y de sus experiencias en San Petersburgo. Vivió en China, en el Japón, en Persia, país este de donde traía en ese momento frescas y saudosas memorias. Era su esposa una rusa que le acompañaba en todas sus peregrinaciones y tenía sus mismas aficiones lingüísticas y literarias. Hablaban todas las lenguas cultas de Europa, y su conocimiento de cada idioma estaba iluminado por la posesión de su literatura. Entre estas lenguas los atraía especialmente, por su rica y variada literatura del momento, la alemana. Pero los dos hablaban y leían el ruso, el chino, el japonés, el persa. Se

llamaba Jenner, el marido. No había estado en ningún país de lengua española y hablaba esta lengua con facilidad y abundancia. Conocíle a poco de haber llegado a Bogotá. Era hombre de costumbres sencillas y usaba del tranvía con frecuencia. Siendo yo asiduo frecuentador de ese vehículo, ocurrió que el diplomático llegó a fijarse en un pasajero provisto, para sus cortas movilizaciones, de libros y revistas alemanas. Sin duda le llamaba la atención que un funcionario de transportes urbanos, en ciudad tan remota del otro mundo, tuviera afición tan intensa a la lectura de libros extranjeros, de preferencia alemanes, y le dirigió la palabra por curiosidad. De esa conversación nació una desinteresada amistad que duró cuanto su corta estada en Bogotá. Canjeábamos libros. El recibía todo género de revistas inglesas, rusas y de otras comarcas. A mí me llevaban los correos revistas alemanas y francesas.

Poco después de llegar a la capital, Jenner se instaló e instaló la legación de Su Majestad en una casa situada en la esquina de la carrera octava con la calle once, acera oriental. Estando allí el diplomático, la municipalidad ordenó una reparación en el asfalto bajo los balcones del inmueble. El trabajo del asfaltado empezó un viernes, a las ocho de la mañana, hora en que la ministra tenía abiertas las ventanas de su dormitorio. El humo y el olor asfixiantes inundaron la casa. La señora Jenner se acercó al balcón, miró a la calle, y les pidió a los obreros la suspensión del trabajo, porque le estaban haciendo inhabitables sus habitaciones. Los operarios tenían otros dictámenes acerca de su propia conducta y continuaron su edilicia empresa. El

olor y el humo continuaron entrando, para desesperación de sus ocupantes, en las alcobas y salones de la legación, a pesar de las exhortaciones que repetía la señora desde su balcón. Para ella la solución más práctica fue verter agua sobre los braseros donde se preparaba el asfalto. Lo hizo ella misma, y ante los efectos del agua, elemento con el cual no parecían muy familiarizados los obreros, la tarea de remendar el asfalto fue abandonada por entonces para mejores días.

La noticia de que la ministra inglesa había arrojado agua fría sobre los obreros del municipio cundió rápidamente de barrio a barrio, y a pocas horas se comentaba airadamente en todos los rincones de la conciencia urbana la conducta reprensible de un extranjero contra los fueros de la ciudad. El caso no tuvo mayores consecuencias. En ese momento nuestras relaciones con la Gran Bretaña no eran las más cordiales. Se ventilaba la reclamación de una casa inglesa de constructores a quienes, decían ellos, se les había notificado la caducidad de su concesión intempestiva e infundadamente.

Contribuyó además a hacer poco grata en Bogotá la residencia del ministro Jenner el apego suyo y de su mujer al inocente ejercicio de la equitación. La señora Jenner tenía aficiones aunque no musculatura de amazona. No sé si de nacimiento o por algún contratiempo grave tenía una deformación física notable. Un lado de su cuerpo, a la altura del talle, mostraba una protuberancia deforme. Caminaba con dificultad y con el cuerpo inclinado hacia el lado contrario de la protuberancia. Esta deformidad era

causa de que su posición sobre el caballo fuera tan falta de la euritmia en uso para esa forma de entretenimiento, que la gente solía exclamar al ver pasar a la equitadora: «Se cae, se cae». Este consejo o burla era recibido por la señora con vivas señales de enojo, de que solían resultar graves disputas entre el ministro y los transeúntes a pie. La legación abandonó la casa de la ciudad, principalmente para no dar espectáculos en las calles centrales con la práctica de su más grato ejercicio. Los esposos se fueron a vivir en Chapinero, en cuya casa los visitaba con alguna frecuencia. Me deleitaba escuchar las opiniones de la señora sobre obras y autores de Rusia, de Persia, para mí conocidos o desconocidos. Sabía de literaturas y autores occidentales noticias y detalles curiosísimos. Había leído todas las obras que importa leer y otras menos importantes en las literaturas de dos viejas partes del mundo. Para ganar tiempo en las enumeraciones era más acertado preguntarle cuáles eran los idiomas de que no tenía conocimiento para averiguar los conocidos. Jenner también difundía su curiosidad por muchas lenguas, países y literaturas. Además era conocedor experto de ciencias biológicas, un amante de la naturaleza y observador minucioso y solícito de las costumbres de nuestros desemejantes, sin que por eso desatendiera las de los semejantes. En revistas suyas aprendí a conocer a Grant Allen, atractivo y experto popularizador del darwinismo y de la filosofía de Spencer en los principios de su declinación. En la *Fortnightly Review*, que solía darme, leí poemas en prosa de Oscar Wilde, con captación admirativa. En esta misma revista me sorprendió que

a la muerte de Malato, el anarquista italiano, un número entero fuera dedicado a su memoria y a hacer la biografía de algunos personajes de idénticas ideas y tendencias. No pude menos de manifestar mi sorpresa por la impavidez de una revista de altas y viejas tradiciones, dada, en un momento de inquietud europea, al empeño de hacer conocer las teorías y los hombres del socialismo. Yo dije «socialismo» impensada e impropriamente. Jenner observó: «No se sorprenda», y pasándome la mano familiarmente por el hombro, añadió: «Casi todas las personas decentes son hoy socialistas». Era en 1894, días más, días menos.

Yo solía darle revistas, novelas alemanas, libros franceses de reciente aparición. En ese cambio de ideas, emociones y errores ajenos, nuestra amistad crecía sin abultarse. Hablábamos de todo. Su misión en Bogotá no era naturalmente muy grata para el gobierno. En ese momento se ventilaba entre la Gran Bretaña y Colombia la diferencia surgida a consecuencia de la arbitraria suspensión y desconocimiento de un contrato de construcción del ferrocarril de Antioquia. El incidente llegó a colocar en delicada tensión las relaciones entre los dos países. Se habló de visita a nuestras costas por acorazados ingleses. La Gran Bretaña sólo pedía la sumisión del conflicto a la decisión de un tribunal de arbitramento. La prudencia y el conocimiento de Jenner lograron al fin convencer al gobierno de Colombia de la templanza de la exigencia británica, que fue aceptada en favor de la buena amistad entre los dos países.

Con todo, la vida de Jenner no era agradable para él en Bogotá. A más de sentirse aislado comprendía que su

persona y la de su mujer no eran de la simpatía del pueblo ni de la sociedad bogotana. Todavía duraban en la ciudad y en sus alrededores asociaciones o compañías de seis a diez personas que se entretenían en crear disturbios en poblado, en organizar ataques contra persona determinada, sin propósito de robo, con la sola intención de maltratamiento de obra. Una mañana, mientras cabalgaban Jenner y su esposa por el norte de la ciudad, toparon con una de estas asociaciones en orden de caballería. Al ver a la señora en su peligrosa postura de jinete, gritaron: «Se cae». La señora paró su cabalgadura para increparles a los matones su insolencia, y como estos contestaran, intervino Jenner con su fusta. Como algunos de los perturbadores llevaban garrotes, el ministro tuvo la peor parte en el contraste. Volvió contuso y desanimado a su casa.

En nuestras conversaciones llegó acaso a notar que con ser aparentemente holgada mi situación de empleado de una compañía extranjera, mis aspiraciones se fincaban en lograr un modo de vivir en que mis funciones concordasen o al menos no pugnaran con mis predilecciones de espíritu. Me insinuó que me fuera a vivir a Londres. Juzgaba que podría allí ganarme la vida entregado a ocupaciones en el mismo plano de mis simpatías. «Es Londres, me dijo, en estos momentos el mercado más extenso y más activo del mundo. La mejor plaza para vender un caballo, un libro raro, una concesión petrolera, un invento nuevo». Al observarle que yo no tenía cosa alguna material que ofrecer en tal mercado, apuntó entre protector y admonitivo: «Tiene su tiempo, que allí puede venderse; tiene

lo que sabe y lo mucho que allí puede aprender para venderlo». Me parecieron sus palabras más que todo un cumplimiento y me olvidé de ellas, como si nunca las hubiera escuchado. Tres o cuatro lustros más tarde, cuando lanzado al mundo por circunstancias en que mi voluntad no había tenido sino débil intervención, me hallaba en Londres ocupado en tareas de mi devoción y en estudios a que había anhelado siempre dedicarme; pensé en Jenner para buscarle y renovar nuestra amistad. No vivía en Inglaterra. Retirado de la diplomacia, ocupaba su tiempo en el sur de Francia en contemplar la naturaleza, leer copiosamente y pensar en el destino de la especie. La muerte y un benigno planeta le ahorraron las penas que a su sensibilidad de supercivilizado y de gran patriota reservaban los tiempos. Un amigo suyo lo recordaba diciendo: «Gran talento, pulcritud mental integérrima, vastos conocimientos, don de gentes; estaba destinado a grandes empleos. Sus amigos le tuvimos siempre por bronce con que se podría haber fundido un primer ministro. La suerte y su esposa le hicieron tomar otro rumbo».

▪ GUILLERMO VALENCIA

▪ LA AMISTAD Y EL GENIO

DESPUÉS DE LA MUERTE DE José Asunción Silva florecieron en Bogotá las letras y los cenáculos literarios, a cual contribuyó la llegada de Guillermo Valencia en 1896, año en que murió Silva. Le conocí a poco de estar en la ciudad. Se hablaba de sus discursos en la Cámara de Representantes y de que esa corporación había aprobado una proposición destinada a habilitarlo para ejercer el alto cargo, pues no tenía la edad exigida por la institución para ser investido de la función legislativa. En Bogotá encontró Valencia un ambiente propicio a sus estudios y ocasiones favorables al desenvolvimiento de sus grandes talentos poéticos y de su rica y variada personalidad. Con avidez se entregó al estudio para llenar los vacíos que él mismo descubría en su información científica y literaria. Estaba copiosamente dotado por la naturaleza para comprender y asimilar toda clase de conceptos. Una memoria lúcida y tenaz le brindaba copiosa provisión de ideas y el modo

ordenado y sistemático de conservarlas en los anaqueles de su mente. Poseía la memoria verbal y la de las ideas, y usaba de ambas sabiamente en el orden de sus estudios. Repetía con deleite de quienes le escuchábamos largos trozos de prosa excelente de nuestros oradores y poemas completos de artistas nacionales y extranjeros de la palabra. Una tarde, paseando por un parque de la ciudad, le encontré sentado en su banco favorito, con un libro francés marcado por el dedo índice y a medio cerrar. Había estado leyendo en una colección de ensayos *Examen de conscience philosophique*, de Renán. Yo no había leído esa incomparable autodisección psicológica y quise informarme someramente de su intención y contenido. Me hizo un resumen luminoso y completo de todo el estudio, entreverando a trecho frases fundamentales y rasgos de ingenio y de ironía trascendental de que hay abundancia en ese histórico documento de un bello periodo de la vida espiritual de Francia. Al leerlo quedé sorprendido: Valencia me había dado no sólo la sustancia sino el detalle: el espíritu y el alcance de esa inspirada expansión del maestro.

Creo que nos conocimos por haber ido él a verme a mi oficina. Desde la primera entrevista fuimos amigos de corazón: por aficiones semejantes, por comunidad de ideas, en muchos puntos sobre la vida y los hombres, sobre todo por el anhelo y la avidez de adquirir conocimientos que nos ligaban intensamente a la vida.

Había recibido en Popayán en su casa y en el seminario una educación metódica, de tipo señaladamente religioso. Guardó la fe enseñada hasta su muerte; pero examinó con

interés vivísimo, intelectual y artístico, todas las filosofías, todos los rumbos del pensamiento. Quiso comprenderlo todo y solamente negaba los derechos de la fealdad en la acción, de la deslealtad en los afectos, de la infidelidad consigo mismo y con sus principios. Para él parece escrita la sentencia de Sócrates, que dice: «Para el hombre bueno no hay mal ni en la vida ni en la muerte».

Fuimos amigos durante cuarenta y siete años, casi medio siglo. Políticamente tuvimos maneras de apreciar distintas los gobiernos y las ideas de los mandatarios. Sin embargo, esa diversidad de conceptos jamás empañó el cristal de una amistad basada, por mi parte, en un profundo aprecio y una admiración ilimitada. Nos separó la muerte, pero esa modificación de la materia no ha interrumpido nuestra intimidad espiritual. Dejó su obra, dejó una familia. Su recuerdo es más tenaz que la inconstante rotación de las cosas y los hombres y superior al tiempo mismo.

De buena fe y por entero extraño a ambiciones de otro orden que la felicidad de los colombianos, deseó obtener los sufragios de las mayorías, para ejercer la presidencia de la República. Echando una mirada exenta de preveniciones sobre la historia de la nación en sus días, él pensó que sería capaz, como mandatario, de corregir muchos de los aspectos de gobierno cuya presencia le era adversa en casi todas las administraciones. Careció de la obstinación partidaria y fue candidato de los dos partidos, en la esperanza de que fuera posible un entendimiento entre ellos, no en las ideas todas sino en las prácticas de gobierno. Tuvo amigos en ambos grupos políticos y admiraba lo mismo la

tenacidad y las simplificaciones de Uribe Uribe, suavizadas por sus grandes talentos, que la inteligencia sosegada y conciliadora de Ospina. No le era difícil buscar una fórmula matemática en cuyos términos cupiesen la reserva y las ondulaciones de José Vicente Concha, al lado de la franqueza y la burla de los principios, palmarias en Antonio José Restrepo. Difería de los principios de Caro, pero admiraba sus innegables talentos de literato y polemista.

La conducta de los partidos para con él como candidato le causó desengaños de los hombres y de las agrupaciones políticas, pero no agrió en lo más mínimo su actitud para con estas, ni menos para con los individuos.

Habría sido un excelente jefe de Estado. Amaba el orden, el juego de las ideas, la alternabilidad en los puestos públicos. Respetaba todas las ideas y todas las creencias. Creía posible el progreso y como patriota lo hubiera sacrificado todo por la felicidad de Colombia. Exigía el respeto a la autoridad, no por las personas sino por la dignidad que encarna en el gobierno de los hombres. Pedía el respeto a la autoridad, fundado no en nociones tradicionales que suponían origen extrahumano a ese concepto, sino fundado en los mismos principios democráticos según los cuales la autoridad procede del pueblo, que es quien la concede.

La llegada de Guillermo Valencia coincidió con un momento de renovación literaria, a animar y vigorizar la cual contribuyó favorablemente su presencia. La recitación de *Anarkos* en el Teatro de Colón suscitó digna admiración y concurrió en gran manera a hacer más simpática

la figura social y literaria de Valencia. Selladas con los nombres de Cristo y de León XIII, el poeta hizo conocer ideas y expresó sentimientos que circulaban entonces en el ambiente contra la desigualdad social. La «Gruta Simbólica» reunía iniciados, novicios y jerarcas de alta inspiración y extensos conocimientos en los misterios del arte y de la poesía. Entre estos últimos, la de Valencia era la figura descollante. Se hablaba también de la «Gruta de Zarathustra», donde dominaban iguales entusiasmos por el estudio y el arte. Se ha dicho en repetidas ocasiones que yo pertencí a estas sociedades y concurría a ellas como los otros socios. Jamás estuve en esas reuniones ni figuré entre los nombres de quienes las componían. Existió antes que estas dos asociaciones una llamada «Sociedad Gutiérrez González», fundada y avigorada por un nieto de Gregorio Gutiérrez González y por la gentil persona de Francisco González —Pachito—, encanto de una sociedad y adorno de unas costumbres ya hundidas en el tiempo y en el olvido. A esta sociedad concurrí una noche, por generosa y cordial invitación de Valencia, para leer un escrito sobre el libro titulado *Degeneración*, mejor dicho, *Degenerescencia* —*Entartung*, en alemán— que acababa de salir. No volví a las reuniones. Me dijeron entonces que muchos de los imponentes de esta sociedad pasaron a las «Grutas». De ahí pendió, sin duda, el equívoco.

▪ JEREMÍAS COUGHLIN

EN TIEMPOS PASADOS, CUANDO Bogotá era una capital de ensueño a la cual se llegaba desde la costa después de tres o cuatro semanas de un viaje inverosímil por el río Magdalena y al través de las inaccesibles faldas de la Cordillera Oriental, solían venir a esconder en ellas sus fracasos, sus secretos, sus quejas contra la humanidad, personajes de otros climas. Encontraban en ella o la paz del espíritu que buscaban o el refugio seguro para la conservación de sus secretos. Tal fue Arganil en los primeros años de la República; Arganil, que llegó a hacer creer en una vida pasada interesantísima y llena de altibajos y vino a ser descubierto, muchos años después de su muerte, como un personaje desprovisto de todo relieve, cuyo secreto dio en Bogotá caracteres de figura histórica.

Por los años de 1883 a 1884 vino a Bogotá un caballero irlandés de nacimiento y de vivos afectos por su patria, llamado Jeremías Coughlin. Era ciudadano de los Estados Unidos y vino a ocupar la secretaría de la legación de ese país en Colombia. Era irlandés de nación, de afecto y de

terrible aversión contra Inglaterra. Sus opiniones en política saxoamericana eran las del Partido Demócrata; pero su corazón latía viva y oportuna e inoportunamente por la causa de la libertad de Irlanda. Creo que hacía excursiones en los llanos del departamento de Bolívar, cuando en la persona de Grover Cleveland —mucho persona en cuerpo y en espíritu—, vino al poder después de muchos años de ostracismo el Partido Demócrata. Las influencias de personas de su familia ligadas a ese partido valieron para hacerle nombrar secretario.

Era un hombre hermoso, corpulento, de presencia atractiva. Naturalmente benévolo y de fácil palabra, en inglés se hacía dueño fácilmente de la buena voluntad ajena. Lo comprendía todo: era hombre de vastas lecturas y de una inteligencia generosamente hospitalaria. No lo rebelaban sino la injusticia y el dominio de Inglaterra sobre Irlanda. Alimentaba este fuego en su corazón, a más de la aversión contra la iniquidad de la opresión, la desventura de que un hermano suyo, según él decía, había sido acusado de complicidad en la conspiración de que resultó la muerte de lord Cavendish en Phoenix Park, de Dublín. Decía él que habiendo escapado su hermano del proyecto ideado para perderlo, emigrando a los Estados Unidos, el capital y las influencias inglesas habían obrado sobre la justicia en Chicago para hacer castigar con el cadalso a su hermano, por un crimen que él no había cometido. Cuando Coughlin relataba los detalles de esta desventura, sus ojos tomaban brillo amenazante, la voz se entrecortaba y la mesa o el mueble que estuviera a su alcance recibían

el golpe del puño cerrado, al compás de una grave interjección en inglés.

Por lo demás Coughlin era un caballero, un amigo leal, un hombre correcto en todos sus actos. Pero sobre su vida se cernía un secreto de que no hablaba nunca. Al terminar la primera administración de Cleveland y ocupar la presidencia Harrison, republicano de opacidad apenas acogen las enciclopedias, Coughlin fue reemplazado. Ya Bogotá se había apoderado de sus gustos, costumbres y preferencias. No pensó en volver a su patria de naturalización y trató de vivir distribuyendo el conocimiento de la lengua inglesa en una población ansiosa de no seguir ignorándola. Sin embargo, estas veleidades pedagógicas no alcanzaban a suministrarle lo necesario para la satisfacción de sus necesidades y empezó a decaer visiblemente. Fue rápido el descenso. Se decía que un hermano le auxiliaba desde Nueva York. Sin duda los exilios eran inadecuados. Prefería la estrechez de Bogotá a ir a procurarse una vida más holgada trabajando en su patria de adopción. Ahí está el secreto de su vida. Un día llegó a Bogotá un agente de la policía federal saxoamericana, a hacer una pesquisa sobre el paradero de dos compatriotas del agente desaparecidos en los llanos de oriente. Decía este personaje que dos jóvenes pertenecientes a buenas y holgadas familias de aquel país habían venido a Bogotá por curiosidad o en busca de negocios. Siguieron su empeño de investigación al oriente. Se supo en los Estados Unidos que un día estos jóvenes habían ido al Meta, a bañarse. Aparecieron sus vestidos a orilla y nunca volvió a saberse de los excursionistas.

Se explicaba su desaparición de varios modos: o se habían ahogado, o habían sido muertos y robados. La colocación la ropa a la orilla del río habría sido burdo recurso de los responsables del crimen para desviar a la justicia. El agente de policía se fue a los llanos, y sin averiguar nada llegó a Trinidad, de donde hizo rumbo a su original punto de partida. Ese agente era hermano de Coughlin, Jeremías, que continuaba declinando con mayor rapidez. Todavía era insuficiente y peligrosa la cantidad de agua suministrada a cada habitante en Bogotá, y se veía a Coughlin, cada dos o tres días, emprender viaje al Chorro de Padilla con una pequeña damajuana a cuestas. Iba al Chorro de Padilla, una fuente pública situada en las afueras de la ciudad, hacia el oriente. Volvía con ella ya colmada, por las calles centrales de la ciudad, en busca de su domicilio. Le vi después de la guerra de Irlanda. Ya libre su patria, esperaba encontrarle feliz y acariciando el proyecto de volver a la tierra de sus antepasados. Su alegría era inferior a la magnitud del suceso. Todavía le brillaban los ojos y cerrando el puño golpeaba la mesa o balanceaba el brazo con ademán heroico, no sin la frase acostumbrada cuando se hablaba de Irlanda. Quedaba esperando la conquista de la Gran Bretaña por Sinn Féin.

▪ EL PAISAJE DE LA INFANCIA

ENTRE LAS PERSONAS QUE HE conocido puedo contar a la naturaleza. El paisaje, el árbol, las flores, la innumerable cantidad de insectos, las bestias de cuatro pies, las aves y los peces en la variedad infinita de sus formas y costumbres, me han atraído siempre con fascinación irresistible. De niño me escapaba de casa para ir a contemplar la vida agitada de los peces en el río familiar, perseverante y sonoro, de los campos de mi ciudad nativa, desde la dulce colina donde está situado el cementerio, no se saciaban mis ojos de contemplar el paisaje de la llanura por donde pasea, en meandros caprichosos, sus aguas tranquilas y sospechosas el Río Negro. Circundando la ciudad por todas partes las colinas de humilde altura llegan en algunos puntos a abrazarla íntimamente; un círculo de colinas más altas y más lejanas adorna la llanura y sirve de apoyo a la vista, para medir el cercano entorno; más lejos otra serie de colinas que empiezan a cambiar sus verdes tonos por los suaves matices del azul, anuncian la presencia lejana y solemne de las montañas en cuyas altas cumbres, que

limitan en redondo el paisaje, parece que se confundieran en un dilatado abrazo la tierra y el cielo para formar la deliciosa curva del horizonte.

Contemplando la pequeña altura del cementerio el valle del Río Negro y las tierras adyacentes hasta donde alcanza la vista, parece como si la naturaleza, con esas curvas concéntricas que allí forman las varias alturas de los perfiles de la Cordillera Central, hubiera querido dar el modelo de los campamentos romanos, como los que todavía pueden contemplarse en Europa como testigos de las conquistas de Roma.

Al pie de esa colina y sobre un área entrecortada de altos y bajos, se extiende la ciudad de Rionegro, una de las primeras que los conquistadores fundaron en lo que hoy se denomina el departamento de Antioquia. Fue centro de cultura y de negocios desde los tiempos de la Colonia. Figuró noblemente en la guerra de la Independencia y adquirió mayor lustre en los primeros años de la República. Un viajero sueco, llegado a Rionegro desde Nare a lomo de hombre, pues los caminos de esa región no eran en 1826 transitables a caballo, se admiraba del lujo y comodidades de la casa de don Pedro Sáenz, millonario de la época. Se admiraba pensando cómo habían aportado a esa ciudad piano, grandes espejos, mobiliario de lujo, cuando él había encontrado grandes dificultades para recorrer esa distancia sobre el lomo de un semejante. Alcanzó el que esto escribe a conocer y a utilizar en su incolora adolescencia la biblioteca de don Pedro, ya en manos de su hijo, don Francisco, hombre cultísimo educado en Inglaterra. En esa

biblioteca había acumulado su dueño las mejores obras de la literatura inglesa y francesa de su tiempo. Allí figuraban todos los autores de principios del siglo XIX y de fines del anterior. Entre otras, para el curioso estudiante de catorce años, ofrecía allí sus revelaciones y doctrinas la famosa enciclopedia francesa. Byron ocupaba puesto de selección, bellamente encuadernado, al lado de Wordsworth y de los grandes novelistas ingleses del siglo XVIII. Muchas horas plácidas pasó este escritor en sus primeros años de voracidad de lector desprevenido, amontonando nociones, destruyendo prejuicios, sometiendo a ingenuo análisis ideas y enseñanzas en el trato con aquel mundo de obras y de autores hasta entonces para él desconocidos.

La ciudad de Rionegro, como se dijo, tuvo grande auge en los primeros años de la República. Era el paso obligado de las mercancías extranjeras destinadas al consumo de toda la provincia o Estado de aquellos días. Se hizo famosa además por haber sido escogida por los vencedores en la guerra civil de 1860 para sede de la contención nacional que discutió, dictó y puso en vigencia la ilustre y tan agria como injustamente combatida constitución de 1863.

Cuando empezó a estudiarse, en vista de las necesidades del Estado, el proyecto de un ferrocarril que pusiera en comunicación la capital del Estado con el río Magdalena, un ingeniero foráneo de los que informaron sobre la conveniencia de las vías posibles, dio su opinión sobre la ruta que partiendo de Medellín pasara por Rionegro para seguir el curso del río Nare. Consideraciones políticas, rivalidades entre las dos ciudades vecinas y otras consideraciones

tal vez no extrañas al interés personal, eliminaron las probabilidades de ese rumbo e hicieron viable el de Puerto Berrío. El costo o viacrucis que vino a ser la construcción de esa línea, le da la razón ya tardíamente al autor del proyecto por la vía del Nare.

El ferrocarril de Puerto Berrío fue un golpe de duras consecuencias para Rionegro. Dejó de ser lugar de tránsito para gran parte de la mercancía extranjera introducida al departamento. Así empezó su decadencia del punto de vista comercial; pero sobrellevó esa prueba del destino, por la fertilidad del valle en cuyo centro se halla situada y porque continuó siendo un centro de tráfico para los pueblos del oriente de Antioquia, sin dejar de ser lugar de tránsito para la producción de esta rica comarca del departamento. Sin embargo, la vecindad de Medellín, y la excelente carretera que se estableció entre las dos ciudades, ha contribuido poderosamente a despoblar a la más antigua y menos poblada de ellas. Muchos residentes de antiguo en la ciudad de Rionegro han trasladado sus reales a Medellín, y la facilidad del tránsito invita a los habitantes de la primera a ir a hacer sus compras a la capital. Sostienen con todo a Rionegro la salubridad de su clima, la dulce temperatura casi invariable en las veinticuatro horas del día, la feracidad de sus terrenos, la abundancia y pureza de sus aguas y el tradicional apego de sus habitantes al cultivo de las gentiles disciplinas.

▪ ANTE LA NATURALEZA

EN MI AFICIÓN A CONTEMPLAR la naturaleza, he observado fenómenos que no creo haber visto descritos por ninguna de las autoridades en la materia. Paseaba un día en Bogotá, entre las nueve y las diez de la mañana, en compañía de Pedro Pablo Calvo, por la carrera 13, en el espacio señalado hoy por las calles 59 y 60. Era en 1888. En ese tiempo había tal vez diez casas en todo el trayecto que va de la calle 57 a la 61. Al lado occidental de la carrera, en el trecho señalado primeramente, no había edificación ninguna: una tapia baja, a la altura de un hombre de mediana estatura, separaba la calle de un potrero cruzado por la línea del ferrocarril del Norte. La mañana era serena y luminosa, apenas se veían pequeñas nubes blancas cuyo reflejo aumentaba la claridad de la atmósfera. Una detonación súbita como el estampido de un cañón, nos hizo detener a enterarnos de la causa del extraño fenómeno. Por encima de la tapia alcanzamos a divisar, a una distancia hasta de sesenta metros, un hombre tendido en el suelo. Saltando por encima de la tapia acudimos a ver lo

que había pasado a aquel hombre. Con los ojos cerrados, no daba señales de vida, pero al palparlo notamos que respiraba y tenía pulso. Mientras pensábamos en ir a solicitar los auxilios de un facultativo, el hombre volvió en sí, miró en derredor con asombro y trató de alzarse. Le ayudamos, y al ponerse en pie toda su ropa, excepto la ruana, cayó al suelo. Las costuras de todas las piezas del vestido nuevo habían sido chamuscadas. Se sentía en el aire olor a ozono y a cera quemada. Le preguntamos qué había sentido. «Un trueno muy fuerte. Como que cayó un rayo». No había nubes en que pudiera apoyarse la teoría del rayo; pero indudablemente la electricidad había tenido parte en el fenómeno, porque el olor a ozono la denunciaba. La destrucción de las costuras se explicaba. La ropa era nueva y el hilo de las costuras había sido previamente frotado con cera, sin duda para hacerlo más resistente a la humedad. Esto explicaba el olor a cera quemada. Hay, según parece, casos en que la chispa eléctrica o el rayo pasa de una nube a otra. He tenido ocasión de observarlo contemplando una deshecha tempestad más baja que mi punto de observación. El rayo puede pasar de la tierra a las nubes. Sin duda este fue el caso del viandante sorprendido por la descarga eléctrica que pasó de la tierra a las nubes.

Otra vez en la misma calle, a las cuatro de la tarde, me detuve a contemplar un temporal fortísimo que se veía desenvolverse detrás de los cerros que quedan al oriente por ese lado de la ciudad. A pesar de la distancia podía percibirse la vehemencia de la precipitación y su abundancia. De ese lado estaba oscuro el cielo y se apreciaba el ruido

del temporal. Hacia el zenit el cielo aunque opaco, no anunciaba lluvia. De repente alcancé a ver, a una distancia como de cien metros de la cumbre de la colina, una roca de grandes dimensiones que se desprendía de las faldas en seco, y detrás de la roca precipitarse un torrente de agua como un riachuelo, que continuó corriendo por alguna hora o dos. Me expliqué claramente el fenómeno. Al otro lado de los cerros la abundancia de las lluvias ha debido formar una represa de vasta extensión y profundidad. La presión del agua formó una salida por entre las rocas y llegó hasta hacer saltar el enorme bloque y precipitarlo hacia el lecho de una quebrada o riachuelo que corre allí cerca. Pocas personas se dieron cuenta del suceso y esas no le dieron significado. La roca errabunda y el agua que la siguió cayeron en el lecho del riachuelo que pasaba por en medio de un barrio a medio poblar entonces, llamado Chapinero. La roca arrastró en su descenso tierras y maleza con las cuales hizo un dique en la quebrada. Las aguas del portillo formado en las faldas de la colina y las del movimiento cotidiano formaron una represa que se rompió con la simple presión a altas horas de la noche. Chapinero era poco habitado entonces. Una casa moderna, edificada en las vecindades del riachuelo, recibió parte de las aguas supernumerarias del torrente en cantidad bastante para hacer flotar los muebles en las habitaciones.

La naturaleza ofrece o a lo menos ofrecía espectáculos curiosos a los habitantes de Bogotá. En 1898 tenía yo mi oficina de trabajo en la calle 26, a trescientos metros más o menos de la entrada principal del cementerio. A las

diez de la mañana, desde la puerta de la oficina observaba la pureza y limpidez del cielo, mientras corría un viento fuerte que arreciaba por instantes. Súbitamente el viento se convirtió en huracán y sin duda se formó una tromba de tan extraordinaria violencia que levantó las tejas de los techos y las hizo describir curvas en el aire, como si fueran aves. En ese momento pasaba una señora camino de la ciudad. El temporal pasó sobre ella y le arrebató la mantilla. No pudo defender ese abrigo o tocado, porque le importaba más atender a las faldas, contra las cuales se estrellaban violentamente las ráfagas. Cuando hubo asegurado la parte baja de su vestido, puso la vista en su mantilla, que como un ave gigantesca recorría los espacios sin dar señales de próximo aterrizaje. Pasaba el doctor Zaldúa en estos momentos y él también tuvo una lucha con los vientos para defender su sombrero y para resguardar sus pantalones de la vista de los curiosos.

Los cautos observadores de la naturaleza saben sin duda cuánto es escasa de aves mayores y menores la sabana de Bogotá. No es difícil encontrar las causas. La primera de todas es la pobreza de cultivos que antes de la conquista dominaba en el territorio de los naturales. No tenían, según consta de autos, más plantas alimenticias en sus sembrados que maíz y papas y algunos dos o tres géneros de tubérculos más, ciertamente no tan alimenticios como la solanácea, de cuya riqueza en calorías América hizo partícipe a Europa. Las aves tenían pocas semillas que hurtarle al indio, y este, por su parte, hacía de las pocas aves que de otras comarcas visitaban la sabana

botín para su mesa o su despensa. Parece que sólo perdonaba a la gallinaza. En tiempos recientes el cazador, provisto de todo género de armas y pertrechos modernos y antiguos, de precisión o de engaño, ha contribuido a la extinción de las especies.

Algunos historiadores explican la facilidad de la conquista en las tierras de temperatura media en los trópicos, diciendo que el clima de estas regiones debilita a sus habitantes y los hace propensos a la inacción y al reposo. Sin duda los climas medios enervan, pero esta no es la sola causa de la insignificante resistencia que los indios de ciertas regiones tropicales opusieron a la Conquista. En la sabana de Bogotá la raza autóctona estaba en decadencia por falta de alimentación competente. Habían extinguido casi todos los mamíferos comestibles, como el venado, y de los roedores quedaba el borugo (*Dasyprocta*), cada vez más escaso. Hay razones para creer que acaso llegaron a domesticar esta criatura, pero no supieron propender a su desarrollo. Además, el animal no se distingue por su fecundidad, notoria en todas las familias de este orden zoológico. El cuadrúpedo que aparece en algunas cerámicas y que los españoles denominaron perro mudo, era probablemente el borugo (*Dasyprocta*), si acaso no se trataba de un enemigo del hombre, que para ellos era la chucha o el runcho. Cieza de León dice que los indios de las tierras del Cauca por él recorridas llamaban churcha a este marsupial, que es del género didelphis.

Las civilizaciones americanas precolombinas del trópico eran de carácter efímero. Desaparecían a causa sus

precarias condiciones de vida. Vivían en un estado inferior al del hombre neolítico, pues no tenían la vaca ni el caballo. Desconocían la cabra, la oveja y el asno. Cuanto al caballo, originario, según parece, de América, es raro que hubiera desaparecido cuando llegaron los españoles. La falta de la vaca, especialmente, condenaba a estas civilizaciones a su carácter transitorio. Dos años consecutivos de malas cosechas bastaban para determinar la extinción de una cultura, y así se ven hoy superpuestas las huellas y testimonios de varias civilizaciones en las comarcas un tiempo habitadas por los quechuas, cuyo adelanto en muchos aspectos de la vida coinciden, de otros puntos de vista, con estadios de cultura tan bajos como los del hombre del neolítico que, por otra parte, se había colocado en la ruta de la civilización por haber logrado domesticar al caballo, la oveja, la vaca y la cabra. Estas eran, pues, casi todas, culturas en decadencia, amenazadas de pronta extinción, que los españoles precipitaron sin saber que lo hacían.

Hablábamos de que la sabana de Bogotá es muy escasa en aves. No se sabe si el gorrión es natural de la comarca o importado de Europa. La chisga, una especie de canario, ha debido venir de otras comarcas, porque en la ausencia del trigo y la cebada su vida habría sido o imposible o en extremo precaria. El gorrión no existía en Argentina. El capricho de una millonaria que importó dos pares de Europa, hoy le cuesta a la República varios centenares de miles de toneladas de trigo al año. Las palomas silvestres y la triste y apasionada tortolilla de los alares han ido a refugiarse en comarcas más seguras y probablemente

muy lejanas. Se las ve apenas a veces cruzar el espacio por parejas.

Siempre lamentaba, como amante de la naturaleza, el autor de estas reminiscencias, la ausencia de las aves en la sabana y aún en los alrededores de Bogotá, cuando una mañana triste de brumas y del recuerdo de una noche copiosamente humedecida por las nubes y los vientos, halló cerca de su oficina, en la calle 26 y sus aledañas, multitud de aves de diversos colores y tamaños en los árboles de la vecindad y aun en los tejados donde solían verse de ordinario solamente las desgarradas y siempre inconformes figuras de las gallinazas. Pájaros desconocidos de variados tonos de verde, grandes algunos como una mirla; otros diminutos e inquietos, algunos de vivos colores rojos y amarillos, otros tocados del color cielo y todos con vivas muestras de afán en la contemplación de contornos completamente ajenos al aspecto tranquilo y amigable de sus cotidianas frecuentaciones. Alguien, asombrado de lo intempestivo y singular de la visita de estos alados transeúntes, preguntó a un viejo residente del barrio a qué se debía esta inundación de colores volubles, y le fue contestado que esto sucedía una vez en muchos años, cuando la furia de alguna descomunal tormenta, al otro lado de los cerros, infundía pavor en los habitantes del aire en esa comarca y los impulsaba a buscar refugio cerca de las habitaciones de sus jurados y milenarios enemigos, los hombres de la ciudad. En cuanto desaparezcán esas nubes tenebrosas que se ven al otro lado de Monserrate y cese el rumor de la tempestad que allí se cumple, estas criaturas volverán a la selva en busca de la

seguridad que por unas horas creyeron haber perdido. Las aves no temen la lluvia. Antes la reciben con alegría. Loros, pericos, mirlos, turpiales celebran con regocijo bullicioso el anuncio de la lluvia; pero cuando la naturaleza se enfurece hasta poner pavor en los corazones humanos y amenazar su vida, cuando el aire, la electricidad y las aguas copiosas del cielo conspiran aparentemente contra la vida en general y desarraigan árboles, fulminan las criaturas del aire y de la tierra, barren de insectos el suelo y hacen rodar las rocas de la cumbre de las montañas, el hombre se acoge a sus lares y las aves atraviesan el aire en busca de paraderos no tan hostiles. La naturaleza no es siempre madre tierna y cariñosa, como la pintaron los artistas del rococó; más bien, a veces, como la describió su contemporáneo Leopardi, es «*Madre in parto ed in voler matrigna*».

▪ EL GUÁCHARO, HALLAZGO DE HUMBOLDT

ENTRE MIS CONOCIDOS QUIERO contar una criatura del occidente tropical, desconocida del mundo científico hasta el día en que apareció el libro de Humboldt sobre las regiones equinocciales de América. Esta criatura, que parece amenazada de pronta extinción a causa de la indiferencia y salvajez de sus conterráneos, merece unas palabras de atención antes de su probable desaparición. Es el guácharo, un ave del trópico, habitante nocturno de las altas cavernas rupestres en algunas comarcas remotas de la vida civilizada. Es una especie de golondrina de gran tamaño. La envergadura es de unos ochenta centímetros y de la cabeza a la cola mide unos sesenta y cinco. Su color es el del tabaco seco. La espalda y las alas tachonadas de puntos negros y pequeñas manchas blancas le prestan encanto especial a la apariencia general de su cuerpo. El pico fuerte y corvo le permite arrancar al vuelo, de noche, las nueces y otras clases de frutos de que se alimenta. Nunca para en los árboles. Anida, como está dicho, en las altas cavernas. En su cuerpo abundan los tendones y los nervios,

mientras los músculos son escasos y resecos. Vuela con rapidez y elegancia como las golondrinas, y tiene, como estas, el pico hendido hasta muy cerca del oído. Su voz es un chasquido semejante al producido por el roce de dos maderos completamente secos. Los polluelos en su primera edad, excepto el pico, las alas y las patas, son una pequeña esfera de grasa. Los naturales de la región hacen de estas criaturas un plato exquisito con sólo freírlos en la sartén. También los hierven para sacar de ellos un aceite de excelente sabor, que se conserva largo tiempo sin volverse rancio, con la singularidad de que con el tiempo adquiere limpieza y transparencia sorprendentes. A más de servir como sustancia alimenticia, puede usarse también como lubricante, pues no se altera en su contacto con los metales y es, además, un magnífico agente para la extirpación de los parásitos exteriores del cuerpo de los animales. He visto saltar por decenas de la piel de un perro frotado con este aceite las pulgas que allí moraban cómodamente. El estiércol del guácharo es un excelente abono, de que hacen uso los naturales de la región para toda clase de cultivos.

Humboldt estudió estos animales en Cumaná de Venezuela. Científicamente son conocidos con el nombre de *Steatornis* o aves grasosas, por la apariencia de los polluelos. Los naturalistas no le han prestado atención a la especie amenazada de extinción por la caza inmisericorde que se hace de sus polluelos. Corre entre los habitantes de la región donde viven estas criaturas la creencia de que matar estas aves causa al poco tiempo la muerte del cazador que las extirpa. No se piensa lo mismo en cuanto al sacrificio

de los pequeños. Se comprende fácilmente el origen de la superstición. Si se matan las aves adultas, escasea el número de pichones, cuya destrucción no trae las consecuencias que la muerte violenta de sus padres.

Se clasifica al guácharo actualmente entre las coracídeas; pero todos sus caracteres de forma y de movimiento lo acercan a la golondrina. En Colombia se encuentran todavía, en Gachalá, nordeste de Cundinamarca. Los había en Icononzo, de donde los han ahuyentado los cazadores, si no es que se han extinguido naturalmente por la escasez de alimento o a causa de sus propios hábitos.

Un curioso animal de la misma familia y parecido en sus formas al pájaro cavernícola, es la golondrina nocturna, así llamada porque aparece de ordinario a las horas del crepúsculo y se la ve durante las primeras horas de la oscuridad. En algunas comarcas de Colombia le llaman pájaro guardacaminos, porque suele acompañar a los viajeros de a caballo. Cuando el caballero pasa, alzan el vuelo y van a detenerse algunos cincuenta o sesenta metros adelante, de donde se levantan al pasar el viajero cerca de ellos. El hábito es fácilmente explicable: estas aves viven de insectos y ratones. Al pasar el viajero, los insectos se levantan o se mueven en el suelo y su agitación los hace visibles al ave que busca su alimento. Tiene el pico hendido como las golondrinas y lanza un grito lastimero, de donde le ha venido el nombre de «*Whip-poor-will*», que le dan en los Estados Unidos, porque los esclavos creían oír en ese grito las palabras «azote al pobre Guillermo», antes de la emancipación. Los naturalistas le han dado el nombre

de «*caprimulgus*», que quiere decir «chotacabras», con el cual se le conoce en español, y que significa chupador de cabras, porque se creyó mucho tiempo que vivía de la leche de cabra, chupando las ubres de estas bestias. La creencia debe de tener raíces profundas, porque la denominación popular del ave se extiende a muchos idiomas de Europa. Chotacabras en español tiene el mismo sentido que «*Ziegenmelker*» en alemán, «*goatsucker*» en inglés y «*succiacapre*» en italiano.

▪ EN LONDRES Y EN PARÍS

EN ENERO DE 1909, EN DESARROLLO de un contrato celebrado con una compañía inglesa para la explotación de las esmeraldas, el gobierno de Colombia, dirigido por el general Reyes, dispuso que fuera yo a Londres a ocupar el puesto de representante de la nación en la junta directiva de la compañía. Viví en Londres, con ligeras interrupciones, desde el 12 de febrero de 1909 hasta la primavera de 1923. Conocí en aquella ciudad algunos claros exponentes de la civilización inglesa del momento, literatos, políticos, hombres de ciencia, profesores, médicos, abogados, periodistas, banqueros, promotores de compañías, geólogos y tal cual aventurero. Mi amistad con Pérez Triana —Santiago—, de imborrable recuerdo, con quien tenía amistad y correspondencia desde 1892 y con quien hube de colaborar en la redacción de la revista *Hispania* hasta su muerte, me procuró la amistad de muchas personas importantes y me abrió muchas puertas. Pérez Triana, como tutor de su hijo, dueño de un capital considerable, gozaba de una renta que le permitía vivir en Londres sin boato, pero con

holgura y distinción. En su casa se reunían con frecuencia personalidades de brillo social, político o literario.

La mayor parte de los latinoamericanos que van a viajar o a vivir por un tiempo en Europa ocupan su tiempo en divertirse o en conocer, como dicen ellos, a París, a Londres, a Roma, a San Petersburgo; no digo Leningrado, porque esta ciudad ha perdido el encanto que solían darle diplomáticos y diplomáticas como la señora Greville con sus novelas, o el señor Paléologue con sus relatos. De otro lado ocurre que el gobierno ruso no facilita el ejercicio del turismo por ese lado del territorio. En todas partes del mundo las autoridades se ocupan en disuadir a los turistas de su temerario empeño de conocer paisajes, ciudades y hombres remotos o diferentes del viajero, y parece que los tales esfuerzos tienden a verse coronados por un éxito aullador. Los países hermanos de América muestran la pureza de su fraternidad poniendo en las fronteras cercas materiales, morales e inmorales de alambre erizado. Si continúa este empeño de aislamiento, pronto no se conocerán entre sí los países sino por intermedio de la televisión o del teléfono sin hilos, a quienes Dios guarde, porque pronto las formalidades exigidas para usar de estos medios de comunicación pueden llegar a ser tan minuciosas y complicadas que el usarlas se convierta en una prueba máxima de la paciencia.

En 1909 viajar era un placer y una ocasión de recibir útiles enseñanzas. He señalado la categoría y profesión de gentes con quienes me puse en contacto durante mi primera permanencia en Europa, porque de ordinario la

gente latinoamericana se contenta con mirar y no establece trato con los naturales. (Explico: los ingleses, los franceses, los alemanes llaman naturales, «*natives*», «*angeborener*» a los naturales de estos países; pero ellos no son «*natives*»; son ingleses, franceses o alemanes). Va de cuento. Un súbdito británico, nacido en Hungría, de nombre Diosy, llegó a ser nombrado por el Gobierno de Su Majestad cónsul británico en Osaka. Diosy hablaba trece o catorce idiomas corrientemente y con asombrosa pureza. Después de pronunciar un discurso en español, habló algunos minutos en portugués, sin confundir la una lengua con la otra y conservando la diferencia de tonalidades. Conocía el japonés y el chino, a creerle sobre su palabra. Contó Diosy que a Osaka le llegó un inglés recomendado por las autoridades, a quien debía hacerle conocer la enorme y destartalada ciudad. Lo paseó por todas partes y cuando creyó haberle hecho conocer todo lo importante de aquella aglomeración de naturales, hizo rumbo al hotel donde vivían. «Alcanzo a ver a lo lejos», dijo en este punto el inglés, «unos grandes edificios que no visitamos». «Son las fortificaciones», explicó Diosy; «por allá no podemos ir. La policía no lo permite, y mucho menos a usted, que lleva una máquina fotográfica». «¿Por qué?», preguntó el viajero. «Porque somos extranjeros», explicó el cónsul. «Yo», replicó el inglés sorprendido y un tanto mohíno, «no soy extranjero, yo soy inglés».

Pero volvamos al punto de partida. El latinoamericano que visita a Europa o es un hombre acaudalado que va a divertirse y a conocer un nuevo mundo, o es un cónsul o

enviado diplomático a quien sus deberes le quitan mucho tiempo y cuya curiosidad no pasa de los centros de diversión. Conocen otros cónsules, otros diplomáticos, visitan librerías, raras veces bibliotecas, por curiosidad se asoman a un aula universitaria. Recuerdo haber invitado en Londres a un recién llegado del otro mundo a visitar el salón de lectura del Museo Británico. «No he venido a la escuela», me objetó, y se fue a ver los muñecos de cera de Madame Tussauds, sin percatarse de que eso también era ir a «una escuela de primeras letras». Otros van «a asuntos de comercio», como ellos dicen, y a divertirse eventualmente. Conocen poca gente del lugar, porque de ordinario a esos lugares de recreo concurren principalmente los extranjeros. Y ocurre que a menudo saben del idioma de esos países apenas lo necesario para pedir las cosas de diario uso indispensable, para leer los periódicos, si acaso; mas ni siquiera para ir al teatro. De donde resulta que después de haber vivido unos años o meses en Varsovia o en Atenas, vuelven tan ajenos de lo que es la vida en esas comarcas y la gente que las habita, como si hubieran ido allí a medir la latitud del lugar.

Me alojé una vez en París en un hotel muy frecuentado por familias argentinas. Había allí, por el momento, muchas señoras y señoritas de aquel país. Su vida no carecía, al parecer, de interés para ellas, pero el desconocido que las observaba no podía comprender el objeto de su desplantación. En las horas de la mañana, después del desayuno, salían todas de compras. Debían de comprar una barbaridad, porque en dos semanas de observación hacían

todos los días la misma cosa. Volvían a almorzar fatigadas del tráfico tan intenso a que habían sometido sus organismos durante cuatro horas escasas. Por casualidad pasé una mañana antes de las ocho por la puerta principal de las Galerías Lafayette, que estaba todavía cerrada. Había allí una grande aglomeración de damas en ansiosa expectativa, entre las cuales conocí personas de mi país. Al abrirse el portón todo ese golpe de ansiedad femenina desapareció súbitamente, como si la tierra hubiese abierto sus famélicas fauces. Las señoras de mi hotel probablemente reposaban al modo porteño después de almuerzo, pues no se las veía de nuevo sino a las tres de la tarde en actitud de volver a tiendas. En esa faena pasaban la tarde. Como en algunas de esas casas sirven té, allí lo tomaban para ahorrar tiempo, o se iban a Rumpelmeyer a observar los vestidos inéditos de la gente más elegante. Volvían a casa, quiero decir a la ocasional caravansera de su residencia, a la hora de comer, y en comiendo se preparaban para ir a teatro. Allí no iban sino las señoras. Las señoritas se quedaban bajo el seguro techo del hotel. Esta división por edades tenía por causa fácilmente explicable la de que las señoras concurrían a teatros de variedades o a observar la representación de comedias chispeantes, cuyos retruécanos estaban muy por encima del conocimiento de las costumbres de la época y de la lengua francesa, para que las jóvenes solteras pudieran comprenderlos. Y decía Lugones: «¿Para qué vienen? Esto mismo podían hacerlo en Buenos Aires a más bajo costo y tal vez con mayor provecho».

▪ DON ROBERTO

UNA DE LAS PRIMERAS PERSONAS a quienes conocí en casa de Pérez Triana fue don Roberto Cunninghame Graham. Los dos eran amigos hacía mucho tiempo. Los ligaban en su amistad muchas cualidades y aficiones comunes. Eran los dos hombres de sentimientos profundos. Creían en la amistad como en una religión cuyas bases habían de ser la verdad, la franqueza, la fidelidad. Conocían los dos mucha parte del mundo y estudiaban con intención o sin saber que lo hacían, pero en todo tiempo, el corazón humano. Sus aficiones literarias eran muy semejantes. Ambos tenían predilección, escribiendo, por las narraciones cortas destinadas a objetivar una idea, un consejo, un sentimiento determinado. Además, en sus relaciones con los demás hombres parecían estar de acuerdo en juzgarlos. Políticamente los unían los principios liberales, el amor a la igualdad, a la democracia y el horror a la guerra y a todo género de violencia. El desprendimiento era una de sus virtudes, rara en los momentos de su paso por la existencia. Alguna vez se dijo en la prensa de Inglaterra

que la flaca situación económica de España era debida al hecho de que la mayor parte de sus riquezas y servicios, como las minas, los transportes y otros negocios estaban en poder de los extranjeros, especialmente de los británicos. Cunninghame Graham escribió entonces en la prensa que era accionista de una empresa minera de España y estaba dispuesto en tal carácter a ceder sus acciones o parte de ellas, si los demás accionistas de su país convenían en restituirle a España lo que a ella fuera debido.

Cunninghame Graham era escocés de origen y según lo decían amigos suyos en su ausencia, como si se tratara de una falta o una desventura, de familia real escocesa. Lo cual me recuerda el dicho muy repetido en Londres con relación a un hijo de Haldane que llegó a su casa consternado con la noticia de que la familia había sufrido un golpe tremendo en su reputación porque su padre había sido elevado al rango de vizconde.

Cunninghame Graham hablaba el español correctamente y no sin distinción. Sus amigos de lengua española le llamaban don Roberto. El origen de su dominio del español fue el hecho de que un tío suyo o pariente cercano fue durante muchos años cónsul de Su Majestad británica en Málaga, adonde iba a visitarlo el sobrino en tiempo de vacaciones escolares. Señoreaba también el francés y el italiano y buscaba ocasiones, así en lo escrito como en la conversación, de hacer patente su señorío en esas tres lenguas. Contaba él mismo que estando en Florencia en casa de una noble dama, en compañía de gentes invitadas a una recepción, entró, mientras él conversaba en

italiano con la dueña de casa, una señora bellamente vestida. Era el sombrero la prenda más saliente y digna de su atuendo. Don Roberto no pudo conservar en silencio lo profundo de su admiración, y exclamó: «*Che avvenente, che bello sombrero*». Las señoras que le escuchaban dieron señales en el rostro de muda sorpresa. Entonces preguntó don Roberto en italiano: «*Forse ho sbagliato?*». (¿Acaso he dicho mal?). La dueña de casa observó: «*Noi diciamo cappello, ma come Lei dice é proprio piú bello*». («Nosotras decimos *cappello*, pero como usted dice es justamente más hermoso»).

Vivió don Roberto muchos años de su juventud en la América española. Estuvo en México, sobre cuya vida, costumbres y paisajes escribió un interesante volumen. Fue larga su mansión en la Argentina, de la cual solía hacer grata memoria en cuentos de profundo sentido humano o de intención picaresca. Hizo allí fortuna y parece que se vio obligado a dejar el país a causa de una enemistad peligrosa, a la cual no era extraño el otro sexo. Don Roberto fue, al decir de sus íntimas amigas, hombre de buenas fortunas. Se casó en Chile con una bella e inteligente mujer de apellido inglés, de nombre Gabriela y de bien cimentadas aficiones literarias. Escribió ella un sabio y extenso libro, largamente meditado, sobre la vida, el pensamiento y las obras escritas de Santa Teresa. Se amaron con intensidad, pero por razones acaso de temperamento no pudieron vivir juntos. En muchos años Cunninghame Graham no pudo amar a otra mujer, y cuando hablaba de Gabriela se percibía, en la voz y en las facciones, una viva y penetrante

emoción. Fue fiel a su memoria. Murió ella y él continuó rindiéndole tributo a su belleza y su talento. Como tributo a la pasión que los unió en vida él hizo traducir cariñosamente en español la obra de su esposa y la publicó en decorosa edición para distribuirla entre sus amigos.

Don Roberto era la imagen de la inquietud en una sola forma con la curiosidad. Había recorrido, cuando me cupo la fortuna de conocerle en Londres, gran parte del planeta. Vivió hasta enriquecerse en Argentina; se casó en Chile; de chico había gozado de la vida en la costa meridional de España. No tenía Europa secretos para su ambición de conocimiento. Hizo un bello libro sobre la vida en el norte de África; describió en otro las costumbres de algunas comarcas de México. Una noche, mientras lo visitaba en su casa de Londres, fue invadida su sala de estudio por periodistas que venían a saber de sus impresiones sobre la vida y la política del momento en Persia. Yo no sabía, ni él me había dicho, que acabara de llegar de esa estatua medio deshecha de un pasado portentoso, de gloria, de encantamiento, de ensueño, para venir a caer en manos de las compañías petroleras, bajo la amenaza de los zares. Me sorprendió, era yo un cándido novicio en las veredas del periodismo, que don Roberto les preguntara a los reporteros si lo que él iba a decirles sería usado por ellos tal cual o si lo requerían para «fabricar». Jamás había oído esta palabra usada en la jerga de los periodistas y la tomé sin comprenderla, en un sentido pérfido. Cuando se hubieron marchado los periodistas, pregunté lo que significaba «para fabricar». «Pues eso quiere decir», explicó don Roberto,

«que sin mencionar mi nombre iban a usar de mis ideas para escribir a su amaño sobre la situación de Persia. Si iban a usar mi nombre y a reproducir mis opiniones, era preciso que tuvieran mucho cuidado».

La amistad de Cunninghame Graham con Pérez Triana tuvo, al principio de la Primera Guerra Mundial, un eclipse de algunos meses, casi de un año. Rompieron para no volver a tratarse. Ocurrió que con su don de gentes y sus abundantes y cordiales relaciones con periodistas de alto significado y políticos influyentes, Pérez Triana logró obtener una concesión para suministro de caballos al ejército de Gran Bretaña. Hizo partícipes del negocio a alguno de sus amigos, y como Pérez Triana no era un experto en alzada ni podía viajar en ese empeño, los asociados pensaron en darle esa parte de la comisión al socio don Roberto, perito en la materia y equitador de vasta fama en América y Europa. Se le veía, mientras vivía en Londres, paseando a caballo en Hyde Park todas las mañanas, en varios atavíos, según la estación y el capricho del caballero. Con no encubierto agrado don Roberto aceptó el encargo y emprendió viaje a los países australes de América en busca de su animal favorito. Era en 1915. A bordo trabó conocimiento con un español de avería, dueño de almacenes y casas de comisión en Hamburgo y en Montevideo. Naturalmente, el español guardó silencio acerca de su profesión y de sus actuales movimientos y frecuentaciones. Ni siquiera dio lugar a que sospechasen de sus simpatías en ese momento por la causa de Alemania. Don Roberto, encantado de encontrar un pasajero con quien

platicar en español, no hizo misterio de su misión, y sin pensarlo puso al germanófilo al corriente de la misión que llevaba. Tenía consigo don Roberto excelentes cartas de introducción para el Uruguay y para la Argentina, e iba confiado en su conocimiento de los dos países y del noble bruto que iba a comprar por centenares para llevarlo a sacrificarse con el antropoide que lo domesticara y logró incorporarlo a la civilización, en cuyo desarrollo y adelanto tuvo en un principio el caballo tan señalada influencia. El comisionista español no se demoró muchas horas en avisar a sus agentes que compraran cuantos caballos pudiesen, en la seguridad de que así prestaba un gran servicio a Alemania, de la cual esperaba por ello y seguramente obtuvo compensaciones sustanciales y proporcionadas al servicio. Cuando llegó Cunninghame Graham al Uruguay, supo de sus agentes y relacionados que toda la alzada del Uruguay y la Argentina había sido comprada por agentes del español. La permanencia de don Roberto en América se hizo innecesaria, y sin visitar siquiera a Buenos Aires, a la cual ciudad lo ligaban gratos recuerdos de juventud, hizo rumbo a Londres tan pronto como le fue posible. En el negocio de la compra de caballos Pérez Triana había interesado a algunos amigos. Todos ellos se indignaron contra Cunninghame Graham. En sus conversaciones unos hablaban de él con el sobrenombre del «Peregrino apasionado». Es de comprender que Pérez Triana censurara rudamente la ingenuidad y la imprudencia del asociado más importante en el negocio. Don Roberto no aceptó los reproches, y la amistad de muchos años quedó, al parecer, rota para

siempre. Meses después, en 1916, Pérez Triana, amenazado irremediablemente por una enfermedad largamente combatida, pero incurable, supo de su médico, y también por las señales de su organismo, que el fin se acercaba apresuradamente. Un día llamó a su esposa y, con la congoja en el tono de la voz y en los ojos marcados con el sello del remordimiento, dijo que necesitaba ver a Cunninghame y reconciliarse con él antes de morir. En la entrevista, que no hube de presenciar, los concurrentes fueron conmovidos hasta el sollozo por la intensidad del afecto que representaba aquella patética escena. Pocos días después, al ver descender a su último reposo el cuerpo de Pérez Triana, don Roberto conmovió de nuevo a sus amigos con desoladas y elocuentes palabras de despedida.

Regresando de París a Londres por los años del 22 al 23, me sorprendió gratamente ver a don Roberto entre los pasajeros del barco en que debíamos hacer la travesía del canal. Lo acompañaba una graciosa compañera a quien me presentó con un nombre que no recuerdo. Era sin duda una mujer de alta y refinada cultura, adornada con el don invaluable de la simpatía, al lado de la distinción absolutamente desprevenida. En Londres causó sorpresa entre los amigos muy numerosos de Cunninghame esta nueva época de su vida. En Londres supe el principio de estas relaciones. Mortificado don Roberto por una leve pero molesta enfermedad que requería la intervención de un hábil cirujano, por ser él quien era y por la peculiaridad de la dolencia, los grandes cirujanos de Londres convinieron en que don Roberto debería ir al continente y solicitar los

servicios de un conocido especialista en esa clase de afecciones. Fue allí nuestro amigo. La operación tuvo el éxito esperado, y la espiritualidad y el buen humor del enfermo cautivaron a la esposa del facultativo, la cual resolvió, como si fuera una heroína de novela escandinava, cambiar su vida de entonces por la que le ofrecía don Roberto en el corazón de la civilización británica. Vivieron allí felices, hasta donde es posible serlo. Los amigos de don Roberto recibían en la mejor sociedad a la nueva admiradora del gran intérprete de la vida en ese momento de un siglo de transformaciones. Importa añadir que según los cálculos del calendario, nuestro amigo contaba entonces, semana más, semana menos, algo así como setenta y siete años. Sus amigos le admiraban y le envidiaban, todo a un mismo tiempo. La señora de su último afecto acompañó a don Roberto hasta la hora final, y en los últimos años suavizó sus dolencias recorriendo con él los dos mundos en busca de mejor clima para su flaca salud. Los médicos de Londres aconsejaron al paciente el clima de Río de Janeiro, adonde fue en la esperanza de encontrar salud y sosiego. La temperatura del trópico fue menos propicia de lo que se esperaba. Otros médicos aconsejaron el clima de Buenos Aires. En esta ciudad murió don Roberto sin haber vuelto a ver el juvenil escenario de su abigarrada y nobilísima existencia.

▪ JAMES FITZMAURICE-KELLY

TRATÉ, EN CASA DE PÉREZ Triana igualmente, a James Fitzmaurice-Kelly, a quien conocía por correspondencia y al través de sus libros y ensayos sobre literatura española. Es uno de los personajes más interesantes que he tratado en mi vida: hombre superior por el carácter, por su manera de entender y tratar a sus semejantes; por su rectitud invariable, por la pulcritud y distinción de su gusto. Transigía con todo menos con la mentira, la suposición y la deslealtad. Era tolerante con la ignorancia, pero no podía soportar el fingimiento de saber. Escribió un solo libro en su vida y a él dedicó toda su actividad y todo su tiempo, con la mira de mejorarlo. Nada para él estaba acabado, no digamos perfecto. Cuando acaso caía en la cuenta de haber estado en error, lo reconocía plácidamente, como satisfecho de que no hubiera sido mayor. Gozaba discretamente de los placeres espirituales, tratando de espiritualizar los materiales. Amaba la buena mesa, los libros sinceros, el habla popular, la gracia discreta; el humor de Sócrates, de Shakespeare, de Cervantes, de Dickens; el humor presente en la vida, en las

relaciones del hombre con la naturaleza, en la piedad, en la arrogancia de los necios y en la humildad de la sabiduría.

Era un hombre hermoso. La pureza y proporción estética de sus facciones están fijadas con gran tino en el retrato suyo que pintó en un momento de inspiración John Lavey, para la galería de retratos adjunta a la Galería Nacional de Londres. Lector asiduo, apasionado de los clásicos en tres o cuatro literaturas, quedaba en regiones de su hospitalaria inteligencia mansión segura para aposentar a los modernos con sus excelencias y transitorias flaquezas. Escribió en su lengua páginas de valor firme, de belleza duradera, de noble apreciación de las obras ajenas. Su estudio sobre la poesía castellana de los pasados y del presente siglo, tiene signos de calidad impercedera. Despreció el ruido de las ferias literarias de la vanidad y vivió lejos de las academias, los cenáculos y los salones de las señoras más o menos sabias.

Tuvo pocos y probados amigos. Amaba la sociedad de cinco o seis personas, y en ella hacía vibrar el pensamiento ajeno con rasgos de ingenio y de penetración en el arte de la vida. Cuando la reunión pasaba de seis personas, se abstraía cortésmente. Tomaba parte en la conversación, pero no se entregaba. No tuvo odios en su carrera de estudios e investigaciones, pero no podía evitar naturales repugnancias. Sin negar el talento y las salidas a veces geniales de Bernard Shaw, su temperamento le impedía sumarse al gran número de admiradores que tuvo su compatriota en las generaciones declinantes con el ochocientos y el alba del presente siglo. Cuando Bernard Shaw dio a luz su fábula dramática titulada *Androcles y el león*, en el prólogo

de la cual el complaciente humorista de sus propias hazañas quiso, al decir de él mismo, sacar la vida de Jesús de un cuidadoso estudio de los evangelios, un lector de este prólogo, en una carta a *The Times* observó, no sin cierta ironía, que Bernard Shaw no había sacado la de Cristo sino su propia vida de la complaciente lectura de los evangelios, dando a entender a un mismo tiempo que el autor del invento dramático, inspirado por un episodio que narra Aulio Celio en sus *Noches áticas*, se comparaba con el hijo del hombre. Bernard Shaw replicó sin vacilar que verdaderamente él se parecía a Cristo y que en algunas cosas era superior al Salvador. «Cristo tomaba vino», dijo Shaw, «y yo no tomo nunca licores destilados, ni fermentados, ni de ninguna otra clase. Cristo comía carne, que yo no como nunca», y haciendo alusión a la higuera condenada a la esterilidad, el autor del prólogo dijo que Cristo solía encolerizarse frente al mal, al paso que Shaw nunca se había dejado mover en sus actos por la ira meditada o subitánea. Fitzmaurice-Kelly, de origen irlandés y con sangre francesa en las venas, era católico de familia y de fe. El día en que fue publicada la carta de Shaw, don Jaime, a la hora del almuerzo, en compañía de quien hace este relato, no había leído el *Times*. «¿Vio usted la carta de Bernard Shaw en el diario más aristocrático de Londres?», le preguntó su compañero de mesa. Confesó no haber leído ese día el vocero del *Foreign Office*, y preguntó qué se decía en la carta. «Simplemente», le fue explicado, «que él, Bernard Shaw, es mejor que Jesucristo». El que suministraba esta lacónica información, que no ignoraba la actitud mental

de Fitzmaurice-Kelly frente a la persona y la obra de Shaw, se preparó para escuchar una fuerte invectiva contra aquella sugestión terriblemente irrespetuosa, pero don Jaime, entre dos cucharadas de sopa, ecuánime y serio, como solía decir sus grandes frases, comentó: «*He ought to know*», frase que, en español, con menos fuerza y menos profundo humor, quiere decir: «Cuando él lo dice, será porque lo sabe».

Don Jaime fue el primer historiador de la literatura española en darle carta de naturaleza en esa clase de estudios al llamado «género chico». Entre los autores de cuyas obras hizo mérito figuraba Antonio Paso, colaborador de Arniches en algunas de sus obras. Mientras preparaba mi amigo una renovada edición de su *Literatura*, leyó en un diario español que Antonio Paso, autor de sainetes y entremeses, había terminado su carrera de autor por causa de muerte y consignó el año de fallecimiento en su «libro», como él llamaba la historia de la literatura entre veras y bromas. Ocurrió que había dos Antonios Pasos, uno y otro aficionados a escribir en el rumbo del género chico. Pero el Antonio Paso de cuyas obras había hecho mención don Jaime, era el colaborador de Arniches, persona distinta del fallecido. Se entendía que el muerto era este y la equivocación dio lugar a que Antonio Paso número uno, el autor analizado en la *Literatura*, escribiese una carta a don Jaime, llena de quejas y de la contundente afirmación de que Paso, el colaborador de Arniches, estaba en el goce de su absoluta plenitud vital. Hacía mérito del perjuicio que tal noticia pudiera causarle y pedía por lo menos

una rectificación. En el curso de estos acontecimientos entró a su cuarto de estudio el narrador presente. «¿Sabe usted lo de Antonio Paso?», preguntó don Jaime, y sin esperar contestación detalló el pormenor de la equivocación, y dijo que estaba contestando la carta del supuesto difunto. «Le digo», informó Fitzmaurice, «que en vez de quejarse debía de estar agradecido. Me debía la inmortalidad. Al ponerlo en mi “libro” y al dar noticia de su muerte, su persona quedaba entre el número de los inmortales. Si al recibir la noticia de la muerte de Antonio Paso yo hubiera retirado este nombre del capítulo en que figuran los autores del género chico, en cierta manera usted habría dejado de existir para la posteridad, pues ningún historiador ha pensado ni pensará en incluir el género de su predilección y cultivo en las historias de literatura española. Sin morirse usted entra a la inmortalidad con la noticia de su muerte. Debía en mi sentir estar conmigo muy agradecido y para no hacerme quedar mal, si usted comprendiera el hondo significado de esta contingencia, haría uso de su valor y de sus nociones de caballerosidad poniendo voluntariamente fin a sus días».

Fue un escritor excepcional. Tenía dotes de estilo en que la gracia, la precisión y la dignidad se aliaban en proporciones cautivadoras. Hay en su exposición un rasgo inequívoco de facilidad, de sabia facilidad, porque no se daba, con buena fe de escritor místico, al empeño de escribir sino cuando había medido en su espíritu el contenido, señalado el principio y el fin y fijado la clara proporción de las partes. Cuando acaso pensaba exponer un hecho

como la autenticidad de un retrato de Cervantes, reunía en su mente las diversas opiniones, medía el alcance de cada una de ellas, precisaba el punto en que debía intervenir su propia opinión y, al poner por escrito todas estas cavilaciones, realizaba una obra de arte. Una vez, por encargo de un diario de la América meridional, le rogué que escribiera un artículo de ocasión sobre el centenario de un general de estos mundos cuya vida había tenido proyecciones de significación sobre un reducido horizonte. Dijo no saber nada de esa vida. Se le ofrecieron datos verbales, un libro del sujeto, y otro sobre su vida. Ocurrió que cuando hubo leído todo ese material y se preparaba a escribir, su amigo llegaba a visitarle. Le invitó a sentarse y pidió permiso para escribir el artículo solicitado. Su amigo tomó un libro de una de las bibliotecas privadas más abundantes en materia de literatura española existentes en Londres, y le dejó escribir tranquilamente durante tres cuartos de hora. No levantaba la pluma sino para cambiar de cuartilla. Ponía en orden, a la luz de un entendimiento metódico y sutil, cuanto había pensado en muchas vueltas del minutero. A los tres cuartos de hora me entregó diez cuartillas de letra menuda, pareja, fácilmente legible, sin una corrección, ni nada entre renglones. Quien lo había pedido debía traducir ese artículo al español. No faltaba una coma. Era de una claridad solar y contenía cuanto era más visible del personaje y su carácter imparcialmente delineado sobre el ambiente de su vida. Ni una vacilación, ni un adjetivo de más o de menos. Era algo excepcional y privilegiado. Mas no se crea que había en ello algo de improvisación. Al sentarse a escribir ya estaba

todo dispuesto por una inteligencia de claridad y método vigilantes y sumisos.

Cuando preparaba don Jaime la antología poética española, que había de aparecer con el título de *Oxford Book of Spanish Verse*, le dio al autor de estas líneas las pruebas para revisar. Poco encontró este qué observar. Recuerda que en el primer terceto de la *Epístola moral*, que dice:

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más activo nacen canas

La palabra «activo» estaba en lugar de «astuto», como lo daban los textos escolares de todos los tiempos. Se lo manifestó así el consultado a don Jaime, no sin añadir que en el volumen titulado *Las cien mejores poesías castellanas*, compiladas por Menéndez y Pelayo, maestro de don Jaime y objeto de su ferviente y documentada admiración, el erudito montañés puso «astuto» que no «activo». Arguyó además el ocasional corrector que «al más activo nacen canas» es una observación de palmaria evidencia, pues creemos todos que el ejercicio constante del organismo predispone al desgaste de que son prueba las canas, en tanto que el «astuto», negándose al excesivo ejercicio y confiado más en la espera, en las sinuosas y oscuras galerías y pasillos de los palacios, no es natural que llegue a cubrirse de canas prematuramente. Fitzmaurice escuchaba entre risueño y compasivo estas razones, y cuando el corrector esporádico las hubo terminado, escuchó esta desoladora

reprimenda: «Yo sé que usted y Menéndez y Pelayo pueden hacer versos mejores que los del autor de *Las ruinas de Itálica*, pero en esta colección yo estoy reproduciendo los de este sublime poeta, no los de ustedes». Don Jaime, de acuerdo en esto con Fouché-Delbosc, aseguraba que en las copias manuscritas existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid no hay duda de que la palabra allí escrita es «activo». El corrector transitorio tuvo ocasión más tarde de consultar allí las copias manuscritas, y en efecto puede asegurarse que la palabra usada es «activo», aunque no es temerario pensar que el copista haya leído en un original hoy inexistente «activo» donde decía «astuto», porque las combinaciones *ct* y *st* en letra pastrana se confunden fácilmente y porque la *u* y la *v* solían alternar y cambiarse una por otra en aquellos tiempos.

Con todo, la posteridad sigue diciendo «astuto» y este es un caso, excepcional, de corrección que suele el mundo de la posteridad hacerles a los escritores grandes y aun a los pequeños. Es frecuente que una errata venga a ser la lección definitiva en una pieza de valor perdurable, y no es raro que la audaz interpolación de un copista dé gran trabajo de investigación a los eruditos de la posteridad.

Durante muchos años sirvió la cátedra de lengua y literatura española en la Universidad de Liverpool. Se retiró en 1919 y su benevolencia quiso recomendarle al senado de la universidad para que lo reemplazara. A pesar de las obligantes insinuaciones del senado, no me fue posible solicitar el honroso empleo, porque era necesario residir en Liverpool y yo tenía compromisos en Londres.

Murió don Jaime en 1923. Una cruel enfermedad dio en tierra con su gran fortaleza, cuando apenas había llegado a la madurez.

▪ LEOPOLDO LUGONES

EN 1913, ESTANDO EN LONDRES, fui llamado una noche por el teléfono. Hablaba Leopoldo Lugones, llegado de París, adonde le había traído su entusiasmo por la cultura, su amor a Francia y su argentinismo indeclinable. Fundó en París la *Revista de América*, a la cual consagró toda su actividad durante unos meses. La empresa hubo de terminar, porque los fondos de que se disponía para ponerla en pie y sostenerla por algún tiempo, mientras cobraba nombre y se orientaba comercialmente, sucumbieron en la quiebra de un banco donde estaban depositados. Aunque había tenido correspondencia escrita con Lugones, no le había tratado personalmente. Dijo por teléfono: «Estaré en Londres muy pocos días, me dicen que hay aquí excelentes restaurantes chinos y deseo comer nido de golondrina. Sé que de haber restaurantes chinos en Londres, usted no ignorará las señas de los mejores; ¿quiere darme alguna?». Al día siguiente nos encontramos; me sorprendió el exceso de vitalidad que revelaba en sus actos, en su pensamiento, en la apariencia de realidad inmediata que les

comunicaba con su fe a todos sus proyectos. De estatura un tanto superior a la mediana, robusto, de color moreno, de ojos vivos castaños muy oscuros y dentadura firme, propia y muy visible, causaba una impresión de sana vitalidad y de confianza en sí mismo, en los hombres, en el ambiente.

Parecía correr hacia el éxito. Pensaba que el obrar bien, el amor al trabajo, la inteligencia abrían todas las puertas y franqueaban todos los caminos. Tenía una facilidad asombrosa para captar nociones, combinarlas, hacerlas propias y comunicarlas en seguida con facilidad y convicción deslumbrantes.

Uno de sus grandes admiradores, que fue intendente de Buenos Aires y que le había traído de provincias a completar su educación en la capital, me dijo alguna vez, en son de alabanza para su favorecido, que la educación de Lugones había sido poco metódica y fallaba en muchos rumbos. Pero yo le conocí como hombre estudioso, amigo de los libros, tenaz en el aprendizaje de lenguas y de algunas ciencias que le fascinaban. Como para colmar los vacíos de su educación se dio al estudio del griego y se empeñó en traducir a Homero en alejandrinos de corte francés, no sin haber querido mostrar en su empeño que ese metro y ese ritmo eran los más apropiados para verter a nuestra lengua aquellos poemas. Estudió el árabe, sin duda; de su aplicación a esta disciplina da testimonio el primer tomo publicado de su *Diccionario etimológico del castellano*. Leía mucho, se interesaba en una gran variedad de asuntos. No le eran extrañas las matemáticas, ni la historia universal, ni las ciencias físicas. Era un placer, no escaso de provecho, oírle disertar

sobre estas materias, lo que hacía con su natural entusiasmo, pero sin dar señales de suficiencia ni de orgullo profesoral.

Fue un gran poeta y deja una obra poética abundante, generosa y desigual. Su mejor libro de versos es sin duda *Los crepúsculos del jardín*, en que su inspiración y su índole poética se mostraron con la ingenuidad y la fuerza de la primera juventud. Fue su segunda colección de versos. La primera, de título *Las montañas de oro*, rica de imágenes, un tanto espectacular y superabundante, revela ya su potencia verbal, una de las características de su gran talento poético. Hay en *Las montañas* algo de la monumentalidad de Victor Hugo y no poco de la actitud de los parnasianos ante el paisaje de la historia; pero no es esa la mejor de sus obras. En *Los crepúsculos* está lo mejor del poeta, la prueba más genuina de su honda sensibilidad y de su personal concepto del amor y de la poesía. El libro es de una imponente sinceridad; está allí toda la persona del autor con su entusiasmo creador y su franca actitud ante la vida. La forma misma, sin salir de los moldes ordinarios, da la impresión de la novedad por lo original, lo personal del contenido. Y por esto dio lugar, de un lado, al apareamiento de numerosos imitadores que popularizaron, desvirtuándolas, algunas de las características del poeta, y del otro, a emulaciones filtradas en alquitaras de amargura que quisieron hacerlo aparecer como secuaz de poetas que escribieron a un mismo tiempo. Hay, sin duda, semejanzas entre la poesía de Herrera y Reissig y la suya, pero lo más que en esta coincidencia puede advertirse es un estado de espíritu que era común a varios países de América.

Cuando conocí a Lugones en Londres estaba en todo el vigor de su fe en la vida, en sí mismo y en su patria. Era profundamente argentino, pero se cernía sobre su espíritu de patriota una influencia espiritual de americanismo que le hacía comprender y admirar los varios aspectos de la vida continental y aun conciliar sus variedades y antagonismos. Amaba a la Argentina en su pasión por Francia, cuyo poder de infiltración sentía con intensidad, y percibía en las alternativas históricas de su patria, en su cultura reciente y en sus aspiraciones hacia una gloria futura.

Cuando volví a tratarle en Buenos Aires, la vida le había dado rudas lecciones que no habían quebrado su entusiasmo, pero habían ensombrecido sus nociones sobre ciertos personajes y sobre la vida en general.

No lo decía en verdad, pero sentía que en su patria no apreciaban ciertas esferas, entre las cuales se contaba la de los altos políticos influyentes, su inteligencia, su amor al estudio, su patriotismo, su esfuerzo y sus realizaciones en la poesía, en el periodismo, en la historia. No toda su obra es de igual mérito y calidad. *El Imperio jesuítico*, que es un esfuerzo laudable sobre un tema fascinador, es muy inferior como historia a lo que había derecho a esperar de él. Hizo alguna novela brumosa, sin adherencias mayores con la realidad y con su gran talento literario. La patria pudo aprovechar las grandes facultades de Lugones mejor que nombrándole director de la biblioteca del consejo nacional de educación, en donde no podía hacer brillar su inteligencia ni impulsar los espíritus en rumbo determinado. Se sentía disminuido, pero nunca lanzó una queja.

La primera vez en que supe de la existencia de Lugones fue cuando conocí en Bogotá el discurso por él leído en la apoteosis preparada por literatos de la juventud argentina en honor de Émile Zola, con motivo de su muerte. Era una pieza atrevida, ingenua, llena de entusiasmo y de fe en las doctrinas del socialismo. Literariamente sufría de excesivo candor juvenil y de entusiasmo aparentemente doctrinario. La vida, la sociedad, acaso los estudios fueron modificando sus ideas para llevarle, al fin de su juventud, a abrazar con igual entusiasmo las opiniones contrarias, esta vez matizadas de antisemitismo, partiendo del principio de que las ideas colectivistas proceden de la mente judía. Lo cual es tan cierto, que la opinión contraria es perfectamente sostenible.

Tuvo en un principio numerosos amigos y secuaces literarios entre la juventud argentina. Su cambio de ideas en lo social y lo político le arrebató muchos simpatizantes, no tanto por las ideas sino por el cambio. Al fin de su vida, a pesar de que la admiración debida a su talento no había mermado, empezaban a combatirle los literatos de renuevo, favorecidos por la vuelta de flanco que se había verificado, de buena fe sin duda, en el frente de sus ideas políticas. Se hablaba de su decadencia por la clase de temas que había escogido últimamente, un tanto separados de sus anteriores predilecciones. Pero no había tal decadencia; si acaso, se había presentado una nueva dirección en sus gustos. El himno de la gente vasca nos enseña, sin lugar a dos opiniones, que su dominio del ritmo, su señorío verbal, su generosa y dilatada inspiración conservaban el vigor de

antaño. La oposición de sus antiguos discípulos y camaradas, el desvío de un diario donde había hecho conocer su nombre, acaso contrariedades íntimas, le movieron a creer que estaba solo, y, siendo un temperamento extremadamente sensible y por organización y por gustos eminentemente sociable, no pudo tolerar su soledad. Así se explica su voluntario fin temprano. Lo había destruido el entusiasmo aliado a las modalidades de un medio que poco a poco se le fue tornando hostil. Fue un gran poeta, un magnífico escritor de prosa y un sincero americano, aunque no siempre americanista.

▪ UN PERSONAJE SIN NOMBRE

PENSANDO EN LA PRIMAVERA de 1915 en Londres que me sería necesario, a causa de la guerra, tornar a vivir en Colombia, hice el propósito de ir a Italia, fija la mente en el contrasentido de haber vivido en Europa y no conocer ese maravilloso receptáculo de una cultura altísima y milenaria. El gobierno de Salandra no había declarado todavía la guerra; la estación era propicia y mis probabilidades de poder prolongar mi estada en Europa eran cada vez más oscuras. Fui a Italia por la vía de Francia y Suiza. En el paso de los Alpes tuve la grata y desconocida sensación de contemplar una tempestad de nieve. Silbaba el viento y la nieve cubría las ventanillas del vagón ferroviario. Era la noche y no se alcanzaba a percibir nada en el horizonte; pero amainó un tanto la furia de la tormenta, con el calor interno del vagón se fundió la nieve de las ventanillas y antes de acostarnos pudimos contemplar la blancura de la nieve sobre los árboles, las rocas, los espacios llanos que a trechos atravesábamos. En esa blancura que cubría todo el paisaje se divisaban de cuando en cuando puntos

negros, álamos en cuyas ramas no había podido posarse la nieve. La luz de la luna coincidía con la alba desolación del paisaje y les comunicaba a los objetos una movilidad impresionante. Cansados de observar el vacío blanco y sin límites, fuimos a recogerlos. No sé cuánto había dormido, cuando un funcionario del ferrocarril nos llamó para que contempláramos el paisaje de Italia. Saliendo del túnel, al cual habíamos penetrado dejando atrás un paisaje desolador de terrible invierno, al entrar a Italia pudimos admirar, en las riberas del lago Maggiore, la primavera con todos sus colores y la luz reflejada en uno de los paisajes lacustres más bellos del mundo.

Pero esta no es una descripción de viajes. Llevo el pequeño intento de poner a la vista del lector, no las alternativas del tiempo y las vicisitudes del paisaje, sino algunos de los curiosos y originales personajes que creo haber conocido: es el hombre una criatura tan huidiza y problemática. Pues en Roma conocí un ejemplar humano digno de observación y memoria. No recuerdo si me dijo su nombre. Para mí los nombres tienen poca importancia. Si me dijo su nombre, lo he olvidado, y esto carece de importancia para los lectores. No se trata de esas imágenes ilusorias a las cuales, según Shakespeare, les da el poeta «una residencia precisa y un nombre». Voy a hablar de un hombre que a mí llegó a parecerme un ente de excepción, pero que probablemente es de encuentro frecuente entre las excentricidades del hombre y de su medio. Cuando me oyó hablar de mis visitas a las galerías de pintura manifestó interesarse en mis incursiones. Revelaba un profundo,

sistemático y documentado conocimiento de la pintura y con especialidad de dos o tres épocas determinadas: los primitivos, el seiscientos, los impresionistas franceses. Le pregunté un día: «¿Pinta usted?». Vaciló un momento, como quien recibe una interrogación indiscreta, y luego contestó secamente: «No». Noté en sus palabras algo como el verse obligado a tratar de un asunto que le era desagradable o adverso. «¿Profesor, sin duda?», insistí como para borrar la mala impresión causada por mi primera pregunta. Ahora respondió sin vacilar, frígidamente: «Tampoco». Intervino un silencio de varios minutos, que habría sido opresivo si entre nosotros hubiera existido otra relación distinta de un conocimiento ocasional. Se apoderó de una revista de arte, demasiado fatigada para ser de publicación reciente, y pasaba las hojas descuidadamente, como si la hubiera recorrido muchas veces, sin encontrar en ella nada de interés.

Estaba de pies: era un hombre alto, de fuerte apariencia, robusto y de formas bien proporcionadas. Tendría un metro y setenta y cinco. La piel blanca, levemente tostada, daba indicios de que últimamente llevaba una vida inquieta de más horas en la calle que bajo techo y más días en el campo que en la ciudad. Miraba a su interlocutor con fijeza inquietante, desde unos ojos casi negros, francamente inquisidores; era ancha y prominente la quijada, cubierta con una barba entera y recortada cuidadosamente para hacer más visible la anchura y prominencia de la mandíbula inferior. Vestía de negro, sin afectación de elegancia. Dejó el número de la revista. En ese momento se retiraron

del salón algunos visitantes sin duda, y el recinto, fuera de nosotros dos, quedó completamente solo. Volvió a reanudar la conversación. «¿Qué época, qué género le llama a usted más la atención?», preguntó como para volver sobre el diálogo. «Todos», expliqué: «No estudio, o mejor dicho, no curioseo las galerías y los museos en busca de épocas ni de asuntos sino de pintores. Busco en cada artista un hombre, en cada cuadro una inteligencia, una alma, una personalidad». Calló otra vez unos instantes y luego dijo: «¿Estudia usted pintura o historia de la pintura?». Al recibir mi contestación negativa, exclamó: «¡Ah!, es una mera curiosidad. Tenga cuidado: Roma es peligrosamente atractiva. Contiene no solamente el registro luminoso de varias culturas, sino la sepultura de muchas tendencias y personalidades». Se detuvo unos instantes y prosiguió: «Me preguntaba usted antes si era yo pintor o si ocupaba mis años como profesor en la historia de estas actividades. Nací en provincias, en una pequeña ciudad del mediodía. En la escuela, en el liceo, el maestro y algunos profesores creyeron descubrir en mis ojos y en mis manos, contemplando algunos bocetos hechos por distraerme, que tenía grandes disposiciones para la pintura, y cuando hube obtenido la láurea de doctor en filosofía y letras, mi padre, hombre rico, siguiendo el consejo de sus amigos, me envió a Roma para estudiar pintura. Que tuviera disposiciones para trazar con arte la línea y para disponer con armonía y con verdad los colores en la reproducción del paisaje o de la figura humana, puede ser cierto; pero desde que estuve en Roma mi pasión era estudiar la pintura, conocer la historia de los

pintores y sus cuadros, indagar minuciosamente el secreto de sus procedimientos, sus relaciones con el color y otras muchas cosas más. Esta ciudad contiene no solamente la historia de varias culturas sino la tumba de innumerables vidas humanas grandiosas, formidables en el mal, magníficas en el bien, profundas en el conocimiento de la vida y del hombre. Esas tumbas son los cuadros, los mármoles, los libros, los palacios, “*e le colonne, e i simulacri e l'erme torri degli avi nostri*”, que cantó Leopardi. Cuando hay capacidad y deseo de comprender el pasado y penetrar en el presente la impresión de Roma sobre los espíritus es de una plenitud, de una intensidad, de un goce intelectual tan profundo que acaba por deprimir al individuo. Sobre mí ese ha sido el efecto de estudiar a Roma. Se dice uno para sus adentros: “Todo está hecho, es temeridad emprender nada cuando todo está hecho con magnificencia y belleza insuperables. En las ciencias se comprende el esfuerzo del hombre: hay mucho todavía que escudriñar para llegar al fondo de los hechos, de los fenómenos físicos. Y en la ciencia se puede corregir a los antiguos. ¿Pero es posible corregir a Miguel Ángel? He gastado veinte años en estudiar a Roma. No he agotado el programa, pero ya la sensación es de inefable goce interior de comprensión y de anonadamiento en el esfuerzo exterior de realización” ».

Hablaba con pasión, como si quisiera disculparse de su inacción. Me atreví a señalar la obra de Modigliani, de Segantini, de los impresionistas franceses. «Modigliani es un esfuerzo, sin duda, y Segantini anduvo muy cerca de la genialidad verdadera, el impresionismo fue una ráfaga de

luz y de ingenio proyectada sobre un medio indiferente u hostil, y esto me conduce justamente a una verdad que no he visto expresada en ninguna historia de arte. Hay momentos de coincidencia perfecta entre la vida y el arte. Ese fue el milagro de Grecia, la portentosa realización del Renacimiento. La vida y el arte se ligaban en aspiraciones, en ideas comunes sobre el objeto de la vida, su belleza y la manera de vivirla. Esas coincidencias se presentan raras veces en la peregrinación de la especie por este planeta, y el momento presente parece un choque brutal entre el arte y la manera de entender la vida. Estamos en una guerra cuyas necesidades le piden el concurso a la ciencia para obras de destrucción y para satisfacer el odio».

En este momento sonaba la hora en que debía escuchar él una conferencia sobre el seiscientos y abandonó el salón del hotel con cierta premura. Era en la víspera del día en que por temor de que se resolviera el «*intervento*» yo debía regresar a Londres. Todos, cónsules, ministros, gerentes de hotel, periodistas me hacían saber que al declarar Italia la guerra a los imperios centrales, todas las vías férreas y sus vehículos serían ocupados por la movilización y no sería posible hallar puesto en los trenes de rumbo a Suiza.

▪ JORGE BRANDES

EN MAYO Y JUNIO DE 1915 RECORRÍ los países escandinavos en una tentativa de salvar para el gobierno de Colombia una respetable suma de dinero que había sido colocada en un banco alemán antes de la guerra para el pago de materiales y útiles de enseñanza que a causa de las dificultades en el transporte creadas por las hostilidades, no se habían podido expedir. Aunque se indicó la manera como podría hacerse el traspaso, en esa época las autoridades colombianas no quisieron aprovecharla.

Al pasar por Copenhague, donde hice grata demora de unas semanas, pensé en visitar a Jorge Brandes, el eminente pensador, estilista y crítico danés con quien había tenido correspondencia desde Bogotá en 1889. Le escribí para pedirle que me recibiera, no sin recordarle que yo era el «español» a quien él se refería en sus memorias, recordando que le había escrito desde Bogotá, a propósito de alguno de sus escritos. En verdad, por los años de 1888 y 1889 estaba yo suscrito a la *Deutsche Rundschau* de Berlín, y en uno de sus números tropecé con un originalísimo

estudio sobre Émile Zola, notable por la novedad del pensamiento y por la desusada libertad y simpatía con que era juzgada la obra del discutido propugnador de la novela naturalista. Nunca había leído nada de Brandes. Ignoraba su nombre y los títulos de sus obras. Le escribí a la dirección de la *Deutsche Rundschau*, con la súplica de que me indicara el título y el editor de sus obras, si había escrito alguna o algunas, y me dijese si escribía en algún diario regularmente para suscribirme a él. Me contestó a vuelta de correo señalando las obras suyas que habían sido traducidas al alemán, unas, según decía, publicadas bajo su dirección y otras pirateadas por libreros alemanes en versión hecha sin el consentimiento del autor original. Decía también que escribía artículos semanales en *Berliner Tageblatt*, y como yo hubiera hecho alusión en mi carta a las cualidades de precisión, sencillez y gracia del estilo en el artículo a que me refería, me previno en su carta que si me interesaban los temas literarios del punto de vista de los méritos del estilo, leyese sus obras en danés, que era su propia lengua. Mi carta le impresionó. Decía en la suya que había sido «*rührt*» («conmovido») por el hecho de que un español le escribiese desde Bogotá acerca de sus trabajos literarios. En el segundo tomo de sus memorias menciona el caso.

A mi solicitud, en Copenhague, contestó una esquila de cita para las dos de la tarde, no sin advertir que la entrevista había de ser corta, porque estaba en esos días muy ocupado. Asistí a la hora precisa. Vivía en un barrio nuevo y en un edificio de nueva construcción, donde ocupaba un departamento lleno de luz y de aire. Trabajaba en un

cuarto espacioso de paredes altas, cubiertas íntegramente con estantes llenos de libros. Una escalera alta y ligera de peso formaba parte del mobiliario. Tenía sobre la mesa algunos ejemplares de su *Goethe* en danés, que acababa de publicar.

Me recibió con afabilidad y sin muestras de importancia. Noté que me escudriñaba. Preguntó por mi país, y al saber que se trataba de Colombia, recordó el incidente de Panamá, que conocía a fondo, y juzgaba poco lisonjero como abuso de poder para la República del norte. Me causó sorpresa su información a este respecto. Era en el rigor de la guerra, y naturalmente hablamos sobre el asunto. Me preguntó si quería que hablásemos en francés, en alemán o en inglés: me advirtió que entendía el español escrito por sus nexos con el francés y por su parentela con el latín, que señoreaba ampliamente, pero que no podía hablarlo. Convinimos en el inglés, que él hablaba fluentemente, con un acento danés fácilmente perceptible. En su familia había ascendientes ingleses. Hablamos de la guerra. Me sorprendieron su imparcialidad y el conocimiento preciso y minucioso que tenía de la historia reciente de los países beligerantes y de los antecedentes de la guerra. Hizo mérito de su deuda cultural con Alemania, antes de hacer la crítica de la actitud provocativa de los alemanes y de su conducta para con Bélgica. Me habló de su admiración por la cultura francesa, de sus estudios acerca de esa literatura y de los grandes amigos que había tenido en ese país antes de la guerra, entre los cuales se contaban conspicuamente Anatole France y Clemenceau. La presencia

de estos tres ciudadanos juntos en las calles de París había dado lugar al calificativo popular de «*les grands civilisés*».

Me habló de la guerra. Se sentía adolorido por el espectáculo de la civilización y por la manera como entendían su deber para con ella los países de cultura más avanzada en ese momento. Me habló de que su franqueza en el análisis de las ambiciones y los odios a que se debía ese eclipse de la razón le habían enajenado la voluntad de amigos y le habían hecho objeto de ataques ruines por parte de muchos órganos de la prensa. En Alemania parecía deber del buen gusto atacarle con acritud, aunque fuera sin razón. En Francia, a cuya literatura y filosofía les debía no sólo abundantes tesoros de ideas, sino intensos momentos de placer y tal vez sus aciertos de forma, había perdido amigos como Clemenceau, que entonces le insultaban para congraciarse con la ciega opinión del populacho. Sus amigos de Inglaterra le negaban. Conocía a Rusia, adonde había sido llamado más de una vez a dar conferencias ante auditorios refinados. Había estudiado a fondo a Pushkin, Lérmontov, Turgenev, Dostoyevsky, Tolstoi y todo el desarrollo intelectual del país. La franqueza de sus opiniones sobre el gobierno ruso y la organización social del país le valieron ultrajes de su prensa, ruines e infundados. Se sentía casi solo, porque en Dinamarca un grueso cuerpo de opinión se manifestaba ciegamente partidario de los aliados, y un sector social mucho menos numeroso se inclinaba con pasión a favor de Alemania. Pero ni los unos ni los otros influyeron sobre su criterio para que él desconociera los errores de parte y parte, los antecedentes verdaderos de la

guerra y sus posibles consecuencias. En algunas previsiones tuvo aciertos proféticos. Yo le escuchaba con atención, pero no sin el deseo de oponer razones a las suyas, pues yo estaba en ese momento dominado por el entusiasmo de la causa aliada. Sin embargo, la reflexión y la historia le han dado razón en muchas de sus opiniones. Los dos libros que escribió sobre la guerra y sus consecuencias (*Verdenskrieg* y *Tragoediens anden Del*), contienen ráfagas de la sabiduría de los siglos.

Hablamos de literatura inglesa y de su obra sobre las *Corrientes literarias de Europa en el siglo XIX*, y volvió a decirme que si me interesaba su obra del punto de vista de la forma debía leerla en danés, lengua que amaba con devoción filial. El habría podido trasladarse a Berlín y ganarse allí la vida escribiendo en alemán, lengua que señoreaba en efecto y por la cual, por sus poetas y filósofos, manifestaban grande admiración, especialmente por Goethe y por Hegel, el último de los cuales influyó poderosamente en su formación y en sus ideas estéticas. Prefirió escribir en una bella lengua hablada solamente por tres millones y medio de seres pensantes. Fue un grande estilista y como conocía muchas fraguas modernas, el latín, el griego y el hebreo, de todas ellas tomó el sentido de la armonía verbal y el secreto de la conformidad de la frase con el pensamiento. En su profundo y luminoso estudio sobre Jens Peter Jacobsen, el Flaubert de Dinamarca, un atormentado de la frase y de la visión directa y completa de las cosas, observa el agudo pensador refiriéndose al lema del gran impresionista y naturalista danés, según el cual «la primera palabra

filtrada para expresar un pensamiento o representar una sensación no es en manera alguna la mejor “que”, la expresión rebuscada queda tan lejos de ser la mejor como la ocasional o espontánea. No hay más, sigue diciendo Brandes, que una expresión que no es la mejor sino la única y esta es la expresión natural y como tal llena su objeto, aunque sea ajena a toda afectación. No es aquella que sirve de alambicada representación a un sentimiento retorcido y mórbido, ni tampoco la que sirve de expresión recargada a un estado laberíntico del ánimo».

Brandes tenía en esa fecha setenta y cuatro años cumplidos. Era un hombre de estatura más que mediana, blanco, de ojos azules y pelo negro parcialmente caído sobre la frente. Conservaba todavía el vigor de expresión y la movilidad de los primeros años de la madurez. Daba la impresión de la salud y de una vida de combate. En efecto, sus ideas y la libertad con que solía expresarlas hicieron muy escarpada la vía del éxito en sus primeros años de lucha. Había estudiado para ocupar puesto en el profesorado, pero la universidad dominada, al empezar él su carrera, por el fanatismo protestante le cerró el acceso a sus cátedras, cuando él aspiró a ocupar una de ellas. En su juventud, a juzgar por las fotografías que de esa edad acompañan algunas de sus obras, ha debido ser de apariencia grata a la vista. Su movilidad no había disminuido con los años. Habiéndole pedido que me diera la dirección de un hispanista danés, empleado de la biblioteca de Copenhague, se levantó de su puesto, se apoderó de la escalera, la puso en el lugar conveniente y subió a tomar un

libro en la parte más alta de los estantes, para traer aquel en que pensaba hallar las señas del doctor Gigas.

Me había dicho en su esquila de cita que nuestra entrevista sería muy corta, a causa de sus ocupaciones. Hacía más de dos horas que conversábamos y ni él ni yo nos dimos cuenta de la rapidez con que había pasado el tiempo. Al despedirme me acompañó hasta la escalera, y en el trayecto de su cuarto, a la salida, todavía conversábamos sobre temas de literatura.

Sus obras principales, que he leído con gran provecho son, a más de las *Corrientes*, ya citadas: *Hombres y obras*, *Espíritus modernos*, *Guillermo Shakespeare*, *Goethe*, *Autobiografía (Levned)*. Después de la fecha en que tuve el agrado de visitarle, publicó *Voltaire*, *Miguel Ángel*, *Julio César*, *Personalidades danesas*. Sus obras completas, que llenan dieciocho tomos, han aparecido ya en segunda edición. Todas o casi todas están traducidas al alemán; muchas de ellas al inglés; las *Corrientes* aparecieron en traducción española en 1947.

▪ JOSÉ MARCHENA COLOMBO

EN EL VERANO DE 1923, POR invitación del caballero andaluz don José Marchena Colombo, estuve en Huelva, mientras se celebraban las fiestas conmemorativas del día 3 de agosto de 1492, en que el descubridor de América se dio a la mar desde ese puerto. El alma de esas fiestas era don José, director nato de la Sociedad Colombina de aquel lugar. El señor Marchena Colombo, por sus dos apellidos, parecía predestinado a mantener vivo el recuerdo de esos dos inmortales y de tan gloriosa fecha. Tuvo la gentileza de explicarme que la expedición descubridora de don Cristóbal no partió de Palos de Moguer, como dicen algunos textos pedagógicos de historia, sino de Huelva, donde por esto se ha decidido hacer allí los festejos de recordación. En efecto, la flota se equipó en Huelva, y cuando salió de este puerto estaba completamente provista y preparada para la mayor empresa naval vista en muchos siglos. Después de navegar unas horas hizo escala en Palos de Moguer, sin duda para ofrecerle al almirante la ocasión de pasar en La Rábida, con amigos y conocidos, una buena noche antes

de confiar su persona a la temeridad de una extraña aventura y a la veleidad e inconstancia del líquido elemento.

Don José contaría entonces unos sesenta y cinco años. Era de estatura mediana, ciento setenta y uno o setenta y dos centímetros. Moreno, de tez surcada prematuramente por el paso de los días, ancho de hombros, robusto, de ojos pequeños, profundamente negros y vivaces, daba la impresión de la salud y de la plenitud del vivir. Tenía fácil la risa, y su presencia inspiraba confianza en el empeño, cualquiera que fuese, inspirado por su clara mente. Colón, hombre observador, le habría tomado como buen compañero en la aventura de las Indias para mantener el buen humor y la moral de los expedicionarios. «Marchena Colombo», repetí cuando me lo presentaron: «usted estaba predestinado por el gestor de los destinos humanos para ser el director de la Colombina y, además, es un argumento viviente de que hacen o harán uso muy apropiado los que sostienen de buena fe que el apellido del almirante era español desde entonces».

Don José preparaba celebraciones de diverso género, en que no faltaban la sesión solemne de la sociedad, diversiones populares y paseo a La Rábida para conmemorar la demora de las naves frente al convento. En un anacrónico, hermoso y cómodo automóvil nos movimos hacia La Rábida, seguidos de otros vehículos con gentes de fiesta.

La Rábida es apenas en parte el edificio ligado por la historia a la fama del Descubridor. Marchena Colombo me señaló minuciosamente lo poco evidente que va quedando de los antiguos muros del convento. Tiene este un

corredor o terraza de donde se divisan una vasta extensión del mar y dilatadas llanuras de la comarca. En esa época del año, en el rigor de un verano dos veces tórrido por la estación canicular y por la propicia latitud geográfica, las tierras que se divisan desde La Rábida son de blanco aspecto y enteramente limpias de vegetación. Pero el paisaje era por lo mismo muy interesante. Yo recorría con la mirada toda la amplitud del ardido paisaje y la intensidad de mi observación era, sin duda, excepcional, porque el señor Marchena me preguntó si trataba de divisar en la llanura o en el horizonte algún punto de mira. «No», le respondí, «busco los lagos que hay o ha debido haber en la comarca o los lechos o cuencos secos». «Aquí no hay», explicó, «ni ha habido, de memoria de hombres, lagos ningunos». Penando que sería cosa de la dominación romana, me contenté con decirle: «Sin duda desaparecieron hace muchos siglos». Intrigado por mi curiosidad, uno de los caballeros de la excursión quiso enterarse, y preguntó: «¿De dónde nace su presunción de que por estas vecindades haya habido lagos en algún tiempo?». «Lagos», repliqué, «probablemente no, pero lagunas acaso, porque la aldea o ciudad de estos contornos es Palos de Moguer, y Palos, seguramente la palabra latina *palus*, quiere decir 'laguna'. De *palus* viene 'palude', 'paludismo', 'palúdico', 'palustre', en el sentido de 'perteneciente a las lagunas o propio de ellas', 'paúl' y 'paular'». Se suspendió el incidente sobre los lagos o lagunas del vecindario. Noté, sin embargo, cómo la dilucidación sobre el origen de la palabra «palos» no había causado buena impresión.

Satisfecha la curiosidad inspirada por el paisaje, tomamos la vuelta hacia Huelva. No bajaba la temperatura y no se podían abrir las ventanillas del auto, porque la sequedad del aire y de los caminos hacía mover nubes de polvo en un camino reseco y calizo. Llegamos a la ciudad contentos de haber conocido La Rábida y de no tener, por entonces, que visitar las vecindades de Palos de Moguer.

Al entrar al hotel, cuando se hubieron despedido y marchado los compañeros de excursión, el señor Marchena me dijo en voz baja: «Tengo que pedirle un favor». «Encantado», repuse. «Quiero suplicarle que en mi presencia no suscite usted el tema de orígenes latinos», infirmó suavemente mi huésped. «Basta que usted lo diga», prometí, no sin añadir, para tranquilidad de mi espíritu: «¿Podría saberse la razón?». «Es que», añadió don José, «yo soy el catedrático de latín en el liceo de Huelva».

▪ FERNANDO ORTIZ ECHAGÜE

LA CIENCIA DE LA ADMINISTRACIÓN y los deberes de los gobiernos en cuanto a garantizar la seguridad y las propiedades morales y materiales de los administradores, se han ensanchado de tal manera que hoy las autoridades de todo género intervienen en la vida de los individuos en todos o casi todos los aspectos de sus actividades, y esta intervención se manifiesta muy especialmente en el ejercicio de las profesiones. Hace noventa años, tal vez hasta hace setenta, llegaba un extranjero a Colombia en busca de trabajo, y al cabo de algunos meses ya estaba dirigiendo la construcción de puentes y raizadas, con el consentimiento de los gobiernos y sin ya que no era necesario entonces solicitarlo ni procurárselo. Cualquier yerbatero ejercía la profesión de médico a vista y paciencia de facultativos con título nacional o extranjero debidamente compulsado. Había tinterillos y picapleitos tan solicitados como los juriscultos de título obtenido debidamente al fin de minuciosos estudios en prolongadas vigiliäs.

Las cosas han variado un tanto en medio siglo: las sociedades para defenderse de curanderos y picapleitos han procurado la expedición de leyes encaminadas a hacer necesaria la posesión de títulos para ejercer las profesiones de médico o de abogado. En fechas más recientes también los ingenieros gozan de esta prerrogativa. Pero la prensa, de cuya sagacidad o incompetencia, honradez o improbi- dad pueden aprovecharse o sufrir gravemente los gobier- nos y la fama de los ciudadanos, suele caer en manos lo mismo de un ignorante sin escrúpulos que de un refinado cultor de la moral y de la inteligencia propia y ajena. El mal uso de la prensa trastorna eventualmente la vida civil de un país, perturba a menudo la vida privada de ciudadanos, de familias enteras y, sin embargo, nadie ha pensado hasta ahora en exigir garantías o poner condiciones a los indivi- duos del ejercicio de cuyas actividades puede depender la tranquilidad pública o la buena reputación de hombres, de familias enteras. Se exige en tales y cuales países una can- tidad de dinero, como depósito de garantía, destinado a pagar las multas en que, conforme a las leyes, llegue a incur- rir el periodista o propietario de órganos de publicidad.

De esta manera suelen llegar a ejercer el ministerio de la prensa gentes sin preparación alguna, o elementos peligrosos en cualquier género de funciones sociales. Pero a un mismo tiempo surgen por ventura excelentes profe- sionales de la noble función de ilustrar al público y dirigir la opinión, sin haber gozado de los beneficios de una ins- trucción acomodada a las peripecias y responsabilidades de tan espinosa como honorífica función social.

Voy a hablar de un hábil e inteligentísimo periodista español cuyas actividades y grandes triunfos tuvieron a América por escenario. Aunque residía por largas temporadas en Europa, su obra aparecía regularmente en diarios de la América hispana. Era de una actividad irrefrenable y de una potencialidad ubicua. Se movía con la facilidad de las aves. Ayer estaba en Londres, al día siguiente en Viena, hablaba al tercer día con Mussolini en Roma y cinco o seis noches después se hallaba estudiando algún problema interamericano en New York o en México. Poseía y cultivaba celosamente un admirable y nativo don de gentes para aplicarlo a las contingencias de su profesión.

Carecía en absoluto de pretensiones. Reconocía con candor su ignorancia en muchos asuntos. Su educación adoleció de numerosas fallas, a causa de una lesión cerebral traída al mundo en su nacimiento. Cuando el niño debió comenzar a hacer uso de la palabra y del raciocinio elemental, según me lo refirió su madre —mujer de clara estirpe, inteligente, discreta, que, a juzgar por su parecer a los setenta años, ha debido ser hermosísima en su juventud—, dio señales de retraso mental, más claras al pasar de los años. A los ocho el niño no daba esperanzas cuanto a la inteligencia, y a esa edad le asaltó una meningitis de tipo amenazador. Llamado el facultativo, fue de opinión que se le hicieran aplicaciones ningunas, pues, de no morir, el niño sería un espectáculo triste en su casa y un ser destinado al sufrimiento para sí y para las personas de su alrededor. La madre insistió en que el médico hiciese todo esfuerzo por curar al chico, y mediante los cuidados de una y otro

se salvó la criatura, que empezó a dar señales de viva inteligencia y rápida comprensión desde que hubo desaparecido la grave enfermedad. «De modo», dijo la digna matrona, «que me debe dos veces la vida, y a la meningitis su clara y encantadora inteligencia».

El niño creció rodeado de cuidados minuciosos y de vivo afecto. No se le obligó a ir a la escuela. Su educación fue obra de profesores y maestras en la casa paterna. Cuando tenía dieciocho años, su padre lo envió a una ciudad francesa de la frontera —la familia vivía en San Sebastián—, a que aprendiese el francés, lengua que señoreó rápidamente. Su natural simpatía, según me refirió él mismo, fue causa de que la hija viuda y ocasionalmente la soltera del dueño de casa, a más de los del idioma francés, le iniciaran en otros secretos que parece no hubo de olvidar en su corta y accidentada existencia. La intensidad del afecto con que lo atendieron en la casa de la ciudad fronteriza le obligó a abandonarla y, conocedor ya del francés, fue a Glasgow con el propósito de hacer suya completamente la lengua de los ingleses. No tardó en lograrlo. Tenía una feliz disposición para el aprendizaje de los idiomas, y la naturaleza le había favorecido con el don de la palabra. Se expresaba con fluidez, no exenta de gracia personal, en su propia y las dos lenguas que había aprendido. El conocimiento de tres lenguas vastamente extendidas en el planeta le ofrecía a Fernando Ortiz Echagüe, nuestro aspirante a periodista, con su natural talento en otras direcciones, dilatado campo fuera de Europa en la conquista de una carrera comercial o de otra naturaleza. Así

equipado por el destino y por su propio esfuerzo, resolvió emigrar a América, para los españoles de 1910 el más apropiado escenario en la lucha por el éxito. En Buenos Aires no halló tan fácil como lo había imaginado el camino de la fortuna. Tuvo que conformarse en un principio con un puesto, de tercero o cuarto orden, como funcionario público en un ministerio. Se hizo conocer allí de gente bien plantada en la sociedad, y a poco estaba de repórter en *La Nación*, diario donde pululan españoles, al cual se vinculó más tarde estrechamente y no abandonó sino para tomar de compañera a la muerte.

Hizo rápidamente carrera, si no literaria, a lo menos periodística, y llegó a ser en aquel diario una especie de rueda estructural indispensable. Cumplía con placer no disimulado su interesante papel de corresponsal en París y en Londres y en Madrid. Fijó desde 1917 su residencia en la primera de estas ciudades, con cuya latinidad coincidían sus predilecciones, en cuya cultura se sentía iniciado y de cuya frivolidad sabía gustar a sorbos de ordinario, a veces copiosamente. Aprendió a escribir en un estilo de periódico fácil, sin refinamientos, acomodado a las realidades inmediatas, sin preocuparse de las ideas que él llamaba «malabarismos». La gente para la cual se hacía aquel diario apreciaba sin apasionarse las crónicas del nuevo corresponsal. Uno de sus primeros triunfos fue la descripción de la entrega de la flota alemana y su hundimiento en Scapa Flow, en julio de 1919. El tema, el lugar, la ocasión se prestaban admirablemente para una ejecución periodística con toques de literatura, y el nuevo corresponsal supo

sacar de estas circunstancias todo el partido que le ofrecían a su inteligencia y a su conocimiento del medio donde iban a ser leídas sus vivas impresiones. Fue tan intensa y tan favorable la impresión causada en Buenos Aires por esta muestra inicial de sus talentos de escritor efectista, que algunos de sus rivales del oficio en el medio corrosivo que era el periodismo porteño de aquellos días, se ponían el cúbito a la boca, en una expresión de duda, sobre quién habría escrito tan sobria, tan bella y tan realista nota de corresponsal.

La mayor de sus cualidades como corresponsal de diarios era su neutralidad, su fina mirada intelectual que le permitía colocarse en el punto de vista más apropiado para juzgar de una situación y describirla. No era imparcial. Se apasionaba por hombres, por estados de alma ajenos, por momentos trágicos o confusos en la corriente de los hechos, sin darle mucha importancia a su significado moral. Era, a pesar de su indiferencia por las actitudes del filósofo, un positivista y un partidario de la doctrina de la evolución. Miraba, medía, y muy frecuentemente se abstenía de juzgar. En 1917 tuvo sus dificultades para penetrar en Francia como periodista, porque las autoridades francesas le consideraron demasiado neutral para ser español. En tiempo de guerra los beligerantes no se acomodan al principio de Schopenhauer, según el cual el mundo es nuestra representación. Para cada uno de ellos el mundo es la representación de los otros y, por lo tanto, hay que destruirlo. Para Ortiz Echagüe el mundo era una representación que importaba mostrarles a los demás. El vivió

para que los demás supieran de qué manera pensaba él que los demás debían representarse el universo. Y cumplió su misión aunque los demás no asintieran al concepto que él se había formado sobre la manera como ellos debían representarse este pícaro mundo. Creo que él no le juzgaba tan pícaro. Se creía mucho más listo que el mundo, y tenía razón, porque fue muy superior al término medio.

Se dice que los llanos inmensos, escuetos, luminosos, feraces, pululantes de fieras y de aves y escasamente poblados de hombres y de árboles se apoderan del visitante blanco, provocan una adhesión física no exenta de matices espirituales, se lo absorben y lentamente lo destruyen. Se han intentado muchas explicaciones de este fenómeno; para mí la más cercana a la realidad es que siendo el hombre moderno un ente de formación tradicional, un conglomerado de recuerdos, un representante del pasado, de quien dijo Hofmannthal que abre la boca y hablan por ella los innumerables muertos, al ponerse en contacto con un mundo en el cual el recuerdo y la tradición no existen, sufre una desvinculación y experimenta un principio de deterioro que prolongado por un tiempo lo destruye moralmente primero y espiritualmente a la postre.

Las grandes ciudades europeas ensanchan el horizonte moral del extranjero que en su patria se ha ligado por el estudio, por la simpatía, por sus lazos de familia a la tradición representada por aquellas ciudades. Viviendo en su seno, identificado con esa vida y ese ambiente por el trabajo principalmente o por el estudio, el extranjero es acogido por aquel ambiente y en él crece y se perfecciona.

Los que allí llegan sin llevar en sí esa clase de vínculos, no logran contacto con el nuevo ambiente cultural, viven tangencialmente colocados en la curva de un nuevo mundo y si la permanencia se prolonga, pierden el contacto con su antiguo modo de sentir, se desvinculan de sus tradiciones y mueren espiritualmente. Ya no hablan por su boca los innumerables muertos.

Ortiz Echagüe se adaptó rápidamente, y no sin complacencia, a la vida superficial, escénica, bullanguera y erótica de París. Estudió y comprendió muy bien la política de Francia, porque eso pertenecía a sus funciones; pero la política no le interesaba, ni la española, ni la de su segunda patria, la Argentina. Pero de la profunda vida espiritual de París apenas si hay vislumbre en sus escritos. La neutralidad, esa neutralidad de que ya se ha hablado, en vez de ser, como se ha creído, una garantía de acierto en sus labores de informante, a veces desviaba su clara visión objetiva. En 1938 nos leyó en un teatro de Lima una conferencia destinada a hacer el elogio de Chamberlain —Nevil— y la apoteosis de la paz, que él había afianzado para Europa sometándose a Hitler.

La Segunda Guerra Mundial le encontró desorientado, tal vez un tanto escéptico. Vióse obligado, por la actitud y opiniones del diario para el cual escribía, a abandonar a París, en 1940. Vino a New York, no ya como periodista exclusivo e indivisible, sino en calidad de locutor adventicio en una estación de radio. Al terminar la guerra volvió a París medio desencantado. Sufrió siempre de insomnios. Esta mórbida tendencia al desvelo aflige con caracteres

alarmantes a los hombres y mujeres de inteligencia directa y predisposición a mirar la vida dentro del ángulo de las cosas positivas e inmediatas. Nuestro periodista, uno de los mejores de su tiempo y de estirpe española, sufría doblemente con el insomnio, porque le hacía imposible el reposo a un organismo en perpetua actividad en el día y parte de la noche, y porque le obligaba a pensar en las cosas desagradables que a menudo le imponía el oficio. Acaso pensaba que esta incapacidad de descansar tenía relaciones orgánicas o patológicas con su dolencia de los primeros años. En una noche de insomnio, desesperado e inferior al sufrimiento, saltó de su lecho, buscó el balcón de un sexto piso y desde allí se arrojó al patio del local en que se alojaba. Es el último de una serie de suicidas, colaboradores o empleados del diario de sus afectos y múltiples actividades, entre los cuales figuran Horacio Quiroga, Alfonsina Storni, Leopoldo Lugones, Enrique Loncán, Méndez Calzada, en un corto espacio de tiempo. Decía José Asunción Silva que el suicidio es una enfermedad como el tifus, contagiosa y todo.

▪ ANTONIO JOSÉ RESTREPO

POCOS SON LOS COLOMBIANOS que entre 1880 y 1933 no hubieran oído hablar de Antonio José Restrepo, cuya variada y curiosa cuanto dilatada inteligencia asombró de joven a los estudiantes, a los mineros con quienes hizo vida común en Antioquia, a los altos políticos de Bogotá y a sus colegas en los cuerpos legislativos. Fue poeta de aspiración múltiple y firmemente personal. No perteneció a escuela ninguna, conociéndolas a todas. Tocó todos los lemas. Divulgó en estrofas ardientes sus pasiones juveniles; hizo patente su piedad filial en tiernas estrofas dedicadas a su madre; mostró en apólogos inmortales su concepto sobre la maldad e ineptitud de los hombres, hizo sátiras literarias de tan honda y mordiente verdad subjetiva, que todavía andan en boca de la posteridad, que se cree superior a las luchas de aquel tiempo. En prosa su personalidad quedó grabada intensamente, pero en ella se nota lo que es imperceptible en sus versos, influencias de sus vastas lecturas o de sus libros favoritos: Rabelais, Cervantes asoman en varias actitudes, ora en su manera de ver el mundo, ora

en la ondulación de la frase, ora en la variedad a veces altisonante de su vocabulario.

Se le ha estudiado y atacado como político, en sus varias fases de periodista, legislador y diplomático a su manera. Hay notas apreciables sobre el poeta, como el prólogo a sus poesías de Juan de Dios Uribe. No conozco estudio detenido acerca de sus admirables cualidades como hombre de conversación. Es cosa rara que en él se unieran las dotes excelsas de tribuno y orador parlamentario razonador y a un mismo tiempo poético e imaginoso, con las del *causeur* discreto, insinuante, fascinador sin extravagancia y espiritual sin que se notara en él la búsqueda de oportuna alusión o cita relumbrante. Porque hay una diferencia palmaria entre el *causeur* y el hombre de tendencias a lo oratorio. El *causeur* no solamente ameniza las reuniones de que forma parte con sus observaciones, agudezas y alusiones momentáneas, sino que obra como un agente químico sobre sus oyentes y anima y vitaliza la conversación, provocando observaciones de cada oyente y recibiendo con discreción y gracia lo mismo el aplauso que la contradicción razonada y deferente. El orador habla principalmente para sí. Algunos no solamente se escuchan a sí mismos, sino que dejan reconocer en sus gestos el placer de la propia admiración. El orador quiere convencer o enseñar, el *causeur* da la impresión de estar buscando información entre sus oyentes. De la plática con el *causeur* sacan sus interlocutores la impresión de que ellos también han sido felices en su pensamiento y expresión. El orador grandilocuente deja la impresión del oleaje y de

la impetuosidad. Magnífico, dicen los oyentes, mas preguntados sobre el contenido apenas son capaces de tomar tal cual idea, no pueden reconstruir la fastuosa estructura, porque les falta el material superfluo, el relleno.

Conviene aquí dar un ejemplo sobre la diferencia entre el *causeur* y el orador. En 1923 vino a Madrid Por última vez el famoso novelista Blasco Ibáñez; un noble obsequioso, grande amigo suyo, dio un banquete en su honor e invitó diplomáticos, ministros de Estado, académicos y periodistas. Estaba allí el presidente del Consejo, marqués de Alhucemas, al lado del director de la Academia de Historia y el secretario de Estado al frente de otro miembro del gabinete. Blasco Ibáñez, «muy vestido», en medio de gente correcta pero sencillamente trajeada. Se diría que el gran novelista se había ataviado especialmente para la ocasión. El anfitrión, afinado hombre de letras, tuvo sin duda el ánimo de lucir las habilidades del obsequiado especial, porque le interrogó desde el comienzo sobre sus ideas en punto a los diversos aspectos de las doctrinas colectivistas. Blasco empezó por decir que él no era comunista y que sus opiniones con respecto a las reivindicaciones sociales no se apartaban mucho del genuino liberalismo. Tomó pie de esta circunstancia para mostrar hasta dónde fue y hasta dónde no fue socialista la revolución francesa, y al nombrar a Babeuf hizo una semblanza muy atinada y completa de este primer mártir de las ideas comunistas. Cuando terminó su erudita y amena exposición, también había terminado el banquete. Al despedirse Blasco Ibáñez, los invitados restantes comentaban sus habilidades

de *causeur*, y uno de ellos dijo: «como *causeur* no se nos ha mostrado en esta ocasión, sino como un grande orador del género parlamentario. Habló tan bien que no les dio ocasión a los presentes de decir una palabra. El *causeur* anima la conversación y concita las observaciones. Otro de los invitados recordó muy oportunamente la frase del cáustico Sydney Smith, con referencia a la intemperancia verbal de Macaulay el historiador y crítico literario, que fue además una de las grandes elocuencias parlamentarias de su tiempo. Alguien le preguntó una vez a Smith si conocía a Macaulay. «Es mi amigo íntimo, contestó el terrible y brillante humorista. Jamás le he dirigido la palabra».

Acerca de la fascinación ejercida por Antonio José sobre sus interlocutores, cabe aquí recordar tres momentos de su vida. Antes de estar completa la vía férrea entre Girardot y la capital, los que viajaban a caballo o en mula desde Apulo hacían noche en un encumbrado lugar de la cordillera llamado Curubital, adonde llegaban fatigados y ansiosos de pasar una noche apacible en el frescor de las cumbres andinas. La posada era modesta. La comida escasa y primitiva, y se corría el peligro de quedarse sin cabalgadura porque tenía curso por entonces un decir acerca de que una yerba parecida al poleo, a cuya aparente capacidad nutritiva apelaban las mulas en ausencia de otros piensos, les hacía perder la vida porque la yerba era venenosa. A esa posada concurren por casualidad una noche Antonio José Restrepo, José María Núñez Uricochea y otros caballeros en busca de refrigerio. Era Núñez Uricochea un hombre de negocios, experto en finanzas, amigo de los números, y

tangencialmente aficionado al periodismo y a las letras. Hombre serio, de un austero parecer que imponía respeto. Quien le mirara sin conocerlo supondría que se trataba de un enemigo cerrado de la alegría y de los momentos de expansión y regocijo. Núñez sabía de la existencia y candad intelectual de Restrepo, pero nunca se había reunido con él a manteles. Se reconocieron no sin hacer mención del agrado con que se alojaban esa noche bajo un mismo techo. A la mesa temprana, pues todos los viajeros pensaban madrugar al día siguiente, se sentaron cinco o seis personas. Frugal fue la comida que rociaron copiosamente con licores extranjeros, de los cuales había copia en la venta. A la tercera copa —Restrepo era insuperable camarada cuando había pasado de la cuarta—, antes de empezar la empresa de la verdadera nutrición, ya todos eran conocidos, y aunque Núñez y Restrepo, que hallaron desde las primeras confidencias amplios contactos intelectuales en materia política y literaria, guiaban la conversación, los restantes se mezclaban en ella ufanos de la ocasión. Era virtud muy aplaudida del buen trato de Restrepo el acomodar galanamente su conversación a toda clase de inteligencias y conocimientos, no por turno sino conjuntamente. Sabía explayarse en materias filosóficas de manera tan amplia y transparente que le escuchaban con igual atención los iniciados que los novicios y los ausentes de toda preparación en la materia. «Es una caja de música», decían estos últimos para desesperación de Restrepo. De esta sesión contaba Núñez: «Nos sentamos a la mesa cuando ya el sol se había puesto y teñía de matices violeta las cumbres del oriente que pensábamos

ganar al día siguiente por la mañana. La noche era tibia y el silencio señoreaba los espacios y convidaba al reposo. La conversación se hizo general antes de terminar la comida. Pasado el café, en compañía de licores insinuantes como filtros, nos levantamos de la mesa y fuimos a sentarnos en muebles incómodos en la taberna. Restrepo llevaba la palabra, pero nos hacía hablar a todos. Comentaba el último suceso político, contaba historias de su niñez, refería algún chiste punzante, recorría con grande encanto la vida de algún personaje oscuro pero interesante, disertaba sobre literatura, filosofía, historia, recitaba de memoria largos periodos de discursos oídos o leídos, de grandes oradores colombianos, invocando la buena voluntad de los concurrentes para que «dijeran la suya». Era una fascinación verdadera. Hasta esa noche yo no había sabido el poder de sortilegio y la intensidad del placer que puede manar de la palabra humana. El tiempo pasaba sin dejarse computar o sentir. Solamente sabíamos por la posición de las estrellas, que vertían su lumbre líquida en un cielo inmenso, lleno de confidencias y augurios. Cuando el peso del licor agravó nuestros párpados y pensábamos en ir a recogerlos para madrugar, los arrieros entraron a decirnos que las cabalgaduras estaban listas. Eran las cinco de la mañana. Aquel hombre hacía desleírse en la palabra las nociones del tiempo y del espacio».

Viajaba, el que esto escribe, una vez con Ortiz Echagüe. Atravesaba el tren por las llanuras levemente onduladas del sudoeste de Inglaterra, y al través de las ventanas del compartimiento en que cada uno leía su libro solíamos descansar

la mirada harta de signos alfabéticos sobre el encanto de la campiña inglesa. «¿Conoce usted, me dijo Ortiz, de repente y fuera de toda relación con mi estado de ánimo, a Antonio José Restrepo? Él me dijo que era de su mismo terruño». «¡Vaya si le conozco!». «¿Dónde está al presente?». «Lo ignoro», le dije. «¿Usted dónde le ha conocido?». Hubo un silencio como quien recuerda de algún hecho fenomenal e incierto. «Le conocí en Ginebra cuando la reunión de una de esas instituciones creadas por la Sociedad de Naciones. Yo estaba allí como periodista. Me lo presentaron una noche. El ambiente era jovial y propicio a la expansión, al compañerismo y al convite. Fuimos al mejor hotel de Ginebra. Éramos ocho extranjeros. Escogimos el francés, lengua común entre españoles, americanos, ingleses y suecos. Empezamos hablando todos. Pronto hizo Restrepo de guía. Hablaba un francés pintoresco, rigurosamente gramatical. Le escuchábamos con ansiedad unas veces, reíamos otras a carcajadas, luego le interrogábamos sobre la vida en su tierra. Aquel hombre era un monstruo de buen humor, de recuerdos saudosos, de anécdotas intencionadas, trascendentales o picantes. Escucharlo era un placer raro, raro por la originalidad, raro por la calidad de inteligencia que asomaba en sus palabras. No he conocido en mi vida nada semejante. Cuando clareaba el día nos separamos pensando: ¿Por qué nos hemos Quedado conversando hasta el amanecer? ¿Por qué nos hemos dispersado tan pronto?». ».

Una de las grietas en la formación espiritual de Restrepo era la temeridad, lo que los franceses llaman *toupet* en lenguaje de confianza, y esta frescura en muchas ocasiones

era el secreto de sus triunfos. Aseguraba con impavidez cosas no vistas que se imaginaba haber presenciado. Asistía en Barcelona, como delegado de Colombia, a una conferencia de comunicaciones. Buscó la ocasión en uno de sus discursos de hablar sobre los ríos internacionales con ánimo de aguijonear al representante de uno de nuestros vecinos con el que teníamos por el momento cuentas pendientes sobre límites. Hablaba en francés y refiriéndose a los ríos dijo «*Parce que, come Rabelais l'a dit, les fleuves sont des chemins qui marchent*». Hanotaux, delegado de Francia, el grande historiador y político, observó: «*Pardon, M. Restrepo, ce n'est pas Rabelais qui a dit cela, c'est Pascal*». «¡Ah!, dijo entonces Restrepo, en francés muy cuidadoso gramaticalmente. Se ve, M. Hanotaux, que usted no frecuenta mucho a Rabelais. Su obra es un universo, allí se encuentra todo». Hubo segundos de ansiedad en la conferencia. Hanotaux no replicó; era muy posible, verdaderamente, que en Rabelais se encontrara ese pensamiento. No insistió en su corrección y los delegados atónitos creyeron que Restrepo había vencido en un asunto de erudición a uno de los más visibles escritores franceses del momento. La frase es de Pascal.

Por los años de 1913 o 1914 andaba Restrepo en desempeño de alguna comisión por las encrucijadas de Londres. Encontró allí un inglés amigo suyo, con quien había tenido relaciones en Colombia, negociando en minas. «Señor Restrepo, le dijo en inglés, debo felicitarlo. Usted es antioqueño. En estos días me ha tocado tratar a varios antioqueños en la ciudad, Vélez, Eastman, S. Restrepo,

Núñez. Me ha sorprendido en todos la claridad de juicio, sin decir nada de los presentes». «Es, mi buen amigo, explicó Restrepo, que en Antioquia hay una aduana especial para no dejar salir a los tontos. Yo me escapé de contrabando. Es más: Núñez no es antioqueño. Le bastó casarse con antioqueña».

▪ DARÍO NICODEMI

CONOCÍ A DARÍO NICODEMI, caballero italiano, en Buenos Aires, donde escribió algunas de sus mejores obras dramáticas y donde explotaba con gusto y no sin éxito el arte de Talía, con leves cumplimientos a Melpómene. Según lo refería él mismo, en un italiano encantador, a telón caído, como tuve la fortuna de oírlo en Buenos Aires y en São Paulo, en cuanto hubo terminado sus estudios liceales, lo que aquí llamamos bachillerato, pensó en emigrar a América. Esto sería en la postrera década del ochocientos, cuando la emigración a la Argentina vino a ser una especie de pasión juvenil en Europa. Un americano de los Estados Unidos del norte había dicho: «América para los americanos»; un presidente argentino había ampliado el sentido de la frase diciendo: «América para la humanidad», y un señorito francés llegado en calidad de inmigrante a buscarse un empleo en los comercios de Buenos Aires o en las oficinas del gobierno, notificado de que los inmigrantes debían ir al campo a trabajos agrícolas, dijo, mejorando a los dos estadistas: «América para los americanos y el campo para

los animales». Ahora América es para los turistas, o para los que caen dentro de una cuota y las cuotas se cumplen con tanto rigor que si un niño nace a bordo en la travesía del Atlántico o del Pacífico, queda fuera de la cuota y no puede poner su cuerpo en tierra.

Pero hablábamos de Nicodemi. Por haber nacido en el suspirado siglo XIX a él no le pusieron dificultades para cambiar de horizontes. Llegó a ofrecer sus servicios como joven bien educado. Había muchos de estos, tan bien o tan mal preparados como él, para tales oficios, y empezaba ya a desesperar, cuando un día, presentándose con una carta de recomendación a Carlos Pellegrini, ex presidente de la República y en ese momento director del Jockey Club, le preguntó el gran político argentino: «¿Qué sabe usted?». «Francés, inglés, italiano, español, tengo certificado de estudios de un liceo italiano», contestó Nicodemi. «¿Le gustan los libros?», inquirió el director. «La lectura, completó Nicodemi, es mi favorito entretenimiento». «Usted es mi hombre», explicó Pellegrini y terminó la conversación con las palabras de una vieja tradición: «vuelva usted mañana».

Nicodemi fue nombrado oficial bibliotecario del Jockey Club, con el encargo de hacer el índice de la copiosa biblioteca de esa institución. Creyó el favorecido haber logrado el colmo de sus aspiraciones y entró inmediatamente a llenar las funciones para que había sido escogido. Descubrió pronto que hacer un índice de biblioteca que pasa de cien mil volúmenes, no es tarea de un solo individuo, y meditando un tanto y conversando con gentes

informadas, llegó a convencerse de que la formación de índices era el contenido de una ciencia cuyos secretos le eran absolutamente desconocidos. Por lo cual, para evitar una destitución inmediata, ni pidió colaboradores, ni reconoció su cándida ignorancia. Pero él había dicho que la lectura era su pasatiempo favorito y allí tenía todos los elementos de uso para entregarse a esta diversión: una sala propia y cómodamente iluminada; sillas poltronas que convidaban al descanso y libros en cantidad que aumentaba cada día con obsequios, compras en proporción lisonjera. Nicodemi se dio a leer sin más descanso que el ofrecido por las horas destinadas al almuerzo, a tomar el té, a comer y a dormir, funciones todas que para mayor expedición en su oficio cumplía escrupulosamente dentro del mismo edificio. De cuando en cuando pasaba Pellegrini por el cuarto del italiano encargado de hacer el índice, y preguntaba: «¿Cómo va eso?». Un tanto cohibido, Nicodemi contestaba: «Adelantando, adelantando, adelantando». Pellegrini veía que este hombre no hacía sino leer y suponía benévolamente que para hacer el índice de una biblioteca es preciso para el encargado saber lo que cada libro contiene. Pero alguna vez le ocurrió que si este preliminar era indispensable, el índice de cien mil volúmenes iba a ocupar, contando los que entraban cada día, cosa de cien años en un cálculo poco aventurado. Estas reflexiones movieron un día a preguntar insistentemente a Pellegrini: «¿Cómo va ese índice, Nicodemi?», y al obtener la respuesta acostumbrada de «adelantando, adelantando», y a observar lacónicamente: «Qué adelantando, usted es un

haragán». A pesar de esta excomunión, Nicodemi conservó su empleo entregado día y noche a la lectura. Así, al cabo de algunos años, cuando otro director declaró innecesarios sus servicios, el futuro dramaturgo y empresario de teatro había ampliado ventajosamente su educación literaria y adquirido nociones útiles sobre dramaturgia y dirección de teatros. Fue así como se dio a escribir dramas, algunos de los cuales tuvieron éxito en los prosencios italianos de Buenos Aires y en los teatros de español, cuando fueron traducidos a esta lengua. Nicodemi no se contentó con escribir en italiano. Probó sus habilidades en lengua francesa e hizo en ella uno o dos dramas de buena acogida, que todavía se representan en teatros de Europa y de América. Aplicó, además, Nicodemi su conocimiento del teatro al negocio de organizar y contratar compañías en Europa con destino a los teatros de Buenos Aires, con lo cual se hizo inteligentemente dueño de una buena fortuna. Probó así que América le pertenece verdaderamente a la humanidad.

▪ MAURICE DE BUNSEN

EN LAS POSTRIMERÍAS DE LA GUERRA mundial número primero, envió la Gran Bretaña a los países latinoamericanos una embajada de cortesía y buena voluntad dirigida por Sir Maurice de Bunsen, excelente elección para cargo tan delicado y tan importante. Sir Maurice, a más de ser un experto hombre de mundo, era un *scholar* en más de un sentido y un experimentado diplomático. Al regresar la embajada a Londres los iberoamericanos residentes en aquella ciudad, por el momento pensaron con acierto que era el caso de mostrar su aplauso y hacer una cortesía. Se pensó en un banquete, y las colectividades de iberoamericanos en la metrópoli del Imperio acogieron la idea. Todo se preparó rápidamente, donde hay profesionales de esa especial institución cuyo fin es organizar banquetes. Todo estaba listo y se había convenido en que Augusto Leguía, presidente que había de ser del Perú, ofreciera el banquete. Dos días antes de la fecha señalada para el obsequio, recibieron sus organizadores visita de Agustín Edwards, diplomático sudamericano de larga

carrera, el cual vino a protestar contra la idea de que fuese Leguía el encargado de ofrecer el banquete. Dijo que si se persistía en confiarle ese encargo al futuro presidente del Perú, él, Edwards, no asistiría al banquete y disuadiría a sus amigos de la diplomacia de concurrir a la ceremonia. Perplejos los de la comisión acudieron a Leguía para resolver ese oscuro conflicto. Leguía propuso que lo excusaran y nombrasen a Edwards, para cumplir con la formalidad de ofrecer el banquete, como se hizo.

A las frases de bienvenida del señor Edwards, Sir Maurice de Bunsen contestó en correcto y espiritual español. Hizo la alabanza de la hospitalidad, la cortesía, la elegancia de algunos países y, al referirse a Colombia, no pudo olvidarse de comentar el buen humor y el chiste de los bogotanos. Refirió que en el baile y banquete ofrecido en Bogotá a la embajada, él le había observado a uno de los anfitriones que no encontraba ajustadas a sus observaciones las quejas por él oídas en Colombia sobre los perjuicios que la guerra había traído para el país y la pobreza de todas las clases, dominante en esas horas terribles para el mundo. «No me explico, decía Sir Maurice, estos lamentos ante la elegancia, la distinción, el buen gusto y el fausto que ha precedido a las manifestaciones con que nos han abrumado». A lo cual respondió su interlocutor: «No lo extrañe, Sir Maurice, es que nosotros hacemos lo que debemos y debemos lo que hacemos».

Entre los brindis, llamó protocolariamente la atención el que nos regaló la fantasía humorística del fino e intencionado novelista brasileño, representante diplomático a

la sazón de la gran República sudamericana en Londres. Da Gama tuvo gratos recuerdos, entre otros el de la despedida de Lord Bryce que estaba presente. Dijo el agudo brasileño: «Al despedirse Lord Bryce de nuestro país, donde aseguró haber estado muy atendido y muy contento, se dolió conmigo como ministro que era de relaciones exteriores de abandonar el Brasil sin haber tenido ocasión de presenciar una de esas periódicas revoluciones que subrayaban el color local de mi país. Por fortuna Lord Bryce ha llegado a Europa en tiempo de contemplar el fenómeno en toda su amplitud y eficacia espectacular».

▪ UN CASO DE SELECCIÓN

HABLÉ ANTES DE LA DESADAPTACIÓN y trastornos psíquicos de que suelen sufrir los jóvenes sudamericanos al cambiar de ambiente y establecerse definitivamente en Europa. Conocí un caso típico de esta desviación de la personalidad, en la vida de un ecuatoriano que terminó sus días en París. Era un inteligente observador del mundo que le rodeaba y además de esto un refinado en sus gustos y aspiraciones. Escribía con desembarazo en una lengua matizada y correcta. Era y se creía incapaz de dañar a nadie. La bondad era parte de su naturaleza física y moral. Un día llegó a mi oficina en París, se hizo anunciar y pidió que lo recibiera. Entró, y, sin aceptar mi invitación a sentarse, dijo: «Usted no me conoce. He podido traer cartas de introducción, pero abomino de las fórmulas. Soy —dijo su nombre—, y deseaba conocerle a usted. Vivo en París hace algunos años y he leído sus opiniones sobre cosas de Europa, en diarios sudamericanos. Parece estar usted hoy muy ocupado. Dígame cuándo podré venir a visitarle o a suplicarle que me acompañe a dar un paseo por los

bulevares. Es uno de los grandes placeres que nos ofrece París a los sudamericanos. Usted tal vez no conoce esta ciudad como yo la conozco; puedo servirle de guía». «Venga cuando quiera, le dije, o visítame en la calle La Pérouse. Me sería grato volver a verle». Se despidió, nos hicimos amigos. Era un alma recta como el radio de un círculo. Una vez se lo dije y arguyó: «Ha debido usted revolver muchas cosas en su mente, para encontrar esa comparación, porque en verdad la línea recta no existe. El aerolito en su paso deslumbrante por el firmamento no se sabe qué línea recorre, porque se ignora la cantidad y la energía de las fuerzas a que obedece en su carrera. La piedra que cae tampoco sigue una línea recta. Pero el diámetro de un círculo tiene dos puntos que señalan forzosamente su curso: el punto de partida y el centro». Nos veíamos con frecuencia. Me contó su vida. Había nacido en un pueblo del Ecuador. Después de estudios brillantes y con influencias familiares logró que le nombraran cónsul de su patria, no recuerdo si en el Havre o en Saint Nazaire, donde vivió algunos meses, antes de conocer a París. Lo deslumbró la capital. Creyó hallar en ella la ciudad donde debió haber nacido para no abandonarla nunca. Amaba el cielo de París, sus calles, sus habitantes, el aspecto de las multitudes, los edificios más salientes, el idioma del pueblo y de los escritores que conocía a fondo, los teatros, los restaurantes, entre los cuales había algunos que conocía y visitaba con frecuencia. Poseía un paladar refinado y sabía dónde preparaban platos especiales más delicada y pulcramente. La ausencia de París le habría causado penas intensas contra

las cuales quería escudarse. A pesar de que sus funciones consulares le obligaban a vivir en un puerto insignificante, hacía lo posible por llenar sus deberes desde París. Era costoso pero factible. Sin embargo, quejas llegaron a Quito de que se ausentaba frecuentemente y por largos días del centro de sus funciones. Era verdad; pero llenaba sus deberes cumplidamente. Sin embargo, la burocracia de su país le impuso la alternativa de vivir en Saint Nazaire como flamante cónsul de un país lejano o vivir en París, desocupado y sin rentas conocidas por él. Optó heroicamente y con gran dignidad por lo segundo. Era mejor acabar en París una vida que de todos modos habría de terminar dolorosamente, que en Saint Nazaire investido de funciones administrativas. Su vida era una tragedia en la cual se iba cumpliendo la fatalidad minuto por minuto. En esa lucha aprendió muchas cosas, por ejemplo, que había un restaurante decente, un poco alejado del centro, donde en 1923 se podía almorzar decorosa y agradablemente por tres francos cincuenta, vino incluido. Su indomable afición al teatro le había hecho descubrir la manera de procurarse todos los días, si tenía dinero suficiente, una butaca de platea por la mitad, por la tercera parte del valor corriente. Sabía otros secretos de la vida práctica de París y de ese conocimiento se servía denodadamente para prolongar allí su residencia.

Un día leyó en un diario, entre las noticias de literatura, el anuncio de un concurso en que ofrecían diez mil francos por la mejor novela que entre las presentadas mereciese ese título, de parte de un jurado calificador en

que figuraban Rubén Darío y Julio Piquet, escritor uruguayo, por entonces ocupado en París como corresponsal de un gran diario argentino. Envió al concurso su novela, mi amigo. Contra todas sus esperanzas, pues adolecía de poca fe en sí mismo, la novela de su invención fue declarada la mejor entre las pocas que se presentaron. Ocurrió a cobrar el premio a los comerciantes que habían propuesto el concurso. Le recibieron con la sonrisa en los labios. Era una casa de comercio famosa por sus atrevidas aventuras y por la deslealtad con que especulaba en todos los ramos del anuncio. Se hicieron los sorprendidos de que el novelista americano cobrara el premio del concurso y no se declarara satisfecho con el renombre y la popularidad que le ofrecía el sólo hecho de haber sido reconocida su novela como la mejor del concurso. No se contentó el agraciado con estos melifluos argumentos y les dio aviso, con los anuncios de los diarios y las hojas volantes en que corrieron impresas las condiciones del concurso, de que cobraría judicialmente el valor del premio. Confiaba demasiado el novelista en la solidez de las bases éticas y legales de la civilización en que estamos sumergidos por causa de la fecha en que nacimos. Los abogados le aconsejaron honradamente que no entrara en litigio con una casa comercial cuya fuerza principal arrancaba del hecho monstruoso y en la apariencia éticamente contradictorio, de no tener nada que perder en materia de reputación. Gastarían una gran suma para no dejarse vencer, negarían sus compromisos con el autor, pues un anuncio no envuelve responsabilidad, y usarían el proceso como un elemento de publicidad en su beneficio.

Aun le fue difícil obtener la devolución del manuscrito. Querían publicarlo para darse lustre como editores.

La novela describe la vida campestre de la patria del autor, el medio andino de Sud América. Tiene unidad, verdad objetiva, fuerza descriptiva y hermoso y correcto lenguaje. Con el favor de tan claro discurso como el de los hombres que componían el jurado de calificación, fue fácil lograr que un diario sudamericano publicara como folletín esta obra de verdadero ingenio. Por todas partes un destino adverso se cernía sobre la persona de esta personalidad. Cuando llegaron a París los dineros que el diario pagaba por la novela, su autor había muerto.

Me han referido así sus últimos momentos, paseando una tarde por los bulevares cayó sobre el andén, sin sentido. Lo llevaron a una casa de primeros auxilios, se quejaba de un gran dolor interior en la región del bajo vientre. No se alarmó poco ni mucho. «Suele ocurrirme, dijo, el dolor es intenso pero pasa pronto». No cedía sin embargo. El médico recomendó una operación inmediata. «La demora sería la muerte», pronosticó con gravedad facultativa. «Es lo que anhelo, explicó el enfermo, no consiento en la operación». «Es la muerte segura», insistió el doctor. «Déjela usted que llegue», profirió el moribundo. Murió al día siguiente. Su apellido era Corral. No recuerdo, mientras escribo estas notas emocionadas, su nombre de pila, pero no olvidaré nunca su bondad, su talento, su buena amistad, su capacidad de comprenderlo y perdonarlo todo.

▪ BERTRAND RUSSELL

LE CONOZCO (*I KNOW HIM*), dicen los ingleses soladme de una persona a quien han tratado o con quien tienen relaciones. Pueden haber visto a un hombre muchas veces y con frecuencia; pero si no ha mediado siquiera una presentación, no dicen conocerle. Yo he visto varias veces a Bertrand Russell. He asistido a algunas conferencias por él dictadas en Londres. He leído y leo con frecuencia sus obras de filosofía. Me interesan vivamente su vida, sus obras, su modo de pensar respecto a las actuales condiciones del mundo, mas como no hemos hablado nunca ni le he sido presentado, no podría decir que le conozco. Sin embargo, creo poder incluir su nombre y algunas de sus actividades entre las gentes cuyos nombres figuran en este libro.

De Bertrand Russell, tercer conde de este nombre, se habló insistentemente y en contrario sentido, según las opiniones de los interlocutores o periodistas, en los años de la Primera Guerra Mundial, por haberse hecho público, no sé con cuántas agregaciones o desvíos del verdadero sentido de sus palabras, que como profesor en Cambridge había

dicho a sus discípulos que la guerra no era más que una especulación de los productores de armamento alrededor de la cual buscaba el capitalismo, sintiéndose amenazado, una manera de prolongar su vida a la sombra de triunfos militares. Como se conocían de larga data sus ideas de un colectivismo especial, fue desposeído de su cátedra y acusado de divulgar doctrinas contra la defensa de la patria. Fue encarcelado y juzgado. Se le quiso poner en contradicción consigo mismo al preguntarle por qué, siendo comunista y enemigo del actual sistema de organización de la sociedad capitalista, usaba llaves para las puertas de su casa de habitación. Contestó que en verdad él no usaba llaves, a lo cual la autoridad inquisidora observó que en tal caso él permitía que cualquiera persona entrara a su casa y tomara para sí lo que creyera conveniente. Russell aceptó esa conclusión del juez. Por ser Bertrand Russell quien era, y por creérsele persona incapaz de dañar políticamente, se le dejó libre, pero observado.

Al terminar la guerra, no obstante su título de conde (*earl*) y sus vastos conocimientos en matemáticas y filosofía, estaba en un estado de absoluta destitución. Se le tenía entonces por el primer matemático de Europa. Había escrito en colaboración con Whitehead —fallecido en 1946—, *Principia Mathematica*, y como filósofo varias obras de trascendencia. Le ha dado en sus trabajos filosóficos grande importancia al problema sobre la existencia real de la materia, y en los problemas de la filosofía concede que se debe a Berkeley el mérito de haber «mostrado» que la existencia de la materia puede ser negada sin incurrir en el absurdo.

A la profundidad de su manera de razonar con números o mejor dicho con cantidades, porque a los grandes matemáticos, como a los banqueros, los números se les escapan, y a la claridad de su método en la exposición de los temas y teorías más abstrusos de la filosofía, une Russell un finísimo sentido del humor, compañero fiel suyo en las más arduas excursiones por el mundo del conocimiento y sus complicados recovecos. Nada es tan gracioso como la crítica al sistema dialéctico de Hegel sobre las tres etapas del conocimiento, o sean la tesis, la antítesis y la síntesis y su teoría del absoluto. Sin tener el sistema de Hegel por una verdad absoluta o por un enmarañado verbalismo, es decir, sin adherirse a ningún partido, el lector no puede menos de reír leyendo este capítulo de la *Historia de la filosofía de Occidente*. Sin duda personas que deseaban favorecer a Russell en una situación aflictiva, como fue la suya con el advenimiento de la paz, reunieron fondos para enviarle a China con el objeto de que estudiase de cerca la civilización ese ambiguo, enigmático y para los occidentales inescrutable país. Ocho meses vivió Russell en el Extremo Oriente. A su regreso probablemente las mismas personas que le habían sugerido aquel viaje, propusieron que dictara unas conferencias sobre tema de tan irresistible tentación a los intelectuales de Londres. A esas conferencias en número de ocho o diez asistí con asiduidad, por la novedad del tema y la fama del conferenciante.

La presencia del hombre no era en ese momento de las más atractivas. Sin duda los mares de Oriente, sus aires y su cielo, y su largo contacto con aquellas gentes habían

influido sobre su apariencia exterior. Pero desde las primeras palabras se hizo visible su dominio del auditorio y la simpatía que inspiraba su presencia. Sin duda en ese tiempo la China tenía para los británicos una importancia imponderable desde muchos puntos de vista. Era un mercado de cuatrocientos millones de habitantes. En su territorio estaban enclavadas colonias y establecimientos comerciales ingleses. Quedaba en las vecindades del Japón, un rival temible, que la Gran Bretaña y los Estados Unidos se habían complacido en crear en Oriente para su comercio y para sus ulteriores propósitos de dominio.

De sus conferencias sacamos los oyentes la idea de que los chinos son inquietantemente parecidos a nosotros. Tienen otro concepto de la vida, pero a diferencia de los occidentales, ellos la viven conforme al concepto que de ella se han formado. Tienen una tradición respetable, no para explotarla sino para seguirla. En lo demás son muy parecidos a los occidentales, de quienes empiezan a recibir ideas y conceptos que probablemente acabarían por desviarlos de sus modos de vivir y pensar. Su civilización es mucho más antigua que la de los pueblos de occidente. ¿Será superior? ¿Será inferior? Se pueden tener varias opiniones al respecto. Pero una cosa es manifiesta; es diferente de la nuestra y es diferente de la posición espiritual del chino frente a su civilización.

Las conferencias dejaron una profunda y grata sensación en el numeroso concurso. Terminada la última, el auditorio permaneció en sus puestos. Parecía como si no quisiera convencerse de que las enseñanzas habían acabado.

Querían según su actitud, oír más, recibir más revelaciones sobre materia tan llena de curiosidades y advertencias vitales. Viendo esto el conferenciante, pidió a sus oyentes que le hicieran preguntas u observaciones, a las cuales estaba dispuesto a responder dentro de su conocimiento. Nadie hizo preguntas. Una señora de alta estatura y de distinción, según lo dieron a entender su porte y, sobre todo, su manera de expresarse, se levantó para dar las gracias al conferenciante y para elogiar la claridad, la riqueza y originalidad del pensamiento y como en sordina los rasgos de fino humor que habían matizado la curiosa y a ratos deslumbradora visión de aquel pueblo tan poco conocido en Europa. Propuso la señora, para manifestar la honda impresión dejada por las conferencias y como un recuerdo de la ocasión, que se levantara un fondo de cuatro o cinco docenas de millares de libras destinado a pagar la educación de jóvenes chinos en Inglaterra. Ella ofrecía abrir el fondo con la suma de cien libras y suplicaba al conferenciante que expresara su opinión sobre esta iniciativa.

Con una imponente expresión de seriedad y aprobación, Russell dijo encontrar muy aceptable la propuesta. Lamentando en esa ocasión no ser rico, ofreció tan sólo diez libras para contribuir a tan bella idea, pero ya como contribuyente se permitía sugerir una leve modificación al pensamiento de la señora que había iniciado la creación del fondo. «Sí, terminó diciendo, formemos el fondo, pero en vez de traer chinos a estudiar a Inglaterra, mandemos jóvenes ingleses a educarse en la China». La concurrencia rió sin estrépito de la reforma propuesta por el

conferenciante y él, tendiendo la mano como para pedir silencio y atención, explicó: «Estas risas me convencen con pena de que mis palabras e ideas de estas ocho conferencias, no han sido recibidas en el sentido que yo he procurado darles sincera y deliberadamente». Así terminó la última conferencia.

▪ FRANCISCO CAMBO

FRANCISCO DE ASÍS CAMBÓ ES un ejemplo de cómo las ambiciones de poder económico pueden frustrar grandes talentos con vocación por otra parte para actividades de mejor aplicación al provecho, al adelanto, tal vez a la felicidad de las sociedades. Cabe aquí analizar qué fundamento tiene en el hombre el anhelo de acumular riquezas. La explicación más naturalmente ofrecida por inteligencias del género más común, ya pertenezcan a gente acaudalada o carente de medios de fortuna, es que la posesión de grandes riquezas otorga al individuo gran poder sobre sus semejantes. La posesión del poder es como la idea de la libertad. Muchos hombres son poderosos porque se imaginan que lo son. El hombre es libre porque se imagina que lo es; y tanto el uno como el otro gozan con la convicción que de esa prerrogativa les suministra el ambiente moral en que viven sumergidos. Cuanto al poder, recordarán los lectores aquella novelita de Anatole France en que Napoleón III aparece desesperado y rebelde ante la incapacidad de conseguir un puesto de notario en un lugar cualquiera

de Francia, para darle colocación al hijo de una mujer que fue su protectora en Londres cuando él no era más que un político revolucionario llamado Luis Napoleón. El poder está limitado no sólo por la pobreza. De otro lado la inteligencia, sin medios pecuniarios a su disposición, llega en muchas ocasiones a humillar la fuerza de los medios económicos y ya se ha visto cómo el poder de los magnates en la bolsa, la industria, el comercio, trata siempre de conquistar la voluntad de los grandes talentos en el país o en los países sometidos o por someter a sus instintos de dominio.

Cambó tuvo desde muy joven aspiraciones al dominio de los hombres. Su porte daba indicios de su actitud moral e intelectual. Era de mediana estatura, medianía que pretendía ocultar o hacer menos visible con su manera de andar, altiva, enhiesta, como si marchase siempre a desafiar un gran poder o a superar una dificultad hostil y amenazante. Le conocí en 1919, en Londres, tratando yo de aquilatar sus opiniones sobre el tratado de Versalles, hecho público en ese momento. Me dio cita para las nueve de la mañana, hora crepuscular en Londres. Me recibió paseándose en su cuarto del hotel, mirando siempre hacia adelante, como si esperara que fueran a hacerle un ataque frontal por las ideas que iba a exponer en ese momento al mundo de habla española. Naturalmente el primer punto del coloquio fue la magnitud de la indemnización de guerra exigida de los alemanes. «Es un absurdo, dijo, no por su monto sino por el hecho de que exista». Sin comprender bien el sentido de sus palabras me atreví a sugerir que alguien debería en justicia pagar los daños causados por

la guerra y que no era de esperar lógica y justamente que los pagasen quienes los habían experimentado tratando de defenderse de una agresión no provocada por ellos. Con un rostro impassible del cual estaban ausentes las señales de prevención, entusiasmo, compasión o humorismo, dijo: «La guerra la vamos a pagar todos». En la ingenuidad de mi semblante, comprendió que yo no comprendía. «Sí, repitió, todos. En primer lugar no hay ninguna nación capaz de resarcir a otras de la destrucción descomunal en todos sus aspectos causadas por la guerra. Haciendo caso omiso de las responsabilidades morales, la guerra la hemos hecho todos y todos deberemos pagarla». Yo continuaba mostrándome atónito. «Ningún país puede asumir de grado o por la fuerza, en dinero o en especies, ahora o en los años por venir, el pago de las ingentes sumas representadas por la destrucción dejada en Europa por la guerra». Viendo mi expresión de sorpresa continuó: «Ya estamos empezando a pagar la destrucción causada por la guerra en la escasez y en el precio de algunas subsistencias. No tardará mucho en verse una situación de caos, en que desaparecerán muchos valores y muchas fortunas. Será parte del precio que todos los países han de pagar por el crimen de haber suscitado o he haber dejado que se suscitara esta inverosímil orgía de atentados en masa que fue la guerra de 1914. Yo estoy preparado, y creo que lo está mi país, para pagar la cuota que me corresponde en esa cuenta de gastos. Si las naciones se pusieran de acuerdo sobre la suma que cada una debería sufragar para indemnizar al mundo de sus propias hazañas de manía destructora, se evitarían

uchos ultrajes al sentido común y a la tranquilidad de los pueblos en el futuro». Habló con más extensión. El aire de arrogancia se iba modificando sensiblemente por actitudes como de amenaza.

Algunos meses después, cuando España y la República Argentina liquidaban pérdidas de miles de millones de dólares invertidos en papel moneda de Alemania, empezaba el mundo a pensar si tendría razón Cambó en sus desolados pronósticos. Y en 1929 todos convinieron en que el pago de las indemnizaciones de guerra empezaba a cumplirse de una manera brutal, aparentemente equitativa, en Nueva York, en Londres, en Viena, en Buenos Aires, en Tokio, en París y en Río de Janeiro.

Su conocimiento de los negocios y su capacidad de previsión, primer distintivo de la inteligencia destinada por la naturaleza al dominio y dirección de los hombres, le sirvieron para acumular una gran fortuna, pero no le procuraron el poder con que acaso soñara: sus influencias políticas jamás fueron decisivas y sus obras y maniobras en las cortes españolas, daban la impresión de que no las tenía todas consigo frente al problema catalanista. Tampoco era muy clara y uniforme la actitud de los catalanes ante la política de Cambó.

Su entrada al recinto de las cortes no inspiraba simpatía, no prevenía en su favor. Penetraba al salón de sesiones con aire de arrogancia y superioridad, no sin dar la impresión de que sabía que todos se fijaban en él. Hablaba con precisión y con lógica fría y meditada y por lo mismo no dominaba a su auditorio que había menester de cuando

en cuando ráfagas de entusiasmo; su frialdad y su precisión, su actitud de superioridad daban la impresión del profesor o el evangelista, no del representante del pueblo.

Amaba a su provincia sin manifestarlo efusivamente. A él se deben muchas iniciativas de progreso y de cultura. Entiendo, aunque no estoy seguro de ello, que la publicación de los clásicos griegos y latinos en las lenguas originales con traducción en catalán es iniciativa suya y realizada a sus expensas por conocedores a fondo de las lenguas de donde hacía cada cual su traducción. Cuando esto hacía Cambó en su lengua vernacular, todavía los españoles de habla castellana no habían hecho lo mismo para la cultura de sus gentes. Hablando una vez en Londres con un erudito lingüista sobre la importancia y difusión de las lenguas de occidente, me dijo con referencia a la mía propia: «La española se ha difundido en una vasta extensión del planeta; pero no es una lengua de cultura, lo que los alemanes llaman *Kultur Sprache*». Notó en mis facciones una reacción intensa de oposición a su dicho; y explicó: «En francés, en alemán, que son lenguas de cultura, puede usted leer los clásicos griegos, latinos, las obras de escritores árabes, las que nos han sido transmitidas en el idioma sánscrito, en traducciones realizadas por sabios conocedores de esas lenguas. ¿Podría usted decirme lo mismo de la lengua española?». Por más viva que hubiera sido mi reacción, la prudencia me aconsejó el silencio.

▪ ROBERT CECIL

SIR ROBERT CECIL —HOY Cecil of Chelwood, vizconde—, a quien conocí en 1920, es un ejemplar humano de singular valor y constancia, que dedicó desde que el pacto de la Sociedad de Naciones fue un hecho político, aceptado por una mayoría de estados, toda su actividad, toda su inteligencia, prestigio social, influencia política, al servicio de la causa y los objetos representados por esa institución. Tuvo fe en ella, y lo que era más raro en esa época de vacilaciones, deslizamientos y aun prevaricaciones, él tuvo fe en sí mismo. Creyó que su persona podría influir significativamente en la realización de una idea profundamente cristiana. No era una ambición; Sir Robert no tenía entonces deseos ni pretensiones que no hubiera podido satisfacer del punto de vista político o social. Económicamente esa vía no podía conducir a parte alguna. Lo que movía al noble señor de esa época era una misión. Pensó que era posible libertad a la humanidad de la inquietud de la guerra, de las matanzas, sacrificios, dolores, pérdidas materiales y espirituales, estas las más considerables,

que trae consigo tal inquietud al desenvolverse en anhelo de conquista y dominio a que son ajenos quienes más profusamente contribuyen con dolores y con el sacrificio de sus vidas a la obra de destrucción y de odios, que es la guerra.

Entre los hombres de su clase y de su partido, era Sir Robert Cecil uno de los pocos a quienes había atraído y fascinado el pensamiento de Wilson. Es de anotar, para el servicio de los que hoy dirigen o presumen de dirigir el pensamiento internacional, que en Gran Bretaña en 1918 y 1919 la opinión de las clases elevadas social y políticamente era en su gran mayoría indiferente u hostil a la idea de fundar una sociedad internacional mediante un pacto de varias naciones destinado a hacer imposible la guerra. Los hostiles no presentaban argumentos de lógica o de derecho internacional, sino razones de práctica y de la universalidad de la ambición y apetitos desordenados de la especie humana. Un gran número de personas en alta posición eran indiferentes. Entre las clases militares y militarizantes la opinión era francamente hostil a la idea de que se trata. Uno de los oficiales encargados de conducirnos a contemplar el principio de la grande ofensiva británica contra los alemanes en la región del Somme, en 1918, no solamente se complacía en hacer pública su hostilidad a las ideas de Wilson, sino que perpetraba chistes ineptos, fraguados sobre la impracticabilidad de una Sociedad de Naciones. Y se reía él mismo, regocijadamente, del contrasentido que se figuraba haber sido el primero en formular tan clara y graciosamente.

Pero las clases medias —en la Gran Bretaña existen verdadera y poderosamente— acogían con sinceridad el humano pensamiento del grande apóstol saxoamericano.

En Francia predominaba la situación contraria: los directores de la política y sus principales intérpretes en la prensa y en las tribunas callejeras o parlamentarias, hallaban plausible la idea de fundar una Sociedad destilada a desmembrar a Alemania y a mantenerla sometida para impedir la guerra. Impedir la guerra, en opinión de los grandes industriales y capitalistas, era una misión cristiana y humanitaria. La de 1914 había costado mucho dinero. Cunninghame Graham, el humorista escocés de noble estirpe caledonia, decía, comentado el libro de Norman Angell: «Si el gran argumento contra la guerra fuere su costo, se la podría defender por algunas de sus buenas consecuencias». La verdad es que, la guerra de 1914 desvió el problema del curso en que lo había formulado Angell. Antes de esa época las guerras eran ruinosas para los particulares y de ganancia para los gobiernos conquistadores. La de 1914 enriqueció a algunos beligerantes y a los neutrales como España, Suecia, Holanda, Suiza. Entre los beligerantes hubo casa industrial que en quince meses de actividad realizara 28 millones de pesos oro. En 1948 tal suma no causa impresión abrumadora. Hoy se habla de miles de millones entre financistas y especuladores políticos, pero antes de 1941 veintiocho millones de pesos oro pesaban en los destinos humanos.

Por otras razones la clase media francesa era casi por completo indiferente a aquellas ideas. Los militares estaban

divididos, como lo probó desconsoladoramente la guerra de 1939.

Fui a ver a Sir Robert Cecil en 1920, cuando se difundió la noticia de que los Estados Unidos habían, por medio del senado y por oposición injusta y personal de Wilson, repudiado los tratados de Versalles y negociado aparte con Alemania. Como en el pacto de la Sociedad de Naciones se declaraban existentes y se reconocía su vigencia a algunos documentos unilaterales de significado internacional, como la doctrina Monroe nominalmente señalada, algunos países latinoamericanos que conservaban el recuerdo del uso de esa doctrina en tiempo de Theodore Roosevelt y de otros presidentes de los Estados Unidos mediante interpretaciones acomodaticias y personales, suscitaron la duda de si habiéndose quedado esta nación por su deliberada voluntad fuera de la Sociedad de las Naciones y siendo el reconocimiento de tal doctrina en el pacto de Versalles debido a la presencia en la Sociedad de la gran República del Norte, dicho documento o declaración continuaba siendo reconocido como parte del pacto y en tal calidad como de obligatorio respeto para las naciones del continente adheridas a la Sociedad de Naciones.

Por ser Sir Robert una autoridad en materia de derecho y especialmente en la interpretación del pacto ginebrino, consideré indicado por las circunstancias consultar su opinión en asunto de tan alto predicamento. Le pedí una cita y me señaló una hora del día siguiente para recibirme; a la hora indicada fui recibido en su casa por una fámula que me condujo a una antesala, donde esperé unos instantes, al

cabo de los cuales se presentó una persona, correcta pero sencillamente vestida, de estatura mucho mayor que la mediana inglesa, de serio y respetable aspecto y expresión acogedora. Pregunté si hablaba con Sir Robert Cecil. Se sentó después de haber respondido afirmativamente. Él sabía por la carta mía de solicitud, quién era el visitante. Expliqué concisa e intencionadamente la duda que había sido ya formulada abiertamente por Costa Rica y le pregunté si no estando ya los Estados Unidos en la Liga de las Naciones, la doctrina Monroe continuaba siendo objeto de reconocimiento y respeto por parte de los miembros de la Liga. Como si hubiera adivinado que ese era el motivo de la cita y hubiera preparado la respuesta, contestó sin vacilar que el hecho de que los Estados Unidos hubieran decidido no hacer parte de la Liga, no aumentaba ni disminuía la importancia que tal doctrina pudiera tener ante los miembros de la Liga. Todo dependía de la actitud que tomara la gran República americana y la fuerza que hubiese detrás de esa actitud. Me pareció un tanto evasiva la respuesta y me permití una insistencia. «Pero importa saber cuál sería la actitud de la Liga si la República americana del norte pretendiera ejercer, basándose en el reconocimiento de la Liga, la suprema inspección y policía del continente en la forma en que lo ha hecho antes con algunas naciones». Replicó que en esa contingencia era la Liga quien debía decidir sobre el conflicto, pero que él personalmente creía que esta entidad no estaría en ese caso más obligada a respetar la doctrina que en el tiempo anterior al retiro de los Estados Unidos de la Sociedad.

Hablamos de otros asuntos. Me causó admiración su fe en la Liga, de que él hablaba con el afecto de quien había tenido gran parte en su formación y le había dedicado mucho de su actividad y toda su inteligencia y energía moral. Recordando esta entrevista no puede el actual escritor prescindir de comparar los tiempos en que Sir Robert consagró toda su capacidad intelectual y su vivo sentido de las realidades éticas del mundo con las realidades políticas y la filosofía actual en las relaciones internacionales. Entonces hubo fe en muchas mentes directoras, de las cuales sobreviven muy pocas, entre ellas el tercer descendiente del tercer vizconde de Salisbury. En el momento presente la fe ha desaparecido para ceder el campo de los grandes móviles humanos al miedo por una parte, claramente diagnosticado por Franklin Roosevelt, y ambiciones materiales de dominio eminentemente peligrosas para la paz. La guerra de 1914 creó nuevas nacionalidades libres y extendió legalmente el goce de algunas libertades individuales: la de 1939 prometió cuatro libertades algunas de las cuales son todavía motivo de dudas o de especulaciones filosóficas de parte de los dirigentes del mundo. Una conciencia moral agudamente sensible como la de Lord Chelwood, no podrá menos de comparar los tiempos actuales con aquellos en que el mundo se preparaba con fe como la suya a crear un orden nuevo en que predominaran la verdad, la justicia y la hoy calumniada y parcialmente abandonada razón.

▪ RAMIRO DE MAEZTU

EN 1925, A MI LLEGADA A Buenos Aires, adonde fui con ánimo de hacer de esa ciudad mi residencia permanente, noté con sorpresa que la mayor parte de las gentes que conocían el rumbo de mis actividades o habían oído hablar de ellas, me decían Benjamín. Esta confusión de nombres tiene origen curioso. En 1918, siendo Salvador de Mada-riaga, de fama creciente y cualidades óptimas de escritor y hombre de pensamiento, jefe de la sección sudamericana de información en la oficina de relaciones exteriores de la Gran Bretaña, fui llamado a su despacho donde recibí la invitación de ir al frente británico en Francia a presenciar el principio de la ofensiva aliada de agosto de ese año con que se le pretendía dar el golpe final al enemigo, como así resultó efectivamente. Le dije que en verdad no me interesaba ver matarse a los hombres unos a otros y que cuanto a la estrategia, mi educación había sido tan descuidada en esas materias que no comprendería ni el mérito ni el alcance de tales movimientos, pero que si el diario para el cual escribía en esos días deseaba que yo fuese al frente

y enviase correspondencia sobre la situación, lo haría de buena gana. Madariaga dispuso que se enviara a Buenos Aires un telegrama sobre esta proposición con mi firma al diario en referencia. Al llevar el despacho a las oficinas del cable con la firma B. Sanín Cano, allí exigieron que se dijera cuál era el nombre representado por la B., pues no era permitido transmitir iniciales. No sabía Madariaga qué significaba esa letra, y no pudiendo dar conmigo en ese momento, en mi residencia, resolvió como buen militar interpretar a su modo la inicial y puso Benjamín. En Buenos Aires nadie sabía entonces cuál era mi nombre de pila. Algunos decían Bartolomé, nombre popular en la ciudad, y otros, que juzgaban de mi nombre por el carácter de mis escritos, preferían llamarme Benigno: nada es comparable a su bondad, sino mi agradecimiento.

Con la venia del diario argentino fui a Flandes y Picardía a observar los preparativos del formidable ataque aliado y me cupo la buena suerte de ir en esa para mí descomunal experiencia en compañía de Ramiro de Maeztu, gran talento periodístico y singular carácter personal, mezcla de inglés, inclinado a la aventura y al dominio —por su madre—, y de vasco por lo tesonero y práctico en sus empresas —herencia paterna—.

Los estudios literarios de Maeztu fueron en su niñez y juventud, según él mismo lo refería complacientemente, muy limitados. Quería, diciéndolo, hacer notar cómo se lo debía todo a sí mismo. Más o menos exponía de esta manera su iniciación literaria: en 1898 fue llamado en las quintas al servicio militar, y poco después enviado a Cuba

en un cuerpo de reclutas. En la isla sufrió unos meses de instrucción militar, y antes de completarla vino sorpresivamente la paz. No pensando en volver a España, inmediatamente se dio a buscar ocupación en La Habana. Un director de fábrica de cigarros, observador de las cigarrerías en sus tareas, había notado que teniendo estas sensibles criaturas su imaginación puesta en las peripecias de una ficción literaria fácilmente comprensible, completan mejor trabajo y de él mayor cantidad que cuando conversan o fabrican ellas mismas sus invenciones novelescas. Este director le hizo leer a Maeztu alguna página, descubrió en él excelente voz, buena proclación y una cierta afición a esa clase de lecturas. Preguntó si el solicitante querría encargarse de leerles cosas amenas a las cigarrerías y el licenciado militar no vaciló en aceptar el cargo. Maeztu escogía las novelas él mismo y se dedicó a la tarea con el empeño que mostraba en todas sus cosas. Al decir de él mismo, allí comenzó su educación literaria, el desarrollo de su refinado gusto en materia de lecturas y la orientación de su vida. Vuelto a España, tomó sobre sí la tarea de equiparse adecuadamente para el ejercicio de la literatura, principalmente en la carrera del periodismo.

Así como era hombre de tesón en sus estudios, lo fue también en la órbita de sus pasiones. Amaba y odiaba con igualdad y plenitud. Usaba de una franqueza, a veces ruda y crepitante, en la formulación de sus gustos y predilecciones, aun en presencia del objeto de sus consideraciones. A poco andar se hizo conocer en Madrid. *La Prensa* de Buenos Aires le hizo su corresponsal y lo destinó a

Londres, donde le conocí en 1911. Se decía entonces que estaba atormentado por una pasión amorosa. Conoció en casa de un amigo común a una bella e inteligente mujer, esposa de un músico medio abandonado por su profesión. Se prendó de ella frenéticamente y fue correspondido; pero entre los dos se alzaba para Maeztu la muralla de sus principios morales y tal vez también la valla de su escasa fortuna. En Londres, por entonces, una historia con mujer de sociedad suponía una capacidad económica fuera de lo modesto. Ramiro puso toda su voluntad en el empeño de dominar esa pasión que consideraba contraria a sus principios de ética. En realización de este empeño contrajo matrimonio con una señorita de clase social no superior a sus medios económicos.

En Londres se dio al estudio hasta donde le era posible ordenadamente y con método. Trató de llenar los vacíos que reconocía en su preparación, y descubriendo, por ejemplo, en una reunión de gentes enteradas que había tal cosa como geometría moderna y varias geometrías de principios diferentes de los de Euclides, pensó en estudiar matemáticas. Oyendo decir cómo la filosofía era ciencia principalmente alemana, resolvió estudiar alemán, y cuando se empezó a hablar de nuevas escuelas poéticas hizo el propósito de penetrar en el fondo de la nueva poesía, todo con mucho talento y en la convicción de que cada una de estas cosas era necesaria para realizar en la vida los pronósticos morales y de otra clase que él acariciaba. En esos días en España los modernos espíritus españoles dedicados a la enseñanza universitaria, tuvieron por cosa útil

enviar a Alemania jóvenes estudiantes a completar sus trayectorias intelectuales. Por su propia iniciativa y a sus propias expensas, Maeztu dispuso ir al Rhin, a completar su educación que él consideraba inconclusa. No pasó allí muchos años. Le dedicó a la patria de Hegel y de Goethe poco menos de doce meses. Volvió a Londres encantado con la existencia. Había aprendido griego, como base para la comprensión de nuestra cultura. El creía sinceramente no sólo que el griego era necesario sino que lo había aprendido en menos de un año. Los españoles e hispanoamericanos de Londres admiraban su consagración y porfía, y lo escuchaban con respeto casi todos, con algunas limitaciones otros, unos pocos, a ello inclinados naturalmente, con alegre sorna.

En 1912, a contemplar los festejos de la corte de Saint James con motivo de la coronación del rey Jorge V, vinieron a Londres periodistas de las cinco partes del mundo. En el restaurante Pagani solían reunirse en la noche a comer y a confiarse sus impresiones los españoles y los americanos de habla española. Allí se encontraron una noche nuestros amigos Maeztu y Emilio Bobadilla, el famoso crítico, novelista y poeta de Cuba. Parecían conocerse de vieja data porque se tuteaban equitativamente. En tales reuniones Maeztu solía llevar la palabra. Le escuchábamos con atención y con el deseo de enterarnos. Acababa de llegar de Alemania y nos decía haber ido a las universidades alemanas a estudiar la filosofía en su cuna y que, convencido de que para penetrar satisfactoriamente en el sentido y las tendencias de la poesía moderna alemana era indispensable el

conocimiento las matemáticas, había ido a la tierra de Gaus y de Rieman a estudiar esas ciencias. Nosotros escuchábamos con fe segura las palabras magistrales del periodista español; pero Bobadilla, menos fácil de dominar súbitamente y acaso prevenido por su anterior y desprevenido conocimiento de su amigo, le miraba con sus ojos de crótalo como para penetrar hasta el fondo de sus intenciones y dijo preguntando y arguyendo: «¿Fuiste a Alemania para aprender a apreciar la obra de los poetas modernos de Alemania? Pues fuiste demasiado lejos: yo los conocí en Bogotá leyendo traducciones preciosas de sus versos, debidas a Guillermo Valencia». Y me puso de testigo.

En estas actitudes no había nada de superchería, tal vez un tanto de candor o de ingenuidad. Maeztu creía saber griego; se imaginaba que el conocimiento por él adquirido de las matemáticas en unos pocos meses le habilitaban para entender más atinada y profundamente a Stefan George y a Hofmannsthal. No dudaba de que su permanencia en Alemania le había acercado al pensamiento de Kant y al de Fichte; y acaso tenía razón.

Durante nuestra permanencia en el frente de Picardía aprendí a conocer muchos lados de su curiosidad y abigarrada inteligencia. Sus principios morales, por ejemplo, se apartaban en muchos rasgos de las opiniones generalmente aceptadas. En su sentir, la peligrosa labor del espía era o podía ser tan honorable como la del soldado, por su utilidad manifiesta. El «chantaje», la amenaza con condiciones y la extorsión no eran reprobables en un todo. Hay delitos, dice, que la ley no puede castigar, que no están

incluidos en la legislación penal de los países. La única sanción posible para esos delitos es el «chantaje». «Sin embargo, apuntaba él, la sociedad, haciéndose cómplice del criminal, amenaza con graves castigos al extorsionador en defensa de la adúltera, del abogado desleal o del padre indiferente». Al que le observaba el anexo de los dineros obtenidos por guardar silencio, le respondía con la frase de Guyot a d'Argenson: «*Il faut que tout le monde vive*», a lo cual replicó el secretario de guerra: «*Je n'en vois pas la nécessité*». Muchos espíritus de relaciones apenas convergentes con la literatura y la filosofía se leen a sí mismos en los libros o artículos que caen bajo su prevenida vista mental. Narrando yo en otra parte las actitudes de Maeztu y su estado de ánimo entre los dos ejércitos combatientes el 8 de agosto de 1918, cuando él le observó que marchábamos entre las dos artillerías, la de los aliados y la de los alemanes, a uno de los oficiales que nos guiaban y este le contestó que así era menor el peligro, pues los cañones nunca apuntaban a un sitio entre los dos combatientes, fui acusado de insinuar que Maeztu tenía miedo de morir allí ingloriosamente. Maeztu no conoció el miedo físico. Desafiaba las tempestades populares con la misma serenidad que la amenaza de las olas o la boca de una pistola. Su frígido valor era a veces temerario. Lo que reflejaba su observación al peligro en que pudiera hallarse la comitiva era la posibilidad de que allí terminase una gran misión de cultura que él tenía emprendida en favor de España y de toda la civilización de Occidente. Creyendo en su misión y en la capacidad de cumplirla, tenía por valor temerario

poner en peligro una vida de la cual esperaban tanto, según él, España y los países civilizados de Occidente.

Era de una seriedad sólida, primordial y desconcertante. Desconocía el ridículo y obraba como si no existiera. Carecía en absoluto, como algunos escritores de la generación subvenida al fin de la primera guerra, del sentido del humor y, por lo tanto, según lo observa el crítico y pensador alemán Max Rychner, se dejaron invadir por la arrogancia en lo exterior y por el orgullo intenso en la intimidad de su ser. Maeztu tenía el temperamento fáustico de todos los espíritus inquietos de su época. Desconfiaba como ellos de su tiempo y noblemente quería sobrepujarlo, sobrepujándose a sí mismo. Pero en esta actitud se corre el riesgo de llegar a la plaza o a la tribuna del apóstol por el sendero del investigador. Fue lo que ocurrió con Maeztu. En esa posición apostólica a la cual se acercó para empezar su obra de cultura para España y de civilización para el mundo, se enajenó muchas simpatías, no por su culpa desde luego, sino por culpa del mundo que pasa en estos momentos por un periodo de indiferencia para con los apóstoles, y en estas materias la indiferencia es más gravosa y destructora que la hostilidad armada.

▪ ESCENAS EN «POMBO»

UNA NOCHE CLARA Y ARDIENTE del asolador verano de Madrid, en 1923, tropecé a las cuatro de la mañana, en la Puerta del Sol, con Luis Araquistain, amplio, risueño, la cabeza cubierta con un fieltro claro de anchas alas acogedoras y el brazo defendido por un nudoso bastón amenazante en otras circunstancias.

—¿A dónde va usted? —me dijo con su jovialidad acostumbrada.

—Hombre —dije, señalando las constelaciones más bajas—, a acostarme.

—¿Acostarse? —objetó—, ¿a las cuatro de la mañana en Madrid, en la madrugada precisamente del día en que Ramón Gómez de la Serna da a la curiosidad de las gentes, desde su silla de observación en el café Pombo, la última de sus producciones?.

No fue difícil convencerme y a pocos minutos entrábamos de brazo los dos al café Pombo. En la mitad del salón en que ordinariamente se servía el líquido favorito de los madrileños, frente a una mesa de no comunes dimensiones,

se sentaba plácido, robusto, comunicativo y eminentemente sociable, Ramón Gómez de la Serna, con su acostumbrado traje de ciudadano que ha vivido en el Campo.

Nos saludó jovial y un poco estrepitosamente, debido sin duda al hecho de que según todas las reglas de la cortesía literaria Araquistain ha debido presentarse desde el principio de la noche. La noche para la gente de actividades o aficiones literarias comienza en Madrid a las doce. Se movía don Ramón en su asiento con mucha diligencia y desembarazo, atento a las personas que se presentaran. Saludó a Araquistain efusivamente y en seguida a su acompañante. Dijo luego que nos iba a dedicar a cada uno de los dos un ejemplar de *Pombo*, título del libro que daba esa noche a la curiosidad del público. Comenzó por mí, equivocadamente. Noté que en la mesa había más de un tintero y varias plumas. Parecía una mesa de elecciones en una capital suramericana. A los dos lados del autor, sobre la mesa, había pilas de libros, altas, de medio metro. La había también de altura mucho mayor sobre el suelo a ambos lados de la silla donde el autor se agitaba generosamente. Al ofrecerme amablemente un ejemplar, se dignó preguntarme en tinta de qué color prefería la dedicatoria.

—¿En negra, roja, verde, morada? —interrogó mirándome fijamente.

Confieso que no esperaba ser llamado a contestar una pregunta de tanto significado y vacilé unos instantes antes de contestar.

Recorrí en mi mente los nombres de los colores mencionados y para no pecar de extravagante o refinado me

decidí por el más familiar de los usados en este artículo de comercio.

—Negra —dije, como un estudiante que recordara difícilmente la lección.

De camino a casa pensaba yo filosóficamente: ¡qué variedad tan generosa en los tipos de una sola raza humana! Maeztu, Araquistain, Gómez de la Serna.

▪ ALBERTO GUERCHUNOFF

EN 1925 CONOCÍ BUENOS AIRES. De entonces hasta 1936 viví allí cosa de ocho años en diferentes oficios y empeños. En esos once años la ciudad cambió notablemente de aspecto, de fisonomía moral, de gobiernos y de preocupaciones culturales. Pero no voy a hablar de Buenos Aires sino de algunas figuras humanas allí asentadas o de paso. Ninguna de ellas dejó en mi espíritu impresión más duradera que la de Alberto Guerchunoff, periodista, autor de novelas, hombre de pensamiento propio y de carácter firme; capaz de grandes simpatías y de tenaces repugnancias. Inclinado al bien por naturaleza, pero intransigente con el mal hasta la agresión. Vino, según me contaron, a Buenos Aires, cuando tenía apenas unos seis o siete años. Aprendió el español viviendo en una colonia agrícola de que hacían parte sus padres. Fue hombre de varias lenguas. Conocía el alemán, el francés, el inglés, no sé si el ruso y el hebreo y, poseedor de una curiosidad universal enfrenada sólo por el buen gusto, difundía su mente por cuatro o cinco literaturas antiguas y modernas para deleite propio

y de quienes teníamos el privilegio de tratarlo. Dedicó no escaso tiempo del que había menester para sus estudios al de los clásicos españoles, y es por ello su estilo de un sabor básico en que se nota la fuerza de Quevedo y de Saavedra Fajardo, preciosamente combinada con la suavidad de un Fray Luis de León y la sonora corriente de un Solís. Es de una franqueza abierta y generosa. A poco de hablar con él ya sabe uno de sus preferencias mentales, de sus grandes simpatías idealistas y de sus imposibles resistencias ante ciertos hombres y cosas. Nos habíamos hablado muchas veces y ya sabía yo de su pasión admirativa por Enrique Heine, y de su actitud de respeto iluminado por su capacidad de comprensión ante la obra y la vida de Goethe, con innegables restricciones ante su frialdad de propósito y doctrina y sus ademanes olímpicos, un tanto exagerados por quienes le conocen menos de lo que lo admiran. Tiene fino el sentido del humor y es temible y cáustico su genio satírico. Escribía en un diario porteño un caballero de no muy fácil pluma. Un día entró este señor a mi despacho y después de cambiar los cumplimientos de uso, empezó a distraer su vista curioseando estampas colgadas en los muros. Notó que una colocada a cierta altura, se inclinaba fuertemente de un lado. Diciendo que su naturaleza se afectaba penosamente con la contemplación de la asimetría y de las estampas o cuadros descentrados, pidió permiso para corregir la oblicuidad de la estampa. Acercó al muro una mesa, se subió sobre ella y empezó a mover el cuadro buscando el paralelismo de sus bordes con las líneas del cielo raso. De pies sobre la mesa estaba, cuando acertó a

penetrar Guerchunoff en la estancia. Miró a nuestro colega de pies sobre la mesa y le preguntó: «¿Estas escribiendo?».

Entre sus debilidades, Guerchunoff se ha dejado dominar por la gastronomía. De paladar refinado, como su gusto literario, aprendió algunos secretos del arte culinario y lo ejerce ocasionalmente en honor de amigos o amigas.

Es hombre fuerte, fue voluminoso —me dicen que han mermado sus medidas—, marcha siempre mirando hacia lo alto con aspecto de hombre naturalmente serio. Ha escrito *Los gauchos judíos*, escenas de la vida de los israelitas en una colonia argentina de trabajadores; una novela de costumbres políticas bonaerenses en que algunas escenas y personajes tomados del natural sorprenden por la verdad de la representación, la gracia y la fuerza del relato. *La clínica del doctor Mefistófeles*, la última de sus novelas, si así puede llamarse, le da ocasión a Guerchunoff para comunicar al mundo sus opiniones de una acritud graciosa y en muchas ocasiones justa sobre la vida y los hombres. Es un libro en el estilo del *Cándido* de Voltaire o de las *Opiniones de M. Jérôme Coignard*, sin el optimismo burlesco del primero ni la fingida benevolencia de France. Un médico que ha hecho el viaje de la vida con gran talento de observación, y una enfermera interesante por su pasado, como dicen los ingleses, muestran algunos aspectos contradictorios o simplemente ruines de la vida, haciendo pasar por el escenario de un consultorio médico personajes varios a quienes desnuda espiritualmente la gracia un tanto acidulada del veterano observador.

Su más intensa y significativa labor ha sido la de periodista. Su temperamento de luchador ha encontrado en la

prensa diaria campo extenso y propicio para defender sus ideas y difundir sus ideales. Siendo de temperamento y de convicción un hombre profundamente bueno, es inclinado a la lucha por naturaleza y en la lucha resplandecen su talento y su copiosa información literaria.

▪ ANTONIO AITA

DESDE ANTES DE IR A LA ARGENTINA, por cartas de lector movido a la contradicción y mediante ellas, hice relaciones, en vigor aún, con Antonio Aita, espíritu de los pocos que a pesar de los tiempos creen todavía en la verdad, en la razón y en la justicia y acomodan a ellas las prácticas de su vida, con la esperanza de que sean siempre guía de los hombres en sus relaciones mutuas y con la sociedad y el Estado. Cuando tuve el agrado de tratarle en Buenos Aires, comprendí el fondo de bondad sobre el cual descansaba su carácter y me atraieron su franqueza y su manera de juzgar al hombre en particular, y a los hombres. Era extraordinariamente sensible para captar las limitaciones y extravagancias del prójimo, pero con un alto criterio de moralista y de hombre de mundo no juzgaba al prójimo por sus defectos sino por sus opacidades de hacer el bien, y hallaba tendencias, en su sentir, aprovechables, en el fondo de los peores defectos es hombre de entusiasmos, pero sí de convicciones. Hay varias maneras de ser bueno, pero es preciso serlo. Su principal virtud es la tolerancia.

Los moralistas dicen: «debe ser tolerante con los hombres desviados, no se debe ser tolerante con el mal». ¿Pero si uno no es tolerante con el mal, frente a qué acciones o principios se ejercita la tolerancia? ¿Vamos a ser tolerantes con el bien? En verdad que a veces la virtud y la excesiva corrección piden a gritos el ejercicio de la tolerancia, como se ve en varios de los dramas de Ibsen.

La amistad iniciada en cartas por allá en 1919, ha durado desde entonces sobre la firme base de mi admiración, de la comprensión mutua y de la ilustrada bondad y tolerancia de mi amigo. Su conocimiento de gentes, pasados tiempos, enemistades y complejidades sociales me señalaron rumbos y me mostraron los callejones sin salida. El callejón sin salida no es un peligro sino cuando se ignora que no la tiene. Entrando a él a sabiendas, preparado el transeúnte para regresar por el mismo camino, el callejón cerrado ofrece saludables enseñanzas y a veces apreciables ventajas.

Reconociendo las imperfecciones, los vacíos de la organización social argentina y las flaquezas de su origen, Aita es un patriota acendrado. Su patriotismo le ha hecho más bien a la Argentina que el estrépito nacionalista de muchos políticos inconclusos. Ha escrito sesudos y penetrantes, dignamente personales trabajos sobre autores extranjeros, argentinos y latinoamericanos. Es un grande, un escrupuloso y sereno hombre de estudio. Conoce, además de su lengua y la literatura de esta lengua, varios idiomas extranjeros con las obras capitales que en ellos se han escrito. Es un admirador inteligente y documentado de la literatura

francesa, que ha seguido en sus alternativas, desarrollos y expansiones con un interés apasionado en los últimos cuarenta años, sin descuidar los siglos pasados. Su crítica es de análisis, no de negación ni de episodio. El busca en los autores que lee los íntimos resortes de su actividad, las fuerzas que los impulsan y determinan la cualidad y la esencia de sus obras. Le apasionan también algunos escritores italianos cuya lengua conoce a fondo y de cuyas bellezas y encantos es juez autorizado. Conoce también para su regalo y para deleite de sus lectores, el inglés y la literatura inglesa. Sobre escritores americanos de esta lengua ha escrito páginas a las cuales puede el lector acercarse con seriedad y esperanzas de provecho.

Sus estudios sobre escritores extranjeros han hecho conocer a la Argentina. Los franceses dicen: «*on nous lit partout*»; pero no dejan de manifestar un cierto empeño en averiguar por dónde queda ese «*partout*». A veces se llevan cada chasco. Los autores franceses leídos por ciertos aficionados de nuestro hemisferio, son: Alejandro Dumas, el de *Los tres mosqueteros*, y el Victor Hugo de *L'homme qui rit*.

Pero Aita ha hecho más que escribir sobre autores extranjeros para atraer la mirada de las gentes de otros países. A su actividad e influencias se debió la reunión en Buenos Aires, en 1936, del Congreso de los Pen Clubs, donde muchos extranjeros capaces tuvieron ocasión de apreciar lo que significa Argentina no sólo como producción de alimentos exportables sino como cultura y carácter. Por esfuerzos de Aita se organizó en Buenos Aires oficialmente la Comisión Internacional de Cooperación

Intelectual. Esta institución hizo publicaciones de información y de mérito literario, algunas de las cuales sirvieron, como *El libro argentino en Europa*, para abrir un poco el horizonte europeo a las corrientes culturales de la Argentina.

▪ ENRIQUE LARRETA

ENRIQUE LARRETA, EL AUTOR de *La gloria de don Ramiro*, de *Zogoibi*, de trabajos de investigación histórica y de algunas obras de teatro, a quien todos en Argentina y fuera del Plata le tienen por un modelo de felicidad terrestre, no se cree a sí mismo ni afortunado ni en camino a serlo. Posee en Buenos Aires, en un barrio elegante y tranquilo, una casa que es un palacio con todas las comodidades apetecibles para el hombre moderno. Tiene al sur de Buenos Aires, a unos doscientos kilómetros de distancia, una casa de campo, un edificio de estilo español, cuya arquitectura adorna la campiña desde una colina que domina el paisaje de llanura y montaña en una extensión cuyos límites son de un lado los Andes meridionales y del otro el horizonte marino del Atlántico. La casa fue edificada para servir de asilo al gusto refinado y al intermitente hastío de una sensibilidad y una inteligencia exquisitas, una sensibilidad y una inteligencia que de continuo se estudian a sí mismas. La casa está construida para servir de habitación a su dueño y a sus amigos, en invierno y en

verano. Está dividida por eso en dos partes independientes y distintas. La más cómoda y tentadora es la que sirve para domicilio de verano. En la comarca donde está situada, los veranos no son rigurosos. La temperatura es de una suavidad y constancia bonancibles. Por la noche, la contemplación del cielo desliga de las cosas terrestres y le descubre al observador sofisticado por el brillo inarmónico de la noche, en las grandes ciudades, nuevos y profundos aspectos de belleza.

Hay en las tierras pertenecientes a la bella posesión todo género de cultivos; pero ninguno de ellos altera la fisonomía del paisaje como sucede en otras fincas de esta clase, donde el aparato de explotación es más visible que las cosas de la naturaleza. A esta distancia de las grandes ciudades se puede contemplar mejor el campo argentino y gozar con plenitud de su eterna y humana belleza. En la manera como el dueño de esta preciosa propiedad ha edificado vivienda, dispuesto cultivos, rectificado a trechos la naturaleza, se ve la mano del artista y el pensamiento de quien tiene y cultiva el sentimiento moderno de la naturaleza. Hasta aquí no ha llegado todavía la invasión despótica del ingenio mecánico, dominador no solamente de la naturaleza sino del hombre. Una anécdota es suficiente para mostrar cómo a doscientos kilómetros de las grandes ciudades, la naturaleza reclama sus derechos y en presencia del hombre capaz de sentirla, triunfa sobre el mecanismo despótico. En una de mis últimas visitas a su hacienda quiso don Enrique hacerme conocer dos tractores, la última palabra de la fuerza motriz aplicada a las

labores de campo. Se decía entonces que el tractor estaba transformando a Rusia, después de haber cambiado la fisonomía de los trabajos agrícolas en el Canadá y abierto en los Estados Unidos inmensas regiones a la actividad de los agricultores. Vi los dos tractores. Don Enrique muy ufano de habérselos procurado me explicó su excelencia, su eficacia, la economía de trabajo y de tiempo que representaban. Pensaba yo, cuándo se vería inventado un mecanismo semejante para pensar y escribir con más rapidez y más bellamente que lo hacen ahora algunos poetas de mi conocimiento.

Dos o tres años después volví a ver a don Enrique en su alquería y en su palacio. Recorriamos las habitaciones de los campesinos, el gallinero, las casas donde habitaban los domadores de potros. De pronto al extremo de un corredor alcancé a divisar los famosos tractores, cuya apariencia infundía sospechas de que hacía algún tiempo gozaban de un reposo doméstico. «¿Y estas máquinas, dije, han cumplido ya su misión civilizadora y evangélica?». Don Enrique es accesible a todas las formas inofensivas del humor y me dijo: «No era necesario que la cumplieran. Descansan de haber trabajado muy poco». No entendí bien el significado de tan bellas palabras: «descansar de haber trabajado muy poco», y con la mirada manifesté la hondura de mis perplejidades. El entendió las señas y explicó: «Los tractores son buenos para ahorrar trabajo y dinero y para aumentar la producción a pocas expensas. Un tractor hace el trabajo de tres o cuatro caballos y lo hace más rápidamente. Ve usted ese caballo que descansa

en medio del prado; es un percherón de raza, lento pero de una fuerza irresistible. Esa bestia con un compañero semejante hace el trabajo de un tractor. No consume sino yerba, que aquí no cuesta nada. No ha menester lubricante, ni mecánico que revise su mecanismo interior. Cuando la edad o la enfermedad lo inutilizan, sus descendientes lo reemplazan gozosamente. El caballo por estas latitudes es de poco costo. En los caminos habrá visto usted algunos que pastan descuidadamente la yerba de la vera del camino. Muchos son bienes mostrencos. Hasta el año de 1880, como lo habrá usted leído en Wilde, los pordioseros pedían limosna en Buenos Aires a lomo de gallardos corceles. Todavía tardará la hora en que el tractor venga a reemplazar en estas latitudes al noble bruto».

En su casa de Buenos Aires, tiene don Enrique un óleo de Zuloaga, que lo representa sentado en una roca con el brazo extendido sobre el cuerpo. El pintor quiso darle tanta extensión e importancia al brazo, que el mismo don Enrique, cuyos conocimientos en materia de pintura pasan de la mera afición, encuentra defectuosa la longitud del brazo. Parece como si Zuloaga se hubiera inspirado en un retrato de Goethe, obra de Tischbein, en que el grande artista de la palabra y de la vida tomó una posición semejante para hacerse retratar. Pero don Enrique no tiene afinidades con Goethe ni en la vida, ni en la obra, ni en el pensamiento. No es que yo haga comparación en magnitudes. Un autor de menor significación puede tener similitudes con el genio. Espronceda puede hacer pensar en Byron. De Heine puede uno acordarse leyendo a Bartrina,

que le es sumamente inferior. Si yo hubiera sido pintor y me hubiese visto en el caso de pintar a Larreta, me habría inspirado no en un personaje real como Goethe sino en una criatura de imaginación como Hamlet. Hasta en las actitudes exteriores se parece al príncipe el autor de *La gloria de don Ramiro*. Parece siempre dominado no por una idea sino por un recuerdo o por un presentimiento. En pos de largos silencios, con la mirada desierta, de súbito habla como recordando algo que no quisiera hablar. Es un hombre rico, muy rico, generoso, en ocasiones derrochador, tiene numerosos y desinteresados admiradores, su buen nombre de escritor es reconocido en el hemisferio y fuera de América, pero hay algo en que piensa de continuo, algo que desea probablemente con intensa voluntad de no hacer nada para conseguirlo, que da los perfiles de su rostro intelectual. No es la necesidad, como en el príncipe danés, de ejercer venganza sobre un crimen. No es la irresolución su más marcada flaqueza intelectual. Se parece tal vez a Hamlet en que el pensamiento paraliza en él otras formas de la voluntad. Pero en Larreta no hay oposición entre la actividad material y la actividad del pensamiento. Su estructura sentimental ha sido probada por el destino. Ha perdido trágica y dolorosamente dos hijos, un hijo y una hija, ambos en la flor de la edad. Conocí al hijo mayor, mozo de hermosa apariencia, inteligente, con dotes de artista que se aplicaban con empeño y bien logrados frutos al estudio de la arquitectura. Era, además, un apasionado admirador de su padre. Antes de concluir sus estudios, frente a un porvenir dorado, una

enfermedad inclemente destruyó en pocos meses todo un porvenir diseñado por la razón con gentiles rasgos de felicidad para sí, en un medio que le admiraba ya sin reservas. ¿Qué memoria flagela sus cognaciones? ¿A qué aspira fuera de las capacidades de su gran talento, de su visión artística de la vida, de su gran fortuna?

A la vista de su cómoda y hermosa mansión, don Enrique se propuso formar un extenso parque no sólo para adorno del paisaje sino también para pasear en el verano a la sombra de los árboles y procurarse la dulce sensación de la compañía de las plantas en los bosques primitivos. Don Enrique es un grande amigo y admirador del árbol. Se explica que en España las amplias llanuras desnudas no le ofrezcan al viandante el alivio de las altas formas vegetales para descansar la mirada. No es que el español, como han dicho algunos, sea enemigo del árbol. Es que en su pobreza, y antes de que se usara el carbón de piedra como combustible doméstico, el árbol servía de leña para la cocina y para defenderse de las bajas temperaturas en el invierno. Se admiraba, sin embargo, de que en la pampa argentina no hubiese más vegetación que la yerba, la paja brava como maleza. Tenía su especial teoría para explicar la desnudez arbórea de la llanura argentina. Allí el hombre no había destruido la selva, por la escasez en algunos puntos casi absoluta de población. No puede achacarse la desnudez a los españoles, porque ellos encontraron allí la llanura escueta. Su teoría, parte del principio de que la pampa que es un enorme estuario no tenía árboles al ser abandonada por las aguas. Los ríos en sus avenidas y las aves en

sus movimientos migratorios traían sin duda semillas y las semillas germinaban; pero, en su sentir, los numerosos roedores de la región y la innumerable cantidad de insectos, devoraban los cotiledones apenas aparecían sobre el suelo.

Pero el argentino moderno ama el árbol apasionadamente. Le embellece el monótono paisaje de las llanuras limitadas apenas por el horizonte. Le sirve de apoyo a la vista para dominar la amplitud del círculo presente a su vista. Le ofrece sombra al viandante para defenderse del calor excesivo en el verano. Una casa en la pampa, en la mitad de un espacio cercado de alambre, con un molino de viento para extraer agua del suelo, desamparada de la forma acogedora del árbol en su vecindad, es un espectáculo triste, una presencia humana incompleta.

Don Enrique ha querido llenar este vacío de la llanura austral, formando a la vista de su casa de campo, desde el pie de la colina donde está edificada, un hermoso parque, digno de ser definido como una obra de arte. Con ojos de artista y pródiga mano de hombre acaudalado, él ha dispuesto allí los árboles de manera que cada uno de ellos embellezca a su modo el puesto que ocupa. Hay allí bellos ejemplares de la flora enhiesta. Olmos acogedores, encinas augustas, cedros del Líbano como grandes candelabros de un verde plateado cuyas ramas juntan el suelo con el firmamento. Es espacioso el parque. Tiene veredas por donde se puede circular cómodamente a pie, a caballo, en automóvil, y gozar de la vista individual de los árboles allí donde no se puede apreciar la majestad, la excelencia, la nobleza, el humano encanto del bosque.

Paseábamos un día contemplando las varias especies de árboles traídos de otras zonas, algunos de los cuales parecían acomodarse en el parque como en su propio medio, cuando acertó a pasar un gran vehículo de motor poderoso, abierto y ocupado en su totalidad por seis u ocho personas todavía jóvenes en apariencia, ataviados, hombres y mujeres, con trajes de campo, de colores vivísimos. No se alcanzaban a percibir las palabras, pero se escuchaba el alegre rumor de las voces en un ambiente de luz y en una dulce temperatura de mediados de la primavera, precursora de la alegría.

Con ceño de ausente complacencia, dijo don Enrique:

—Me conturba el ánimo el bullicio con que suelen acompañar estas gentes su paso por la vecindad.

—No comprendo, don Enrique, cómo persona de tan nobles sentimientos pueda sentirse mal impresionada por la alegría ajena en un día tal como este, bello como un augurio de felicidad.

—No es eso, mi querido amigo, es que esas gentes me traen un recuerdo ingrato y acaso... acaso...

Insistí en escuchar todo su pensamiento y me vertió el contenido de su experiencia.

—Vivía, dijo, cerca de aquí un emigrado italiano de esos que empiezan su fortuna vendiendo helados o cerillas en las calles. Sin duda había recibido una educación superior a la mayoría de sus semejantes desplazados. No era un ejemplar cualquiera de la especie migratoria. A poco andar tenía tienda de géneros de algodón y de lana. Le ayudó la suerte y se hizo muy rico. Compró una vasta propiedad

en estas vecindades, y cerca de la casa por él mismo construida plantó un hermoso parque, en mucho superior a este por su magnitud y por la variedad de los árboles allí aglomerados. Era generoso y parecía tener conocimientos extensos de arboricultura. Como hacía frecuentes viajes a Europa solía traer de allí nuevas especies para su lindo bosque. Admiré más de una vez su gusto y sus conocimientos. Me hizo presente de algunos ejemplares. Este es uno de sus meritorios obsequios, dijo, señalando un álamo italiano, enhiesto, con aspiraciones a lo infinito por la altura de su talla. Calló por unos instantes y continuó diciendo: «Murió hace pocos meses el señor dueño del parque. Sus hijos, hijas, yernos y nueras que acaban de pasar regocijados e inocentes de toda complicación en los adelantos del arte, vendieron el parque para leña».

Hizo un gesto como para lanzar una palabra, extraña hasta donde yo le conozco a su copioso y escogido vocabulario. Un filósofo desprevenido hubiera observado: «Es la ley, don Enrique, cuanto quede de nosotros, si algo queda, servirá al fin y al cabo para leña. No es tan mal empleo, como no sirva de hoguera para otros».

▪ MURRAY Y PAINLEVÉ

EN 1931 FUI NOMBRADO POR la Sociedad de las Naciones miembro de la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual. Quiero recordar que en este nombramiento no influyó para nada el gobierno de Colombia, ni gobierno alguno americano o de otro continente. Se quería buscar, supongo, un hispanoamericano que conociese las naciones del hemisferio de origen peninsular y que simpatizara con los sentimientos característicos de estos pueblos. Para un periodista sudamericano esta designación era especialmente lisonjera. Primeramente le facilitaba hacer un viaje anual, durante cinco años, a Europa, a ponerse en contacto durante varias semanas con algunos representantes conspicuos de muchas nacionalidades; en segundo lugar, por el monto de los emolumentos, les daba ocasión a los favorecidos de visitar varias naciones de Europa y renovar anualmente las impresiones de lo que se veía en la superficie o lo que auguraban las constelaciones.

Vivía entonces en Buenos Aires, de donde es más fácil moverse en todos los rumbos del planeta, a causa de la

cantidad de barcos que salen del puerto diariamente y de la organización que las varias compañías interesadas le han dado a ese servicio o le daban en ese momento. Salía uno de su hotel en la calle Florida, ocupaba su camarote en el buque y a los catorce días, después de parar en Montevideo, Santos, Río de Janeiro y las islas de Madera, estaba en Vigo, o en Southampton, en Cherbourg o en Hamburgo, según fuese su itinerario. Yo entré por Vigo con el propósito de ir a Madrid y felicitar a muchos amigos que en ese momento organizaban la nueva República española. Debo apuntar que contemplé con gran placer la transformación de España, pero a la mayor parte de mis amigos no pude verla, porque la República demandaba en ese momento todas las horas útiles de su vida. Quiero recordar a mis lectores que el año de 1931 fue de ominosos augurios para el mundo todo. La crisis económica del 29 duraba aún con caracteres perturbadores. Ya Hitler había dado comienzo a su carrera de amenazas y embaucamientos. En España, la nueva República; en Francia, el espectro de Alemania en el empeño de armarse; en Suiza, intranquilidad económica —un banco suspendió pagos mientras duraban las sesiones de la Comisión de Cooperación Intelectual—; en Austria, el nazismo y la posible anexión (Anschluss) eran una causa de zozobra, sin contar con que la economía general del mundo se hacía sentir en Viena más dura y acerbamente que en muchas otras capitales. Se sentían la miseria y la falta de fe en los movimientos y actitudes de la gente, lo mismo en la calle que en los restaurantes, hoteles, teatros y tiendas de todo género.

Llegué a Ginebra en julio de 1931. Conocía la ciudad, donde había vivido durante nueve meses en 1909, y mi primer cuidado fue ponerme en contacto con las autoridades de la Sociedad de las Naciones que preparaban la reunión de la Comisión de Cooperación Intelectual. No se trata aquí de describir los trabajos ni el objeto de esta institución en cuyas actividades y expansión se ocupó con grande empeño e inteligencia la sociedad ginebrina, sino más bien de sugerir la atmósfera en que se trabajaba y recordar la fisonomía y actitudes de algunos de sus miembros. Había muchas naciones representadas, pero no todas las que formaban parte de la Sociedad de las Naciones. Había sólo un representante para todos los países de la América Latina. Todas las grandes potencias, excepto los Estados Unidos, estaban allí adecuadamente representadas. El grave y sapientísimo Gilbert Murray, de helénica fama y de brillante reputación como autor de libros sobre la cultura griega, presidió las sesiones. Su presencia sola les daba gran significado. De grato aspecto, a pesar de su profunda seriedad, su persona imprimía carácter a las deliberaciones. Painlevé representaba a Francia. Su corpulenta persona, su fama de matemático, sus ideas políticas ocupaban un gran puesto en la sala de la conferencia y en el ambiente de las deliberaciones. Creía en las ideas colectivistas con la misma intensidad de persuasión que en los teoremas del cálculo infinitesimal. No estaba todo en Ginebra. Su persona asistía con puntualidad al salón de las deliberaciones y cuando acaso intervenía en los debates, sus razones y su palabra daban cuenta de estar al cabo de cuanto interesaba a

la comisión. Pero en ocasiones su mirada se desprendía del ámbito en que todos nos movíamos y su fisonomía parecía estar ausente contemplando las alternativas de la política en Francia o el juego de los intereses en las relaciones de las grandes potencias. Mas cuando tomaba la palabra en asuntos de cooperación intelectual, mostraba claramente que tenía la percepción múltiple y que simultáneamente como en otro tiempo y otros lugares hubo de hacerlo San Antonio, asistía a las sesiones de Ginebra, a los pasillos de la cámara francesa y a las maniobras del gabinete en París.

Painlevé era de pocas palabras. En representación de Alemania había venido a Ginebra y ocupaba puesto conspicuo en la comisión el director de la biblioteca prusiana del Estado. Es de anotar que la más importante de las bibliotecas alemanas es la de Prusia y tiene su asiento en Berlín. Su director, hombre discreto y profundamente informado en la ciencia de los bibliotecarios, sólo hablaba de las cosas que le eran conocidas. Cuando se trataba de temas extraños a sus conocimientos especiales, escuchaba con atención imponente, sin permitirse una intervención. Entre los asuntos de la agenda figuraba un día el de los índices o catálogos de las bibliotecas. La mayor parte de los presentes sabía ser ese un punto de grande importancia. Los más no sabíamos que esa fuera una ciencia llena de recónditos principios y asaltada también por dudas filosóficas torturantes. Así nos sorprendió un día la discusión sobre un punto dudoso entre Painlevé y el representante de Alemania. El punto era de una complicación tan honda y sutil respecto a la manera como debían clasificarse y señalarse las

obras de una biblioteca, que en un principio la Comisión pareció desentenderse de la discusión; pero a medida que avanzaba el cambio de ideas, el representante de Francia empezó a levantar la voz y a gesticular con cierta viveza. El prusiano parecía estar muy seguro de sus conocimientos porque contestaba con firmeza y posesión de sí mismo. La competencia acabó por absorber la atención de todos los presentes. Un oriental que no entendía francés, preguntó en inglés a su vecino de qué se trataba. Su vecino le explicó lo mejor que pudo la causa del contraste. Sonrió el oriental suavemente, como si dijera: «¡Reñir tan acaloradamente sobre la manera de hacer un catálogo! Yo pensaba que tal vez se trataba de una cuestión económica o religiosa».

A este respecto quiero contar una anécdota acerca del servicio en el «cuarto de lectura» del Museo Británico. Los ingleses llaman cuarto de lectura un salón circular, con mesas de trabajo suficientes para acomodar a mil personas que ocupando allí un puesto tienen acceso a tres y medio millones de volúmenes. Necesité un día para consultar un libro que recordaba haber leído, pero de cuyo título y autor no me acordaba con precisión. Sólo hacía memoria de que el autor era francés y su tema la psicología del humor. El catálogo de autores de aquella majestuosa acumulación de los conocimientos humanos es perfecto y es de por sí otra biblioteca; pero el de materias es menos fácil de dominar y consultar. Cansado de buscar resolví dirigirme a la mesa de consultas en solicitud de auxilio y comencé por decir: «El catálogo de autores está muy bien, pero el de materias me parece muy deficiente». El grave y

modesto funcionario sonrió inteligentemente y concedió que en efecto ellos no lo encontraban satisfactorio y propuso: «El sistema que tenemos deja mucho qué desear: lo reconocemos; pero si usted tuviera alguno mejor qué ofrecer, nosotros le pagaríamos por él un buen precio». Guardé un silencio de contrición. El funcionario, más avezado que yo al uso de los catálogos, logró dar con el título y el autor de la obra que buscaba.

▪ EN LA TORRE DE BABEL

EL TRABAJO EN LA COMISIÓN era más de observación que de efectivos resultados. Nos reuníamos dos veces al día. En las horas de la mañana ponían los secretarios y las mecanógrafas frente a cada puesto de los miembros una cantidad voluminosa de papeles manuscritos sobre trabajos del Instituto de París y sobre temas por dilucidar en Ginebra, en diez días, duración de la conferencia. Era imposible leerlos mientras duraba la sesión, porque ello suponía el acto descortés de desentenderse de lo que trataba el presidente o de lo que discutían otros miembros. Se suspendía la sesión a las once o doce. Íbamos a almorzar. Generalmente era un convite, donde se prolongaban las discusiones de la sesión matinal. A la tarde otra reunión. Apenas se abría la sesión venían los empleados y empleadas a colocar frente a cada puesto nuevos manuscritos, en mayor cantidad que en las horas de la mañana. Sobrevenían nuevos discursos a los cuales era menester prestar atención. El trabajo, fuera del que imponía la necesidad de escuchar oraciones pronunciadas en idiomas tan distintos

como el inglés y el polaco, era imposible en las sesiones. El tiempo restante, dedicado a la alimentación realizada a veces en forma solemne y entre discursos más o menos elocuentes, o a la lectura de la prensa, en la obligación en que todos estábamos de enterarnos de lo que iba ocurriendo en el mundo, se pasaba sin haber podido nadie echar una ojeada sobre los manuscritos. Al tercer día de las sesiones el volumen de esa documentación en las habitaciones de los delegados asumía tales proporciones que su sola contemplación disuadía a los más temerarios de la empresa de empezar su lectura.

A mi lado se sentaban el delegado japonés a la derecha y el chino a la izquierda. El japonés leía siempre los papeles que llegaban a su mesa y no se preocupaba de otra cosa. Sonreía continuamente en forma estereotípica. Decía conocer y hablar el francés correctamente. Había vivido en Francia, desempeñando misiones de su gobierno, muchos años. Seguramente hablaba el francés con pureza gramatical, dentro de una oscuridad fonética casi impenetrable. La nasalidad de esa lengua combinada con el esfuerzo gutural de la japonesa, desafiaban la voluntad más sincera de comprenderlo todo. Jamás pidió la palabra para hablar a los delegados en masa. El chino era sonriente y poco comunicativo. Ponía atención infatigable a cuanto se decía y parecía entenderlo todo. Hablaba inglés, pero era muy parco de palabras en esa y en otras lenguas.

Los traductores llenaban en la conferencia lugar conspicuo. Los delegados hablaban desde sus puestos. Los intérpretes, de pies, en mitad del salón de sesiones, eran todo

oídos para traducir, inmediatamente y de memoria, de unas lenguas a otras con una fidelidad y garbo sorprendentes. Del francés al inglés, de este al otro, del español o del italiano a las otras dos lenguas, traducían estos funcionarios imperturbablemente como si tuvieran iluminación de lo Alto. Cuando acaso un orador se permitía una salida humorística la repetían en la traducción con todos sus detalles, seria y fielmente.

El autor de estas memorias debía, como representante de las naciones hispanoamericanas, dar noticia acerca de ellas y defender sus valores y aspiraciones intelectuales. Para aclarar su posición pidió la palabra. Dijo, hablando en inglés, para suavizar la labor de los intérpretes, que para representar a la América española en esa importante institución debía haber si no un delegado por cada país, a lo menos cuatro o cinco individuos adecuadamente escogidos para dar noticia sobre esas repúblicas y representarlas en lo intelectual. No era posible esperar que hubiera un individuo idóneamente equipado en el conocimiento de la situación material y de los valores intelectuales de dieciocho países entre los cuales había diferencias tan notables como entre Suecia y Dinamarca, o entre Francia y Suiza. Sería muy difícil encontrar un americano del norte o del sur que pudiera hablar con la misma autoridad y conocimiento de México, de Haití, del Paraguay y de Colombia, para no mencionar otras comarcas. El supuesto representante de Hispanoamérica, decía el orador, ha recorrido casi toda la América del Sud y conoce todas las grandes capitales del continente excepto México. Puede suministrar

información sobre Colombia y Argentina, países que ha debido estudiar detenidamente, y Venezuela que le inspira curiosidad especial por los vínculos que tiene con su patria; pero respecto a los demás países no puede lisonjearse de conocerlos sino muy superficialmente. El conocimiento de Argentina no suministra facilidades para allegarse a las peculiaridades históricas o intelectuales de El Salvador, y el conocer al Perú no ilustra mucho sobre lo que es y ha sido la República de Cuba. Al hablar de estas diferencias el orador se refirió al conocimiento que en Europa tienen las gentes, aun los hombres de estudio, sobre las naciones y las gentes de Hispanoamérica. Citó el caso de un notable escritor inglés que en un libro sobre Porfirio Díaz habló de Guzmán Blanco, como presidente ilustrado de la República de Colombia, y detalló las dificultades con que tropieza el colombiano en Europa para fijar con precisión en la mente del europeo la posición geográfica y el papel histórico de esta República, que no es de las menos pobladas ni figura tampoco entre las de menor extensión en el continente. A propósito de estas dificultades relató algunas anécdotas sobre su propia experiencia que movieron a risa estrepitosa a los traductores y suscitaron protestas silenciosas de algunos de los delegados. El presidente señor Murray, británico, de seriedad y corrección imperturbables, miraba al cielo raso del salón para no dejar conocer en la austera expresión de sus facciones la impresión de protesta que esas reminiscencias habían producido en su ánimo.

La mirada retrospectiva puesta en los hombres señala menos diferencias que cuando se la pone en las obras de los

hombres. El hombre varía poco de un siglo a otro, mucho menos de una generación a otra. El teléfono se diferencia un tanto del mensajero pedestre, el automóvil del coche tirado por caballos, la bomba atómica del cañón que se cargaba por la boca. Pero el hombre neolítico vestido de frac, afeitado y sometido a la tortura de zapatos nuevos, causaría tal vez menos sorpresa en un salón de nuestros días, que ciertos hombres de mundo recién llegados de Nueva York o de Miami. Los cambios son lentos y por ello imperceptibles. Todavía gozan de salud y de capacidad admirativa hombres que vivieron en tiempo anterior al alumbrado público por medio de la electricidad, a las inyecciones intravenosas, al examen radial de los enfermos y a las ediciones de periódicos por centenares de miles de ejemplares. Pero esos hombres no han cambiado. Sus costumbres sólo varían para usar de las cosas que ellos mismos han creado. Algunos de ellos gesticulan todavía con la misma gracia o la misma intensidad con que movían las manos y las facciones los habitantes de América antes del descubrimiento, para darles autoridad o eficacia a sus palabras. Otros refieren todavía en sociedad anécdotas escabrosas que eran viejas hace cien años, porque casi todas esas historias subidas de punto pasaron de oriente a occidente con las religiones en que el Asia ha dado muestras de tan generosa inventiva. Los libros, algunos de ellos, pierden su influencia, su prestigio, su notoriedad, como las novelas de Bourget que leíamos apasionadamente hace sesenta años; pero sus personajes de invención tienen las mismas taras, las mismas preocupaciones de los hombres del día. Hay

libros eternos. Creo que su eternidad depende principalmente de que nunca han sido leídos con grande interés por centenares de miles de personas, como las novelas inglesas, saxoamericanas o rusas del tiempo presente o de hace medio siglo. Si hoy apareciese un poema como la *Ilíada* o la *Eneida*, sobre la guerra de 1939, o sobre los amores del rey de Rumania y fueran los dos leídos con avidez por millones de personas, en ejemplares de dos pesos cincuenta centavos, es de temer que a la vuelta de un año serían una curiosidad literaria o un motivo de investigaciones bibliográficas o de estudios eruditos sobre las influencias de la química sobre la antropología trascendental.

▪ UN PERSONAJE DE MIL ROSTROS: LA PRENSA

UNO DE LOS CAMBIOS MÁS intensos que he tenido la ocasión de observar en el estrecho círculo de mis actividades, viene siendo el desarrollo de la prensa periódica en mi país y las alternativas por que han pasado algunos órganos de opinión con los cuales he tenido contacto en otros países. En Colombia la verdadera prensa periódica de estilo moderno vino a existir en la primera década de este siglo. Por los años de 1870 a 1880 solía yo ver en mi casa esporádicamente números del *Diario de Cundinamarca*. No me dejaban echarle la mirada encima los piadosos miembros de mi familia, porque ese periódico tenía reputación de ser poco respetuoso con los dogmas y los miembros de la religión. No me interesaban por entonces las noticias universales o la política, pero yo hubiera querido leer las novelas de Julio Verne que se publicaban allí como folletín. Las noticias de ese diario tampoco tenían mayor importancia. No había entonces servicio de cables y oía decir a quienes leían esa hoja —tenía cuatro páginas—, que el señor Güell y Renté daba cuenta de tales y tales sucesos.

Felipe Güell y Renté —hermano de don José, conocido por sus trabajos históricos y de notoriedad momentánea por haberse casado con una infanta española— era por entonces el único corresponsal extranjero del *Diario de Cundinamarca*. Por los años de 1882 a 85 publicaba en Medellín, Fidel Cano, un semanario, también de cuatro páginas, titulado *La Consigna*, de que he hablado en otra parte, modelo de periódico en su época por la calidad de los escritores que en él colaboraban, por la excelencia del estilo y por la manera digna de hacer la defensa y divulgación de las propias ideas y el ataque a la acción política y a las preocupaciones de los adversarios. Tampoco tenía este periódico servicio especial de noticias extranjeras. El público miraba esta parte de la información con altiva o protectora indiferencia y solía fabricar chistes de real o dudoso ingenio acerca de las noticias que solían aparecer en la prensa periódica.

El primer diario que en Bogotá estableció la publicación de noticias extranjeras recibidas por cable, fue *El Telegrama*, de Jerónimo Argáez. Este caballero, sencillo y donoso hombre de mundo, educado en Inglaterra y experto en el conocimiento de tres o cuatro literaturas, ocupaba una alta posición en la administración de correos, desde la cual aconsejó al gobierno, al celebrar este un contrato con cierta compañía de distribución de mensajes y noticias internacionales por telégrafo, que exigiera del contratista la obligación de comunicarle gratuitamente al gobierno hasta cien palabras de noticias sobre los sucesos importantes de cada día. Don Jerónimo, como le decían sus amigos,

publicaba estas noticias y solía comentarlas. Los profesionales del chiste se divertían comentando ellos las noticias a su manera, pero a pesar de ello queda establecido históricamente que *El Telegrama* creó en Bogotá la necesidad de las noticias extranjeras diarias, sin las cuales no puede vivir hoy ninguna urbe civilizada. Recuerdo que a principios de marzo de 1893, por gentileza de su director, comenté en *El Telegrama* la muerte de Hipólito Taine. Este diario dejó de publicarse a principios del siglo. Nuevos órganos de publicidad habían aparecido. Villegas Restrepo —Alfonso— le dio nuevo impulso a la prensa de información y trató de crear el diario independiente, superior a los partidos y vocero de todas las opiniones razonables y honradas. No logró sus propósitos, pero su ejemplo no fue olvidado, aunque no ha sido posible seguirlo. En Colombia todos tienen que ostentar una opinión política, aunque positivamente no la sientan.

El diario moderno de información desinteresada y en lo posible completa, es un esfuerzo que se debe a *El Tiempo*; esfuerzo razonado y constante, recompensado por el éxito. Al recorrer hoy las dieciocho o veinte páginas de este diario y recordar la cantidad de información y de literatura que nos suministraban los periódicos de Bogotá hace medio siglo, puede medirse el adelanto del país en algunas direcciones, a pesar de las resistencias que la naturaleza, ayudada de nuestro carácter, le han presentado y aún le presentan al curso de las ideas.

Uno de los rasgos de nuestro carácter que sirve de obstáculo a la obra de la persuasión y de la tolerancia, es

la tenacidad con que el individuo se apega a determinadas preocupaciones, mantenidas por la creencia de que las palabras pueden sobreponerse a los hechos y aun hacerlos desaparecer. Con frecuencia se ve terminar una discusión entre dos sujetos de mente exaltada y escasa de iluminación natural, con las palabras «si» y «no», lanzadas de uno a otro individuo para sostener contrarios puntos de opinión.

Esto trae a la memoria una anécdota relacionada con el ingenio natural y el ánimo tolerante de Jerónimo Argáez. Tenía pomposa figuración en Bogotá por los años de 1890, un individuo de pocas luces, de estatura muy superior a la mediana, que hacía descollar de ordinario con capa española y sombrero de copa alta. Tenía la reputación de ser el mejor jugador de ajedrez. Les jugaba a los mejores ajedrecistas concediéndoles la ventaja de una torre. Era tan experto en el billar que ya nadie jugaba con él, y el tresillo, que había sido uno de sus medios de subsistencia, había dejado de serlo porque sus habilidades y su conocimiento de esa intrincada e ingeniosa creación humana sobrepujaban la habilidad de sus más inteligentes contemporáneos. Por él dijo algún chistoso, acaso su víctima de esta corte, que para jugar bien ajedrez no era necesario tener talento.

En una noticia comentada por *El Telegrama* se dijo en esos días que el catolicismo ganaba adeptos en gran cantidad en los Estados Unidos, y que, políticamente, empezaba a tener influencia en sus destinos. Agregaba el diario que las estadísticas hacían ascender entonces a ocho millones el volumen de la población católica en aquel país. Quiso el destino que en una esquina de la plaza principal de Bogotá

se encontrasen el buen humor discreto de Argáez con el espíritu de contradicción exultante del gran sabidor en juegos, que para darse importancia en uno más de los perfiles de su mente, buscaba las oportunidades más volátiles para hacer presente su manera de pensar libre y experimentada. «Creo que estás equivocado, le dijo a Jerónimo, en sostener que hay ocho millones de católicos en los Estados Unidos y que su número crece visiblemente». «Es lo que he leído en libros y revistas serias de aquel país», interpuso Jerónimo modestamente. «Pues yo he estado hace poco en los Estados Unidos y he adquirido la convicción inquebrantable de que allí no hay ocho millones de católicos, aseveró el jugador, ya un tanto exaltado. «Los autores de libros y estadísticas que he leído también viven en los Estados Unidos, y, según ellos, la cifra y la expectativa son exactas», insinuó don Jerónimo. «Están todos en un error», repitió el oponente. «¿Pero en qué te fundas, hombre?», le interrogó de nuevo el periodista. Entonces el hombre de la capa, cuadrándose como para emitir el argumento incontestable, dijo: «Yo los he contado». Argáez con semblante de humildad y aceptación, como excusándose, observó para retirarse: «Si me hubieras dado esa razón desde un principio, la discusión habría terminado desde entonces; mañana rectificaré en el diario con mucho gusto».

Hablando del periodismo cabe hacer memorias de lo que era la prensa antes de 1914. Tuve ocasión de conocerla y de cambiar impresiones y pensamientos con algunos de los que formaban en su ejército de operaciones. Yo mismo

formé parte de ese cuerpo de exploración, en la redacción del semanario *Hispania*, primero, y luego como director de una agencia de informaciones creada en Londres por un diario de Buenos Aires. Como corresponsal de ese diario, estaba entre mis obligaciones la de leer diariamente en su parte editorial, de noticias y de información literaria, el mayor número posible de los diarios londinenses. De rigor tenía que enterarme de cuanto decían sobre estas materias *The Times*, *The Daily Telegraph*, *Dayly News*, *Daily Mail*, *Daily Express* y *Morning Post*. Contemplada de lejos esta diaria tarea puede parecer un entretenido y aun deleitable ejercicio. Llevada a cabo como un deber, tenía a veces carácter de oficio por demás ingrato, sobre todo cuando para cumplirlo era necesario dejar de leer cantidad de libros imposibles de ignorar para no quedarse uno al borde del movimiento ideológico de su época. Libros actuales, libros del pasado en los cuales palpita la vida real de una época que es la vida del espíritu. De todos los diarios mencionados el mejor escrito editorialmente era, sin duda, el *Morning Post*. Recorriendo uno de sus artículos de fondo descansaba o se reponía del fastidio que le causaban la arrogancia de ciertos diarios, la iteración de falsos entusiasmos, de sentimientos afectados, de divagaciones sobre la ausencia de motivos. Sostenía este diario principios en pugna con las ideas que en materia política y social siempre he reconocido como verdaderas, y, sin embargo, tales son el poder y el prestigio de la forma, que mi espíritu reposaba, no sin placer, con su lectura, de la fatiga intelectual causada por otros diarios. Los partidarios de

las ideas políticas opuestas a las de *Morning Post*, le tenían condenado por reaccionario, tradicionalista y contrario al curso ordinario de la civilización. Sin embargo, sin aceptar sus ideas era posible hallar placer en su lectura, aunque no fuera sino en la consideración de que resultaba fácil combatir dialécticamente sus opiniones. Con placer le venía a uno a la mente, el irónico dicho de Anatole France: «*Ce que vous dites, monsieur, est si vrai que l'opinion contraire est parfaitement soutenable*». En la redacción de este diario tenía parte predominante Charles Whibley, pero su nombre no figuraba para nada en las columnas del *Post*. Nunca supe cuyos eran los editoriales de este diario, ni los «*Musings without Method*» que aparecían regularmente en el *Blackwood's Magazine* de Edimburgo y fascinaban por su fluidez y liviandad, por las prendas de un estilo transparente como el agua y soluble en el aire. Atraían también por su contenido en que predominaban la libertad de juicio, el amor a la verdad, la independencia de criterio y un conocimiento excepcional de los hombres y de los resortes que los mueven. Una vez al encontrarle en alguna reunión, después de la guerra del 14, le pregunté si era suyo un editorial del *Morning Post* que en esos días había movido la dura roca de la atención en Londres. «Sí, asintió, pero no lo haga usted circular muy profusamente, porque los alemanes recogen mis artículos para un trabajo que llevan entre manos sobre el subjuntivo en los escritos de Charles Whibley». Después supe que los «*Musings without Method*» del *Blackwood's Magazine* eran expansiones mensuales de su virtud comunicativa. A su muerte (1931). Thomas S. Eliot,

poeta y crítico de excelentes prendas analíticas y de gusto firme y respetado, escribió un cariñoso y penetrante estudio sobre Whibley, en que se hace mérito de su poder como maestro de la frase y como observador finísimo de las flaquezas humanas.

La prensa europea de los años anteriores a la primera guerra mundial pasará en la historia por uno de los adornos más severos y característicos, de una civilización declinante, sin saberlo. En Londres, en un rincón de «*Piccadilly Circus*», no lejos del «Café Royal», había una humilde tienda donde se ofrecían diariamente a la venta todos los diarios de Europa acabados de llegar. Los había en todas las lenguas y dialectos, de esa por entonces supercivilizada parte del mundo. Allí acudían los rusos en busca del *Golos*, los checos a comprar el *Narodny Listy*, los suecos a enriquecer su conocimiento con el *Dagens Nyheter*, los catalanes iban a comprar la *Esquela de la Torraxa*, y todo el mundo salía contento. Londres a principios de este siglo y antes de 1914 era una especie de feria mundial, un mercado para todo género de productos, lugar de cita para las más elevadas inteligencias, para estudiantes de todas las ciencias, para sabios y aventureros, para bellezas profesionales y anunciadores de fama. En Londres se vendía y se compraba todo: fama, honores, sabiduría, virtudes, tiempo y frescura. En la venta de diarios extranjeros solíamos encontrarnos los latinoamericanos con los españoles que iban allí en busca de los diarios de su tierra. Por allí pasaban Luis Araquistain, voluminoso, de anteojos, siempre de aspecto risueño, medurado en el andar y en el

decir; Eugenio Xammar, apresurado en su marcha y en su hablar; a veces José Pía, con algún chiste nuevo. Pedro César Dominici, ministro a la sazón de Venezuela, era un seguro cliente que aparecía sin falta a las seis de la tarde en busca de los diarios de París. Allí solía acercarse a grandes trancos Saturnino Restrepo, abstraído y silencioso, no tanto por comprar diarios, pues él como diplomático ya los habría leído todos en casa, sino para ponerse en contacto con el mundo cosmopolita.

El autor de este libro también concurría habitualmente a aquel despacho de la prensa extranjera en busca de tres diarios de su devoción. El *Corriere della Sera*, de Milán, *Politiken* de Copenhague, y *Berliner Tageblatt*, de Berlín. Leía también regularmente el *Manchester Guardian*; pero este se lo procuraba en la mañana con los diarios de Londres, en un quiosco vecino de su habitación. Los tres primeros nombrados eran un autorizado y lisonjero testimonio de la civilización. El *Corriere*, llamado así lacónica y cariñosamente por los sudamericanos que lo leíamos en Londres, era una publicación independiente, cuyo dueño, el senador Albertini, le había dado una envidiable reputación por sus cualidades de respeto a la verdad en la presentación de los hechos, por su valor frente a la necesidad pretenciosa y sobre todo por la calidad literaria de sus escritos. Lo mismo la parte editorial que las noticias, la crítica literaria, las correspondencias del exterior, eran la obra de experimentados y concienzudos poseedores de la lengua italiana. Entre los firmantes de la crítica literaria había verdaderos maestros del estilo. *Politiken*, diario de ideas

avanzadas y de amplitud y tolerancia filosófica excepcionales, tenía por entonces gran reputación en Europa y era vastamente leído, no sólo en Dinamarca sino en todos los países escandinavos. Recuerdo que su director, en 1924, me hizo la confidencia de que cansado de oír y leer impresiones y noticias contradictorias en libros, en la prensa diaria, en conversaciones, había resuelto él mismo ir a enterarse «*de visu*» acerca de la situación de Rusia. De su viaje de observación fue resultado un libro de unas 150 páginas, modelo de objetividad, de precisión y buen entendimiento. *Politiken* era también cuidadosísimo en cuanto al buen decir. Allí escribían los hermanos Brandes sobre literatura y política internacional. Allí aparecían como folletín diariamente trabajos importantísimos de sabios, de investigadores en todos los ramos de la ciencia. Tuvo este diario primordial influencia en la transformación política acaecida a fines del pasado y principios del presente siglo en el gobierno de Dinamarca, en favor de la igualdad social y los principios de equidad y tolerancia; *Berliner Tageblatt* fue hasta 1934 una hoja política de tendencias progresistas muy avanzadas. Lo dirigía en esa fecha Teodor Wolff, novelista y fino observador de las costumbres políticas de su país. Tenía la frase fácil, elegante y sonora, el pensamiento claro y la conciencia libre. Era un privilegio leer sus artículos del sábado, sobre literatura, política, asuntos sociales, en que era una autoridad. En diferentes épocas y por unas mismas razones estos diarios cambiaron de actitud ante el mundo o desaparecieron temporalmente. Su transformación o su silencio son el más elocuente de los

signos indicativos de lo que ha pasado en Europa en el último cuarto de siglo; *Corriere della Sera* no calló ante la transformación impuesta al gobierno italiano en 1922 por Benito Mussolini. Expresó con franqueza su opinión acerca de las tendencias y las obras del nuevo régimen. El populacho atacó sus oficinas un aciago día, recogió íntegra la edición del diario e hizo con ella una tenebrosa hoguera ante un pueblo urgido en sus finanzas e indiferente. El director recibió insinuaciones directas o soslayadas, de que si persistía en su tenaz política de oposición, el gobierno confiscaría toda la empresa. No le quedó más remedio para salvar una propiedad de muchos, que retirarse de la sociedad, vender sus acciones, renunciar a la dirección y someterse a la voluntad de un gobierno que no se detenía en sus propósitos y de un pueblo que parecía fatigado de ser libre. *Berliner Tageblatt* corrió igual suerte; no dejó de publicarse al sobrevenir el enigma histórico del nazismo, pero perdió sus cualidades de hoja progresista e independiente. *Politiken* pasó por la prueba de la ocupación alemana con la muerte en los labios. La vida de estos diarios en la ráfaga de locura sufrida por la humanidad en este siglo de maravillosos inventos y de extravíos apenas concebibles, señala el paso de un siglo de libertades que se prolongó hasta 1914, a un siglo que probablemente será marcado en la historia de la cultura humana como testigo de un eclipse de la razón y de una tremenda amenaza para las libertades conquistadas al precio de pasmosos sacrificios.

▪ REMY DE GOURMONT

EN EL VERANO DE 1922 LOS admiradores y parientes de Remy de Gourmont, plantaron su busto a las orillas del gracioso estanque a cuyas aguas se reflejan los árboles nativos y las plantas exóticas del parque encantado y encantador con que los habitantes de Coutances dan testimonio de su amor al arte y de su sentido moderno y delicado de la naturaleza. Dije encantado, hablando del parque, y en efecto hay en su apariencia y en su belleza algo de encantamiento. Al lado de la austeridad hermosa de la vegetación septentrional se ven las palmeras del trópico en una latitud de cuarenta y nueve grados, cerca a la entrada del Canal de la Mancha. Al ver estos desplantados de la zona tórrida con sus troncos desnudos, brillantes, anillados por el tiempo, y con su penacho de palmas floqueadas, ufanos en ese ambiente del castaño y del olmo, históricamente acogedores, pregunté si los movían a especiales invernaderos al llegar la cruda estación de los cierzos helados; un experto de la vegetación en esas regiones me contestó que allí permanecían durante todo el año tan bellos y campantes en

los soles del verano como en las brumas del invierno. Las brisas encantadas con el calor del golfo de México, traídas aquí por el sortilegio de la corriente de ese mar indómito, hacen de este parque una región tropical. La pequeña ciudad goza de un clima benigno que se extiende a toda la provincia y predispone el ánimo de sus habitantes a complacerse en la apreciación de los estados de alma serenos, de los medios tonos en el color y de las formas suaves y donosas en el estilo. Normando era De Gourmont; normando fue el apasionado de las formas y de la precisión, Gustave Flaubert. Hay templanza y dulzura en el paso de la brisa, en el perfil de las colinas, en las ondulaciones mitigadas y armónicas de la llanura. Coutances queda cerca del mar, tiene su cielo ese aspecto líquido y desvanecido de los horizontes marinos y a un mismo tiempo la gracia y la humana vecindad del paisaje de llanura hermosado por el árbol.

A Coutances vinieron movidos por gratos recuerdos y por la devoción al espíritu de Remy de Gourmont, redactores y amigos del *Mercur de Trance*, a fijar un busto del maestro en el sereno y plácido ambiente del parque de Coutances, sobre el estanque cargado de recuerdos, iluminado por la luz tamizada de astros benignos, engalanado con los reflejos de una flora de ambas zonas y agitado por el suave deslizarse de los cisnes sobre sus claras ondas. Allí está bien Remy de Gourmont, un tanto alejado de los hombres y en íntimo contacto con la naturaleza que amó con pasión inteligente y que le estimuló en el análisis de sus emociones, de sus preferencias literarias, de sus dudas

filosóficas y de sus esperanzas. Allí está bien el autor de tantos libros inspirados por el amor a la Francia eterna y presente como un símbolo ardiente de una civilización.

El busto era obra devota y palpitante de la esposa de Juan de Gourmont, hermano de Remy, apasionado cultor él mismo de las letras y del honor y la gracia de los ideales franceses. Allí estaba la escultora, feliz intérprete de la pasión vital del grande escritor, de su predilección por las cosas del espíritu, por los grandes símbolos de la inteligencia. Con Juan de Gourmont había otro hermano del inmortal escritor, médico, artista de la frase, colaborador del *Mercurio*; Louis Dumur, literato suizo, cuyo nombre figura entre los más asiduos colaboradores del *Mercurio*; M. Vallette, propietario entonces de la revista, y su esposa Rachilde, cuyo nombre evoca personajes de cuentos de hadas y cuya real apariencia nos traslada a la contemplación del atavío modesto y pulcro de la campesina francesa. Era difícil hacer la recomendable disociación de ideas aplicable al caso, para comprender que esta excelente mujer con su inequívoco aspecto de matrona respetable hubiera sido con sus acres novelas causa de inquietudes frecuentes para las madres de familia respetuosas de antiguas convenciones y para algunos sacerdotes poco profundos en el trato de la literatura corriente.

Al ofrecernos el elogio de la obra de su hermano con discreción y medida de fino letrado, Juan de Gourmont hizo notar el aprecio y la atinada comprensión que de la obra de Remy se había hecho hasta entonces en la América. Llegó a decir que en este hemisferio se había difundido

aquella obra tan extensamente como en el viejo mundo o acaso más. No es de admirar que en un continente ya formado, de capas endurecidas y resistentes a los movimientos de cualquier origen, las ideas de renovación y, sobre todo, el trabajo admirable de disociación de ideas ejecutado con tanta sagacidad y sutileza por el autor de *Le problème du Style*, *Les masques*, *Chemin de velours* y en la exposición de su hallazgo sobre la ley de constancia intelectual, su actividad se difundiera más lenta, tardía y difícilmente que en tierras de nueva formación intelectual, en un tiempo de renovación anunciada en todos los rumbos de la rosa náutica del pensamiento. En verdad, el trabajo mental de Remy de Gourmont en vida del grande orientador y aun después de su muerte era más conocido y seguramente mejor apreciado en América que en Francia. Su obra de renovación contaba entre nosotros con menos obstáculos de tradición y de suficiencia. Alguien dijo que es más fácil enseñar al que no sabe y sabe que no sabe, que al que sabe y presume saber más de lo que sabe. Para desbrozar la maleza que en parte vegeta sobre las grietas de este complejo intelectual se disipa un esfuerzo utilizable en las tierras nuevas.

Demás de esto, De Gourmont llegó a la liza del pensamiento en un bello instante de la vida espiritual en que, como dijo un poeta instintivamente poseído del espíritu transeúnte, «era preciso renovarse o morir». Y al mirar los escombros de un mundo que se iba deshaciendo y de ciertos cerebros fatigados sin haber hecho esfuerzo alguno, las inquietudes De Gourmont adquieren una realidad

imponente y desoladora. Su espíritu fue siempre de orientación optimista, pero sus observaciones sobre el mundo y los hombres de su tiempo inclinaban a la desesperanza. La suerte fue con él benévola al señalar la hora de su muerte en los principios de la Primera Guerra Mundial. Las peripecias de la política francesa, la segunda guerra de las naciones, los nuevos aspectos que ha tomado la vida internacional, las perspectivas que ofrece el mundo a los espíritus reflexivos, habrían labrado hondos surcos en la sensibilidad de su organismo espiritual, en sus sentimientos de supercivilizado.

Entre los admiradores de Remy de Gourmont y colaboradores asiduos del *Mercur*, figuraba Louis Dumur, suizo de nación, pero asimilado por simpatía a los nacionalistas iracundos de la «*Action Française*». Hablamos de León Daudet. Preguntó cuál era la opinión general en Colombia sobre este escritor muy llevado y traído por el momento en Francia y en toda Europa. Le anticipé que en esas cuestiones de detalle no podía ofrecerle con precisión la fórmula del sentir colombiano, porque yo había estado ausente de mi patria cosa de doce años. Se sabía que era hijo de Alfonso Daudet, cuyas novelas de un naturalismo morigerado y testimonios de una sensibilidad de artista literario refinado, le habían ganado simpatías fundadas en las clases de la sociedad. «Yo, le dije, he seguido con cierta curiosidad y no sin golpes de reacción la obra política de León Daudet. Me causa la impresión de un energúmeno dotado de una vasta cultura moderna y de una admirable facilidad de expresión; pero es difícil conciliar su gran talento literario con sus excesos de léxico de vituperio. En

mi país, que usara todos los días en un diario palabras de taberna y gruesos conceptos ilegibles entre gentes honestas, no sería recibido ni comentado en sociedad. El valor, la energía, las sinceras convicciones, no han menester ese lenguaje para comunicarse con el mundo». A estas observaciones contestó el señor Dumur, para mi gran sorpresa, que Daudet, León, tenía muchos lectores en Francia, porque esos términos que yo calificaba de excesivos o impuros, la sociedad, o la parte de la sociedad francesa que los leía diariamente, o los dejaba pasar como valor entendido o los tomaba como cosas propias de la estructura ética e intelectual de León Daudet. Los acontecimientos han venido a mostrar con elocuencia superior a la oratoria disparada de Daudet los peligros de la violencia verbal.

▪ ANTONIO VARGAS VEGA

ANTONIO VARGAS VEGA, a quien sus amigos y condiscípulos llamaban «El Cabezón» por el tamaño de su cabeza, desproporcionadamente superior al tamaño de su cuerpo, que aunque inferior a la estatura media no tenía nada deforme, era uno de los personajes más visibles de Bogotá, desde 1889, en que lo conocí, hasta su lamentable muerte ocurrida en el primer año de este siglo. Como dije, era de pequeña estatura, pero todas las partes de su cuerpo guardaban proporción entre sí, menos la cabeza, cuyas dimensiones, sin ser enormes, sobrepasaban un tanto las medidas de sus otros aspectos. Andando inclinaba hacia un lado la cabeza. Recorría las calles de prisa sin extremar el paso, y al saludar o detenerse a hablar con alguna persona, sonreía siempre con una expresión entre benévola y burlona, pero nunca de superioridad.

Era un socorrano de vieja cepa, con ribetes de santafereño y algunas expresiones y ademanes de antioqueño, pues había ejercido la medicina en Sonsón, poco después de haber recibido el grado de médico en la universidad, por

los años de 1830. Yo conocía su retrato, porque su entera imagen aparece en una estampa digna de figurar como ejemplo de la hora final del justo, que representa a Santander en su lecho de muerte, al recibir sus últimos auxilios espirituales, entre amigos y miembros de su familia. Allí estaba, como futuro ejercitante de la ciencia de Hipócrates, el estudiante socorrano, de grata memoria. En ese histórico recuerdo de una fecha triste en Colombia, está otro estudiante de medicina a quien conocí cuando la practicaba con grande éxito y no menos severidad en Medellín en 1874.

De Antioquia le quedaron señales en el acento del español hablado en aquella comarca y algunas expresiones netamente terrígenas, como «Ya lo oye», pronunciada como una sola palabra y suprimiendo una vocal. Cuando le conocí había abandonado el ejercicio de la medicina y tenía una farmacia, atendida parcialmente por su hijo y por alguno de sus discípulos.

Había sido rector de la Universidad Nacional, en tiempo de su grande auge, cuando iba para su fin la norma federativa del gobierno. Había sido un magnífico director de aquel famoso instituto. Grandes figuras del foro, de la medicina y de la ingeniería pasaron por sus claustros. Recuerdo que entre sus discípulos estaba dividido el sentimiento que los ligaba al antiguo maestro. Algunos sólo guardaban el recuerdo de su rigidez, de su intransigencia con la disciplina, con la falta de aplicación o de seriedad en los estudios. Los más conservaban grata memoria de su influencia sobre la mente y el carácter de los estudiantes. En algunos predominaba un sentimiento parecido al

rencor. Tales son las perspectivas que debe contemplar en su futuro cualquier director de la juventud.

Tenía de la vida una noción pesimista, pero placentera. La noción de las grandes figuras cristianas que pasaban por este valle de lágrimas resignadamente, a veces con la sonrisa en los labios con la esperanza de una vida mejor, la actitud nuestra de niños frente a las angustiosas ceremonias de la Semana Santa. Contemplábamos todas las escenas de dolor, el martirio de un Dios hecho hombre con cierta resignación tranquila, pues sabíamos que el día y la hora prescrita por las profecías saldría de su tumba para volver al lado de su Padre, después de haber realizado el misterio de la Redención. Era, además, un escéptico placentero. Dudaba de cuanto la ciencia no hubiera demostrado, pero aceptaba que otros creyeran lo que a él le parecía objeto de dudas.

Amó el estudio por la liberación de la mente que el estudio hace posible y por la satisfacción que nace del conocimiento; pero careció del interés que hace del conocimiento un instrumento o vehículo para triunfar en la vida. Abandonó la medicina como profesión para dedicarse al estudio y a la enseñanza. Alguna vez le pregunté por qué había dejado de practicar su profesión. Entre razones más o menos claras llegué a comprender que un sentimiento delicadísimo de la responsabilidad del médico frente a la vida de sus clientes, le había paralizado la voluntad de seguir ejerciendo. Además, lo dominaba el pensamiento de que sabía muy poco para asumir el desempeño de tan ardua aventura.

Estudiaba sin cesar. Las ciencias naturales, la física, la química, eran su encanto; pero al lado de estas comarcas del conocimiento estaba la filosofía que le tentaba con sus graves problemas. Los que en aquel inocentón y presuntuoso fin de siglo nos habíamos entregado a la interpretación de la vida que daban el naturalismo, los simbolistas, algunos filósofos ingleses y alemanes, creíamos sorprenderle a veces con nuestros descubrimientos en aquel continente de las letras que pretendíamos haber descubierto. Estaba tan bien informado como los más tenaces investigadores y los más superficiales aficionados de ese momento. Conocía a Bourget, a Zola, a Maupassant, a Mirbeau, a Maeterlinck, al D'Annunzio de *L'inocente* y de *Il piacere*, a Wilde, a Ruskin, y no se sorprendía de conocerlos, como se admiraban de sí mismos los que habían leído dos o tres libros de esos y muchas noticias sobre ellos en periódicos y revistas. Vargas Vega no sólo los había tratado en sus obras sino que empezaba a desengañarse de algunos de ellos. Fue el primero en fastidiarse de Bourget, después de leer *El discípulo*, cuya primera fascinación duraba en nuestras mentes.

Conocí a Vargas Vega por intermedio de José A. Silva. Se conocían y se admiraban mutuamente. Silva había leído muchos libros de medicina y acudía al viejo profesor con frecuencia para aclarar puntos dudosos de fisiología o para consultarlo sobre dolencias reales o ficticias, pues el poeta tenía la preocupación insistente de la salud. Había visto morir en su casa tres seres queridos, de enfermedades entonces desconocidas, y se sentía amenazado. En nuestras

intimidades llegó a enterarse de que yo estaba muy enfermo o a sospecharlo por los síntomas que él adivinaba o que yo le había dado a conocer. «Pero usted está muy enfermo», me dijo un día. Yo no le daba mayor importancia a la enfermedad ni a sus consecuencias. Era una época de mi vida en que no me interesaban mucho ni la salud ni la propia existencia. Insistió tanto que al fin convine en ir a ver a Vargas Vega, por indicación suya. «Pero Vargas Vega, le dije, ha abandonado la práctica». «Yo iré con usted, contradijo, a mí me atiende».

Fuimos a verle. Por la manera como nos recibió comprendí que había entre los dos, lazos estrechos de una amistad fundada en la comunidad de pensamiento. Después tuve pruebas del alto aprecio mutuo que ligaba a esas dos inteligencias, en mis conversaciones con el médico sobre la muerte de Silva. Para hacer notar la flaqueza de la condición humana vale recordar aquí una queja de Vargas Vega relativa a la amistad de Silva. Tenía el poeta una facilidad extraordinaria para imitar la voz, los ademanes, el vocabulario personal de sus conocidos, capacidad que en su hermana Elvira llegaba a las alturas del arte. Vargas Vega era uno de los modelos que solía proponerse Silva en sus momentos de buen humor ante sus amigos cuando se proponía mostrar la excelencia de su arte de imitación. Lo supo el gran médico y sintióse ofendido gravemente por la indiscreción de su amigo. Recuerdo el verso con que quería hacer notar la volubilidad de la amistad de Silva:

Por el puente Real de Velis
pasa el agua a rempujones;
por delante buena cara,
por detrás malas aiciones.

Flaqueza en los dos: en Silva por escoger a su grande amigo para lucirse en la mímica; en el médico por dolerse de una ligereza de su joven camarada que no tocaba en nada ni la alteza de su inteligencia, ni su ilustración, ni su carácter que admiraba porque los conoció a fondo.

En la consulta estuvo inimitable. Preguntaba cosas de imposible respuesta; un examen minucioso, lleno de indiscreciones y de buen humor. Al fin, con una gran seriedad me intimó: «Está usted muy enfermo. Necesita atender a su salud con voluntad de curarse. El menor de sus males es una dilatación adinámica del estómago que acaso podamos dominar, si no hacer desaparecer. Su estado nervioso es inquietante. Los trastornos de la digestión agravan los otros males. Debe poner mucho cuidado en cumplir las prescripciones que voy a formularle. Si desatiende usted su salud se agravará muy pronto. Una de las soluciones del estado nervioso en que se encuentra, suele ser el suicidio. Ponga atención. Yo no practico ya la medicina, como Silva le habrá dicho, pero su caso me interesa. Vuelva a verme».

Nos hicimos grandes amigos. Y cuando a los dos o tres años me consideró no curado pero en vía de sobreponerme a los males por él descubiertos, solíamos hacer burlas de las enfermedades, de la medicina, de la literatura y de los que se burlaban de estas utilísimas y a veces entretenidas invenciones humanas.

▪ LENGUAS EXTRAÑAS

DE NIÑO SOLÍAN PASAR POR la ciudad de Rionegro, donde han residido seis generaciones de mi familia, muchos extranjeros. Era esa noble y antigua capital de provincia rumbo obligado de los pasajeros y carga en vía hacia Medellín. Por la benignidad de su clima y por la belleza de sus alrededores, para no decir nada de la cultura y hospitalidad árabe de sus habitantes, muchos transeúntes demoraban allí algunos días o se establecían definitivamente. De niño, por tanto, solía yo preocuparme con la para mí anómala circunstancia de que hubiera diferencia de lenguas de unas comarcas a otras, porque había en Rionegro franceses, belgas, alemanes, ingleses e italianos, algunos de los cuales se hacían entender malamente en su idioma, y el nuestro lo comprendían a medias y lo hablaban problemáticamente. Quiero poner uno o dos ejemplos. Un alemán dueño de una tienda de comercio me llamaba al verme pasar, y me decía: «*Dígalo su pae que cand pas paquí entre aloye*». Esto quería decir: «Dígale a su padre que cuando pase por aquí entre, ¿ya oye?». Ese mismo alemán fue a ver al médico

para pedirle consejo sobre su mujer que estaba mala de una «chaqueta». Pasaron algunos minutos y ocurrieron muchas señas antes de que el médico entendiera cómo se trataba de una «llaguita».

La diferencia de idiomas me parecía un absurdo tamaño. Le preguntaba a mi padre: «¿Por qué no hablan todas las gentes un mismo idioma?». El me daba la bíblica explicación de la soberbia humana castigada en Babel. La lógica de esa enseñanza bíblica se me escapaba. En primer lugar el deseo de llegar vivos al cielo no me parecía reprensible, sino natural y plausible. «Podríamos, pensaba yo, ir a ver a Dios con permiso, y deliberaba por mis adentros, no era soberbia, era devoción, el deseo de ir al cielo y conocer a Dios». «¡Muchacho!», decía mi padre en tono de reconvencción; pero yo pretendía comprender que él tampoco las tenía todas consigo en ese particular.

Cuando un día vi conversar a un habitante del lugar, amigo de mi padre y a quien yo conocía hacía mucho tiempo, con los componentes de un circo de Estados Unidos que ocasionalmente se exhibían en el lugar, me quedé sorprendido. Era posible adquirir en un idioma extranjero maestría suficiente para hablarlo con los habitantes del país donde se habla ese idioma como el nativo de sus hijos. Desde entonces me entraron el deseo de conocer lenguas extranjeras, la curiosidad y la afición de estudiarlas.

Pero un día, ya maduro, después de haber estudiado tres o cuatro, tuve la impresión de que ese esfuerzo carecía de objeto y de recompensa. Vivía en una casa de huéspedes en un barrio excéntrico de Bogotá. Llegó un extranjero

con carta de introducción para mí, en la cual se decía que el señor era «americano» —así llaman aquí a los habitantes de los Estados Unidos de Norte América—, y no sabía nada de español. Era lo primero instalarlo en alguna pensión de familia. Lo llevé a la casa donde yo vivía. Almorzamos ahí en compañía de la dueña, presenté a mi recomendado y después de consultar la voluntad de este, le dije a la señora que si podía acomodarlo en su casa. La señora abundaba en buena voluntad, pero como no sabía inglés y el extranjero sólo conocía esa lengua, se anticipó a decir que tenía mucho gusto pero que el caballero iba a experimentar muchas dificultades. Dejé al recién llegado en la pensión, no sin recomendar que le atendieran lo mejor posible, a lo cual la señora interpuso la consideración de la falta del idioma, y me retiré a mis diarias ocupaciones.

Volví a la hora de comer y fui a la pieza del forastero que reposaba sentado en la cama contemplando la disposición de los muebles y la manera como había colocado sus penates. Le pregunté si estaba contento de la habitación y si le habían atendido congruamente. La pieza podría ser mejor, me dijo, pero es la más amplia y cómoda de la casa. Tenía además la gran ventaja de una puerta a la calle. «Creo que estaré aquí bien por unos días». «¿Cómo le han tratado?», pregunté. «Muy bien», contestó. «Las señoras son muy amables y se esmeran por agradar. Son personas de fino trato. He estado conversando con ellas y me da la impresión de que son gente muy bien educada». Aquí le interrumpí pidiéndole primero permiso para preguntarle en qué idioma se habían entendido, pues

la señora decía no saber inglés. «¿Quién hizo de intérprete?», inquirí con curiosidad. Me aseguró que no había habido necesidad. Las señoras le habían contado la historia de su familia. El padre y la madre habían muerto hacía tiempo, y como no tenían fortuna se vieron precisadas a ir fuera de la ciudad a administrar una hacienda donde el trabajo principal era la fabricación de panela. Me explicó diciendo «*brown sugar*», por si no hubiera entendido. Tenían además hato. Y siguió relatándome las peripecias de una vida de trabajo heroica y alegremente vivida por la familia, con detalles sobre la enfermedad y muerte del padre.

Llamaron a la mesa donde siguió la conversación sobre la vida de las señoras, haciendo yo de intérprete. A la hora del café el forastero dijo estar muy cansado y se retiró con muchas excusas. En su ausencia pregunté la impresión que les hubiera causado el extranjero:

—Es muy simpático, se apresuró a decir la dueña, y parece muy bien educado. Estuvimos conversando con él después del almuerzo y nos contó mucho de su vida y de las costumbres de la ciudad donde ha trabajado la mayor parte de sus días. Tiene 38 años y es de Cleveland. Allí ejercía su profesión de mecánico en una empresa de tranvía. La ciudad es un centro de muchas líneas de ferrocarril y tiene un sistema muy avanzado y completo de transportes urbanos. Queda en la ribera del lago Erie —decía Iri—, es muy fría en invierno y tiene —tenía— más de medio millón de habitantes. —esto era hace cuarenta años—. Él ha venido aquí a trabajar en una empresa extranjera, pero

más bien para descansar un poco, porque en su tierra el trabajo es muy exigente, por la competencia que hay. Nos dijo que hasta ahora le ha gustado mucho Colombia. Que el clima de Bogotá le acomoda.

—¿Y en qué idioma, pregunté, les decía todo eso?

—En el suyo, porque no sabe ni una palabra de español.

—¿Y ustedes, insistí, saben inglés?

—No, pero él se hacía entender.

¡A todas estas, yo recordaba mis estudios de inglés, una hora diaria, entre seis y siete de la mañana, durante seis años, excepto las vacaciones! Y no todos aprendieron.

Pocos días después la señora decía a sus amigas: «Nosotras creíamos que Sanín sabía inglés, pero el otro día le dimos un libro de recetas en ese idioma para que nos tradujera una para freír cebollas, hasta tostarlas, que queden como vidrio, y nos dijo que no podía traducir eso porque él no sabía de cocina. Se llevó el libro dizque para consultar los diccionarios y al fin trajo la traducción. Quién sabe quién se la haría».

Cuando estuve en Estocolmo en 1915 no conocía la lengua de ese país. Confiado en mi conocimiento de otros idiomas, me lancé a la calle con la seguridad de hacerme entender. Fui, por primer ensayo, a una barbería. Hablé en inglés. El jefe me hizo señas con el dedo y con los ojos, que no entendía. Me produje en francés, con el mismo fallido resultado. Recurriendo lleno de confianza al alemán, que es de la misma rama idiomática que el sueco, recibí las mismas señales negativas. Pregunté: «¿Qué idioma hablan aquí?».

Y el jefe, con un tono magistral y benévolo, me dijo en su idioma: «Aquí estamos en Suecia y hablamos sueco». La lección era dura pero inteligible; mi conocimiento del alemán me valió para entender al patriótico escandinavo, y mediante esa reprensión y mi buena voluntad, acabamos por entendernos. Recuerdo que el nombre del jabón en sueco vino allí a mi conocimiento por su semejanza con *Talg*, sebo en alemán. Ocurrencia natural, pues el nombre del jabón en otras lenguas teutónicas, *Seife*, alemán, *Saebe*, danés, *Soap*, inglés, vienen de *sebum* o *sevum*, en latín, que significa ‘sebo’, de donde, según Plinio, los galos vinieron a inventar el jabón —*ex cebo et ciñere*—.

▪ EL CONDE GLORIA

POR LOS AÑOS DE 1880 EN adelante fue cura párroco de Rionegro, en Antioquia, Francisco Martín Henao, originario de Guarne, si mal no recuerdo. Se distinguió este sacerdote por su ilustración, su clara visión del mundo, su natural conciliador, su plácida disposición de espíritu y su filosófica tolerancia. Le conocí en 1884, y, aunque de corta duración nuestro contacto, nuestra amistad duró lo que su vida. Las cualidades nombradas no eran naturalmente todas del agrado de sus superiores en jerarquía, y solamente cuando ya llegaba a la ancianidad le fue concedida la dignidad de canónigo. Era hombre de bien fundado gusto literario y tuvo trato secreto con las musas. No creo que haya publicado versos de los que sé que componía en sus horas de íntima confianza consigo mismo.

Por aquellos días una de mis hermanas mayores regentaba un colegio en Rionegro. Conocedora de mis aficiones a la lectura me escribió a Bogotá en solicitud de una poesía moderna, si era posible inédita, de autor conocido. Me decía que en tantos exámenes y sabatinas como se sucedían

con las puestas del sol, ya todas las poesías recitables eran conocidas del público, y ella quería sorprender con algo original, hermoso y moderno.

La llegada de un diplomático a Bogotá en estos años de servicio aéreo internacional de todos los días, de bomba atómica y de misiones extranjeras inventadas a cada momento para desviar o satisfacer impulsos viscerales únicamente, la aparición de un nuevo agente representativo de intereses de otro país, nada significa o significa muy poco en la vida social capitalina. Pero hace cuarenta años un extranjero, aunque no fuera diplomático, llenaba conspicuo espacio en la capital. En 1890 representaba diplomáticamente a Italia en Bogotá un caballero de lustre por sus títulos, por su presencia gentil, por el placer de que hacía ostentación en el sólo hecho de sentirse vivir. En los salones su sola aparición era una nota de alegría.

Era amigo de todas las personas conocidas en todos los círculos sociales. Un hermoso día circuló en la ciudad la noticia de que había llegado un hermano del conde Gloria, y cada cual, entre los figurantes de primera línea, empezó a disponer las cosas para captarse la amistad del hermano de Gloria. Fue un desengaño. El diplomático era la sociabilidad en persona; se acomodaba en una misión como en su casa, y el comunicarse todos los días con todo el mundo visible masculino o femenino era su más intensa preocupación. Su hermano era el menos diplomático de los viajeros de mundo a mundo. Al paso que al diplomático le interesaban las cosas exteriores hasta el punto de que una imperfección en el último terno recibido de Londres le

quitara la tranquilidad y el sueño, el recién llegado no se daba cuenta de que un gabán tenía dos pulgadas más de ancho en la espalda, y recorría las calles y los alrededores de la ciudad a ver qué cosas diferentes había en este ambiente y cómo concordaba el medio con los habitantes. Venía de la India, en aquellos días en que los aficionados a lo exótico leíamos con avidez y poseídos de una especie de sortilegio el libro de Bellessort sobre aquel país de alucinaciones y presentimientos, en una naturaleza que limita en sus bases con los mares violentos, en sus valles con la vida primitiva de la especie y en sus grandes alturas con el mismo firmamento. «¡Es un literato extranjero!», decían los enterados. «Está escribiendo un libro acerca de sus viajes», se decían quienes se ufanaban de estar en contacto con las altas esferas del protocolo.

José A. Silva era uno de los numerosos amigos del conde Gloria. Por él conoció al viajero y los dos trabaron íntimas relaciones por la identidad de sus gustos. Silva era un oráculo para el literato en viaje deseoso de acumular nociones sobre el país en el menor tiempo posible. El literato extranjero le hablaba de libros nuevos, de la literatura italiana, y le prestaba libros con indicaciones sobre autores y con incidentes sobre la vida literaria de ese momento italiano. Entre otros autores le hizo conocer a Emilio Praga, que aunque muy anterior al 1890, tenía en su realismo, dolorosamente agrio y desesperado, ciertas conexiones de sentimiento y libertad estética con la poesía de aquel momento. El esteta italiano le enseñó a Silva un volumen de este poeta y le tradujo en francés algunas poesías, porque

Silva no sabía italiano. Entre estas le llamó la atención a nuestro gran poeta una composición extraña, sin título, que incorporada en un poema inconexo de vastas proporciones, comienza diciendo, en traducción humilde:

Bravas gentes piadosas que rezáis diligentes
Antes de recogeros, no roguéis por los muertos
Que descansan tranquilos en los brazos clementes
De la piadosa tierra, rogad por los vivos.

... y describe el reposo de los fallecidos en contraste con la suerte de los vivos en lucha continua con la sociedad, con la suerte y consigo mismos.

Silva, movido por un poema que tenía nudos simbólicos con su propio destino, admiró la poesía y logró traducirla en versos dignos del hondo sentido realista del autor y de la desolada filosofía del intérprete. Me regaló una copia que tenía entre sus recuerdos cuando recibí la carta de mi hermana. Envié el manuscrito original por la premura del encargo. Mi hermana, conmovida por la verdad, la tristeza y la trágica originalidad de la poesía, sin saber de la vida desastrada del poeta y de su absoluta falta de creencias, la confió a la memoria de una de sus discípulas para hacerla recitar en una sesión solemne del colegio, y mi amigo, el futuro y dignísimo canónigo Francisco Martín Henao, al oír la bella creación de Praga, pidió que le dieran una copia. De ella hizo en el púlpito, al domingo siguiente, lectura emocionada para acompañarla de profundo, sentido y erudito comentario. Nunca soñó el desventurado

y escéptico forjador de las *Fábulas y leyendas* en verse traducido por mejor poeta que él, ser recitado por una adolescente en colegio de las tierras americanas y comentado sabia y doctrinalmente por la sagrada elocuencia.



**Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana**

Este libro no se terminó de imprimir en 2018. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RNBP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura
«Leer es mi cuento».

Para su composición digital original se utilizaron familias de las fuentes tipográficas Garamond y Baskerville.

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RNBP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.